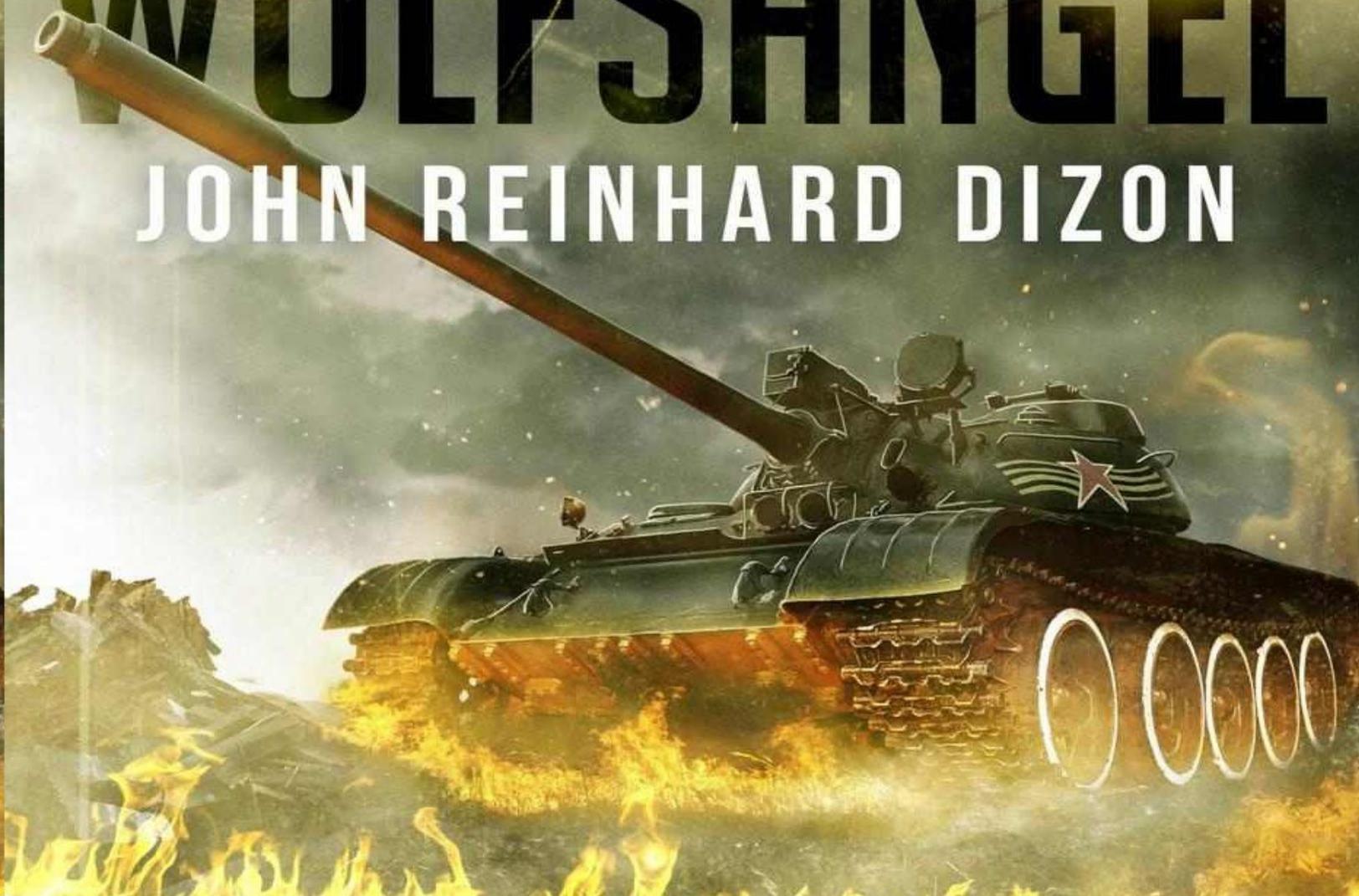




# WOLFSANGEL

JOHN REINHARD DIZON



# **Wolfsangel**

## **John Reinhard Dizon**

Traducido por Jonay Quintero Hernández

“Wolfsangel”

Escrito por John Reinhard Dizon

Copyright © 2017 John Reinhard Dizon

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

[www.babelcube.com](http://www.babelcube.com)

Traducido por Jonay Quintero Hernández

Diseño de portada © 2017 The Cover Collection

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

# Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Wolfsangel | John Reinhard Dizon](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPITULO DIEZ](#)

**Wolfsangel**

**John Reinhard Dizon**

# CAPÍTULO UNO

Los cielos eran de color negro a las tres en punto de la tarde.

El martillo se levantaba y caía con metódica precisión, los golpes sordos emitían su eco a través del silencio mortal del terreno cubierto de nieve. Los gritos de la víctima llenaban el aire mientras, primero sus muñecas, y después los tobillos, eran clavados a la cruz de madera cubierta de escarcha. La sangre chorreaba y formaba charcos en el suelo, salpicando la ropa de los sonrientes torturadores.

Una vez la víctima estuvo fijada a la madera, la cruz fue levantada entre las de sus compañeros de cautiverio. Se retorcían y quejaban mientras el peso de sus cuerpos causaba un dolor insoportable a sus articulaciones ensartadas y sus pulmones se comprimían por la deformación de sus torsos. Los soldados se reían y mofaban de ellos, admirando la malvada labor que acababan de realizar. Uno de los soldados había clavado un letrero en la cruz sobre la cabeza de la última víctima. Sobre el mismo había, bastamente grabado, un Wolfsangel, un ‘gancho para lobos’, un tótem de un clan germánico medieval. Era el símbolo militar del Reich.

-¿Qué vamos a hacer?- preguntó uno de los amigos de la víctima, mientras se agachaban detrás de una línea de rocas en la distancia.

-Carl está intentando rodearles- replicó su camarada- Es nuestra única oportunidad.

-¿Puedes oírme?- el jefe del pelotón que rodeaba el lugar de la crucifixión avanzó, gritando en la oscuridad -Sé que estás ahí fuera. Puedes librarles de su sufrimiento si sales con las manos detrás de la cabeza.

Otro hombre vino con una lámpara de petróleo en la mano. Se la entregó al jefe, que la levantó en el aire.

-¡Hace demasiado frío aquí fuera!- gritó el hombre-¡Necesitamos fuego para calentarnos! O sales y nos podemos ir todos a un lugar más cálido o hacemos una fogata aquí!

Carl Hanson oyó las amenazas y se movió tan rápido como pudo. Estaba patrullando la zona con otras dos patrullas cuando se cruzaron con un

escuadrón de reconocimiento del Ejército Rojo. Mataron a cuatro de ellos en un fuego cruzado, pero se les terminó la munición durante el tiroteo. El Capitán Ruess y sus tenientes fueron capturados, desnudados y apaleados, sufriendo las gélidas temperaturas de Siberia. Los rojos encontraron leña en las ruinas de un granero cercano y crearon el espectáculo monstruoso en una colina cercana. Hansen tenía una granada y le quedaban todavía cuatro cargadores. Estaba seguro de que sería suficiente.

Reptó colina arriba sobre sus extremidades extendidas, como si se tratara de una araña gigante, distribuyendo su peso para evitar desplazar rocas o escombros. Tenía su rifle colgando de hombro a hombro, la granada en una mano y el Mauser en la otra. Se arrastró tan lejos como se atrevió hasta que su cabeza estuvo a nivel con el suelo en el que la tortura había tenido lugar. En seguida, se sorprendió por un gran fogonazo de llamas, mientras los soldados crucificados eran calcinados por la gasolina encendida.

Carl salió de su posición, lanzando su granada, que cayó en medio del grupo de soldados. Hubo un gran estruendo mientras los soldados salían rechazados en diversas direcciones y las cruces les caían encima. Algunos intentaron alcanzar sus armas, pero Carl los liquidó de un tiro en la cabeza. Sus compañeros se apresuraron colina arriba, acudiendo en ayuda de sus camaradas crucificados.

Mongoles- resopló el sargento Beckmann mientras arrancaba el gorro de lana a la cabeza medio amputada de uno de los rojos, palmoteando la coleta en la base de aquel cráneo rapado- Cada vez estamos viendo a más de estos demonios.

-Pasaban el tiempo matándose unos a otros antes de la guerra. – el sargento Garthaffner hizo una mueca- Violaban y mataban a las mujeres de los pueblos vecinos. Los familiares de las supervivientes le echaban los bastardos nacidos a los lobos.

-¡Carl!- gritó el sargento Hoffman- ¡el capitán Ruess todavía está vivo!

-Pobre bastardo- el sargento Tollner negó con la cabeza.

-Desnuden a los mongoles y envuélvanlo- ordenó Carl- hagan una camilla para que lo podamos sacar de aquí. Cortémosle las cabezas a esos sacos de mierda y tráiganselas también. Les haremos saber que todavía somos los hijos de puta más cabrones de este valle.

Los soldados transportaron sus desdichadas cargas alrededor de un kilómetro de vuelta al punto de encuentro, dónde se les hizo subir a un camión que les estaba esperando y que les llevó de vuelta a la base, a otro kilómetro

de distancia. Pedían un sanitario a gritos, y éstos se apresuraban por tomar posesión de las camillas improvisadas y mover a la víctima quemada a la tienda de emergencias.

¿Qué diablos ha pasado, Hansen? El mayor Wulf y el capitán Khan vinieron a encontrarles.

-Caímos directamente en las manos de un pelotón del Ejército Rojo, que estaba de reconocimiento- Carl gruñó mientras sus compañeros deshacían los paquetes que contenían las siete cabezas-Se llevaron a Ruess, Slater y Dietz y no teníamos suficiente munición para hacerles retroceder. O empezamos a conseguir la munición necesaria para luchar ahí fuera o vamos a empezar a tener muchas más bajas.

-Tú conoces nuestra situación Hansen- refunfuñó Wulf- Nuestras líneas de abastecimiento se han congelado ahí fuera, literalmente. Los camiones no pueden llegar aquí, tan lejos. HQ ha ordenado que racionemos la munición a un cargador por hombre.

-¿Conseguiste algo de los rojos?

-No traería esa porquería de ellos ni a una pelea de pistolas de agua- se burló Carl- Nada de explosivos, nada de valor. Encontramos carne de rata y de ardilla en sus mochilas.

-Limpiemos este país de esos cabrones y volvamos a casa, Carl- Kahn le dio una palmada en el hombro- Stalingrado está a tiro de piedra.

-Eso si el tiro no nos lo dan ellos a nosotros antes- Carl caminó fatigosamente hacia las hogueras que se habían encendido por todo el campo y que estaban rodeadas de soldados medio congelados que intentaban mantenerse con vida.

El Tercer Reich había desencadenado la Operación Barbarroja al declarar la guerra a Rusia en la primavera de 1941. La URSS, incapaz de contener la *blitzkrieg* de la *Lutwaffe* y las divisiones de tanques Panzer del ejército alemán, cedió cientos de kilómetros de territorio en sólo un par de semanas. Los alemanes habían llegado a las afueras de Stalingrado y, en otoño, tenían Moscú al alcance de la mano. Sólo que el invierno ruso llegó pronto ese año, y el Siberian Express descendió desde el Círculo Polar Ártico y dejó a los alemanes congelados sin poder moverse. Los alemanes descubrieron desoladoramente que no estaban preparados para aquel invierno brutal. Cientos de soldados murieron por la exposición a las temperaturas bajo cero de la noche. Los rusos, que vivían y trabajaban en ese ambiente durante toda

su vida, consiguieron contener la marea del ataque alemán y amenazaban con recuperar el terreno perdido tan sólo unos meses antes.

Le saludaron sus alegres camaradas mientras se aproximaba al fuego, alimentado con los muebles sacados de las casas bombardeadas de campesinos rusos de los pueblos cercanos. Le dieron una botella de vodka, y se tragó la octava parte de un litro de un único y poderoso trago.

-Aquí teniente- Eric Von Hoffman sacó una botella de barbitúricos-Estas te ayudarán a dormir.

- Te acostumbras a esas y te ayudarán a que duermas para siempre- replicó Carl- Te volverás lo suficientemente lento para que incluso un mongol te ponga una bala en la cabeza.

- Me arriesgaré -Erik se rió disimuladamente.

-No tendré problemas para dormir, ya he entrenado durante el día. Será mejor que duermas un poco, soldado, nos vamos hacia ese pueblo, camino adelante, por la mañana.

-Tengo un poco más de energía que quemar, teniente, pero estaré preparado.

“Bien- Carl se fue- Ivan estará esperando.

El primer pelotón del Regimiento del Líder (Der Fuehrer) estaba en marcha con la primera luz del alba. Carl llevaba a sus hombres en un movimiento de pinza alrededor del pequeño pueblo situado a dos kilómetros del campo de las Waffen SS. Beckmann y Garthaffner llevaron a sus hombres por el flanco derecho mientras Tollner y Von Hoffman circundaban hacia la izquierda.

Tomaron posiciones a lo largo del perímetro mientras el segundo pelotón se aproximaba lentamente en un convoy motorizado desde el oeste. Los soldados se apiñaban en el amargo frío de la mañana cuando un sonido de vehículos que se acercaban les hizo recoger los rifles.

El convoy de las SS aminoró la velocidad hasta pararse, mientras vigilaban a un grupo de personas mayores que convergían en el centro del pueblo. Miraban a través de binoculares como grupos de niños venían desde sus chozas llevando pequeños paquetes y cestas, de las cuales salían flores. Se las dieron a las mujeres, que eventualmente empezaron a caminar fatigosamente a través del suelo nevado hacia el convoy.

¡Maldita sea!- la voz del mayor Wulf estalló colérica en la radio- ¿Qué demonios se les ocurrirá después? Lleva a uno de los traductores ahí arriba al frente. Dile a esa gente que vuelva a sus casas. Si alguien ve cristal o metal, abrimos fuego.

-Veo cristal mayor- informó un tirador por la radio- parece como si fueran botellas de vino, están en algunas de las cestas, junto con pan y queso.

-¿Cómo sabemos que no son cócteles Molotov?- chilló Wulf como respuesta- ¡Consigue a alguien ahí fuera que hable bárbaro y lleva a esa gente de vuelta a sus casas ahora!

-¡El traductor viene en moto desde la retaguardia, señor!- intervino otra voz.

-La gente del pueblo se aproxima a los camiones, señor- informó el artillero de un tanque- están a cien metros.

¡Pon a alguien en los altavoces! ¡Ordénales que se detengan!- gritó Wulf- ¡Teniente Hansen! ¡listo para abrir fuego a mi orden!

Marchando una de sesos y salsa- se rió por lo bajo Eric en su posición, cerca de Carl.

-Ni un disparo hasta que yo de la orden- le previno Carl.

El motorista y su pasajero llegaron al frente del convoy, el traductor abandonó la zona al recibir instrucciones de un soldado. Los ojos del siberiano se congelaron por el miedo mientras se aproximaba, algo aturdido, hacia el grupo de campesinos. Les llamó, pero ellos continuaban avanzando sin decir palabra.

-¡Maldito sea!- ladró Wulf- Sargento, vaya detrás de ese perro y dele una patada en el culo o péguete un tiro!

-El motorista se bajó de la moto y salió corriendo detrás del traductor, gritándole órdenes mientras el hombre avanzaba dando tumbos. El comité de bienvenida se acercó y pausadamente, empezaron a destapar sus paquetes y cestas para mostrar los presentes que llevaban dentro.

-¡Listos! ¡Apunten!- la voz de Wulf restalló.

-A mi orden- gritó Carl a sus escuadrones de fusileros.

En seguida, alrededor de una docena de campesinos con chales se separaron del grupo, empuñando rifles automáticos, que abrieron fuego sobre el convoy de las SS. La cabeza del traductor explotó como una calabaza, el motorista detrás de él se convulsionaba por los impactos del fuego de rifle.

-¡Hay hombres en el grupo!- Carl ordenó- ¡Abran fuego!

Los fusileros de las SS soltaron una cortina de fuego de ametralladora y rifles que destrozó las chozas más dispersas del pequeño pueblo. De alguna manera les sorprendió el recibir fuego de respuesta y se dieron cuenta de que una unidad de partisanos debía haberles tendido una emboscada. Al mismo tiempo, estaban consternados por el hecho de que mujeres y niños hubieran elegido servir de cebo para la débil trampa.

-Dispara un par de ráfagas de artillería sobre esas casas, y a ver si podemos conseguir algo de apoyo aéreo- ordenó Wulf- Que todo el mundo se quede a cubierto hasta que yo de la orden.

Un tanque Panzer rugió al separarse del convoy y posicionó con parsimonia su torreta en la dirección del pueblo. Los comandos de las SS observaban como el tanque parecía estar perdiendo el tiempo antes de escupir ni un sólo proyectil sobre el pueblo semi-derruido. En seguida hubo un estruendo ensordecedor mientras una fila de chozas saltaba por los aires en medio de llamas y escombros humeantes. Un segundo estruendo salió desde el lado opuesto, justo desde la parte del pueblo que estaba frente al flanco de Carl.

-¿Por qué diablos hacen eso?- murmuró Tollner- Sacrificando mujeres y niños así.

-Encontraremos una fosa común en esos bosques más adelante- Exhaló Carl con tensión en la voz- Los insurgentes vienen a una ciudad y exigen que todo el mundo les ayude a luchar contra los invasores. Cualquiera que se niegue es condenado por traición contra el Estado.

-¿Sabes?, odio decirlo- Tollner lo dijo en voz baja mientras los comandos se alzaban de sus posiciones para investigar entre las ruinas carbonizadas- pero hay mucha gente en las SS con esa mentalidad.

-Ya lo están haciendo en los Territorios Ocupados- gruñó Carl- Están reclutando eslavos en buena forma física para trabajar con las unidades de Einsatzgruppen (1) ¿Crees que todos esos escuadrones de la muerte que nos siguen a todas partes son todos alemanes?

-Escuadrones de la muerte- Tollner escupió en la nieve- Eso provoca cosas como ésta. Tenemos informes de prisioneros interrogados de que el campo está lleno de historias de horror sobre unidades de las SS reuniendo a los pueblerinos y fusilándolos al borde de fosas comunes. El modo en el que ellos lo ven, van a acabar en el hoyo de todas maneras, así que, ¿por qué no morir luchando?

-Mayor- una voz chirriaba en la radio- Tenemos mujeres y niños en el centro del pueblo. No creemos que nadie más haya sobrevivido, registraremos todas las casas una vez las llamas hayan menguado.

-Dile a tus hombres que busquen túneles y puertas tipo trampilla- chirrió la voz de Wulf.- Einsatzgruppen de camino.

-Te quemas hasta morir y después consigues ir al infierno- Tollner se encogió de hombros.

-Justo como Robert Ruess- dijo Carl en voz baja.

\*\*\*\*

-¿Cuál es el pronóstico?- preguntó Carl mientras se dejaba caer en una silla frente al escritorio del capitán Kahn en su espaciosa tienda, agradeciéndole una taza de té.

El regimiento había avanzado otros diez kilómetros antes de que se decidiese acampar para pasar la noche. La rutina se había convertido en la parte más agotadora del viaje, montar el campamento, desmontarlo, y la siempre presente preocupación de que había campesinos más adelante que, o bien había que matar o entregar a los Einsatzgruppen. Se convirtió en un trabajo tedioso sin fin que sólo se veía interrumpido por el espeluznante estremecimiento de la batalla o el abotargamiento del alcohol.

-Triste- respondió Khan- Tiene quemaduras muy graves en la cara y en el pecho. Sólo impedir que muriera del shock acabó con nuestros recursos. Estamos intentando enviarle en avión a Cracovia, pero no quiere irse.

-¿Qué?

-Esta es una situación dura- Khan se sirvió un trago de cognac, pasándole otro a Carl- Ruess tiene familiares casados con alguno de los Goering. Parece que ha hecho algunas llamadas. Está llamando a algunos peces gordos para quedarse en el frente. Su abogado de las SS dice que podría haber una investigación para averiguar por qué se le ordenó a su unidad retirarse de su posición de combate.

-¡Investigación!-estalló Carl- ¡Les dijimos que retrocediesen porque estaban rodeados por terroristas! ¡También me dijeron que me retirase y si lo hubiese hecho, no estaríamos en este lugar porque este tipo estaría frito!

Tenemos que recordar que, justo ahora, se encuentra en un extremo estado de trauma- Khan se bebió su bebida.- Está intentando convertirse en el Capitán Ahab y matar a la ballena roja. No va a estar apto para regresar al campo de batalla y mandar tropas por algún tiempo. Con un poco de suerte, aceptará su situación y dimitirá del mando antes de que cree un problema.

-Ya sabes que ha sido temerario, rayando en suicida, mientras ha estado ahí fuera. Es como seguir a una manada de perros rabiosos. Ha perdido a tres tenientes desde que estamos aquí. Si decide atenerse al procedimiento y envía a sus tenientes sin él, morirán más hombres.

-Vamos, Carl. Los hombres morirán de todas maneras. Esto es la guerra, y lo que es peor, esto es la Waffen SS. Tú entrenaste con Eicke, ya sabías en lo que te metías. Mira, si esto fuera un tablero de ajedrez, tú serías un gran maestro. A tu edad, eres una leyenda. La razón por la que aún estás vivo es por tu genio táctico en el campo de batalla. Estrategia, táctica, habilidades

increíbles, lo tienes todo. Desafortunadamente Ruess también, pero él creía que era invencible. Los caminos del Señor son grandes y terribles, y a veces aprendemos las lecciones de las formas más horribles, especialmente en esta vida que hemos elegido. Ruess no está aceptando su cruz, y todo lo que podemos esperar es que alguien con autoridad interceda antes de que él o sus hombres sufran mayores pérdidas.

-Así que él cree que va a volver por aquí- exhaló Carl con voz tensa- Rompió las reglas. Trajo testigos contra sus compañeros. Nadie fuera de su equipo arriesgará nunca su vida por él otra vez.

-Nadie debe oír esas palabras nunca, Carl.

-Te hablo como amigo. Sólo pido que hagas todo lo que puedas para detener esta locura.

-Tengo una reunión con el coronel esta noche. Hay una directiva muy importante que ha llegado de Berlín. Pero después, le haré llegar este tema a él personalmente.

-Está en las manos de Dios, ¿eh?

-¿De Dios o del Diablo?

-¿Hay diferencia?

-No aquí fuera- Khan movió la cabeza tristemente.

El Regimiento de Cabeza comenzó su lenta retirada hacia Polonia Oriental en la misma dirección por la que había venido. Era fácil ver dónde habían sido bienvenidos por la población civil como libertadores de la opresión comunista, y dónde la gente se había alzado por miedo al rumoreado genocidio Nazi. También había algunas ciudades a través de las cuales el regimiento había pasado pacíficamente pero ahora eran ruinas humeantes después de los actos incendiarios y de asesinatos cometidos por los activistas rojos.

El coronel Stadler se reunió con los mayores Wulf, Diekmann, Kampfe y Weidinger la mañana siguiente para informarles de los sorprendentes desarrollos en el frente occidental. Le habían llegado informaciones de que la Fuerza Expedicionaria Aliada había lanzado su invasión de Europa en la costa de Normandía, sólo hacía unas horas. El OKW (Mando Militar Alemán) había decidido que traerían a la División Reino desde el frente oriental y les redesplicarían en Normandía para repeler la fuerza invasora.

Las noticias estallaron como electricidad a través de la división y los soldados estaban eufóricos de alegría. Habían estado destinados en Francia sólo hacía dos años, y para aquellos que lo recordaban, era un paraíso comparado con las estepas de Rusia. El viaje a través de Francia sería como

unas mini vacaciones, aunque hubiese una batalla desesperada al final del camino. La mayoría de los soldados de la división estaban seguros de que lanzarían a los invasores hacia el mar.

Tarde en la noche del 4 de junio de 1944 el Regimiento de Cabeza alcanzó su destino, a alrededor de setenta kilómetros de la frontera polaca. Estimaron que alcanzarían la frontera alemana el 5 de junio y muy probablemente entrarían en Francia el 6 de junio. Esperaban entablar combate contra los aliados el 10 de junio, como muy tarde. El comandante de la división, el general Lammerding, dio instrucciones a sus coroneles de que sus hombres se relajasen y recuperasen lo mejor posible, para que estuviesen preparados para la lucha a muerte que les esperaba más adelante.

Carl y sus compañeros de pelotón no se podían quitar ese lugar de la mente.

Sasha Inn era una muy conocida fonda de un pequeño pueblo en las afueras de Uman en la que la propietaria, Sasha, se había mudado desde Polonia después de dejar Alemania poco después de que tuviera lugar el progrom de la Noche de los Cristales Rotos en 1938. Era una guapa mujer rusa que se había casado con un judío alemán, él la había enviado a Cracovia mientras terminaba de solucionar unos asuntos. Fue asesinado por las SA durante la Noche de los Cristales Rotos pero su cuñado consiguió liquidar todos sus negocios y envió el dinero a Sasha. Huyó a Rusia después de la invasión alemana y compró la fonda, que prosperó al comenzar a emigrar los judíos polacos hacia Rusia para escapar de los esfuerzos de los nazis por solucionar el “problema judío”. Nadia sabía que esperar cuando los alemanes invadieron Rusia, pero ellos estaban encantados con la fonda de Sasha, que daba pensión a los oficiales a cambio de una generosa compensación.

¡Carl! ¡Heinz! la expresión preocupada en el rostro de ella se tornó en alegre alivio al ver a sus antiguos clientes en la puerta. -¡Qué fantástico verles otra vez!

Heinz Barth era el compañero teniente de Carl en la compañía, y habían pasado tiempos memorables en la fonda de Sasha durante el primer viaje de la compañía a través del pueblo. Tan pronto como llegaron al pueblo acordaron salir pitando hacia la fonda.

-¿No has cerrado aún, no?-preguntó Heinz.

-No para ustedes- sonrió-Entren.

El sol estaba saliendo y la mayor parte de las tropas del regimiento ya sabían la mecánica de establecer un campamento y los perímetros necesarios

para la duración de su estancia. Los tiradores de las SS eligieron las posiciones óptimas para sus nidos de francotirador, mientras los pelotones fortificaban los puestos de control para controlar el flujo de tráfico que entraba y rodeaba el pueblo. Los equipos de abastecimiento llevaban mangueras hasta los pozos y los tenderos negociaban duramente con los soldados, conscientes de su responsabilidad con sus vecinos de no vender sus mercancías con pérdidas para la comunidad.

¿Dónde está el capitán Ruess y sus tenientes?-preguntó ella mientras se sentaban en la pequeña barra del salón.

-Tuvimos un pequeño incidente en el camino- Heinz se pasó los dedos por su melena rubia desgreñada-Ruess fue gravemente herido. Los demás no lo consiguieron.

-Qué terrible- murmuró, sirviéndoles vasos de vino y cognac, intentando encajar el shock de las noticias sobre Ruess- ¿Tuvieron ustedes que retirarse?

-En realidad, estamos de camino regresando a Polonia- Carl le agradeció el vino- Decidieron darnos un descanso. Pensaron que las temperaturas de cero grados serían más tolerables que las bajo cero.

-Estamos escasos de suministros ahora mismo- se disculpó Sasha - ¿Ustedes creen...?

-No hay problema- Carl agarró la radio que llevaba en el cinturón.

En cuestión de minutos un tirador de las SS trajo una mochila llena de filetes, salchichas y pollo. Sasha estaba profundamente agradecida y pronto tuvo en el horno un par de filetes junto con papas guisadas y calabaza.

-Sentémonos junto a la chimenea- les rogó-También quiero oír más sobre tus estudios en Francia mientras estabas en la Universidad de Gottingen, Carl. Encuentro el arte francés tan fascinante.

-Creo que voy a necesitar una doble de lo mío cuando regreses a la barra- Heinz puso los ojos en blanco.

Continuaron charlando hasta bien avanzado el día, haciendo una pausa sólo para que los oficiales pudiesen disfrutar de su suntuosa comida. Después de la puesta de sol, los dos hombres decidieron retirarse a sus habitaciones ya que el capitán Khan había llegado para cenar, bañarse y acostarse. Las waffen SS eran conocidas por su laxitud en lo que a la fraternización respectaba, aunque la idea de tenientes socializando con el capitán podría tomarse como favoritismo en otro tiempo y lugar dentro de la altamente competitiva infraestructura de las SS.

-¿Un trago?-Heinz ofreció su botella de cognac.

-Creo que será mejor que descanse un poco- decidió Carl- veinte horas en la torreta de un Panzer y seis horas hablando con Sasha de cultura y política casi acaban conmigo.

Los comandos se retiraron a sus habitaciones y cayeron en un profundo sueño. Sólo Carl fue molestado por un crujido bajo su ventana, salió de la cama a investigar, sin ponerse junto a la ventana o encender la lámpara. Buscó entre las sombras abajo y percibió dos figuras que salieron corriendo por entre los arbustos. Se separó de la ventana y agarró su rifle, metiéndose las botas antes de dirigirse a la habitación vecina, que era la de Heinz. Tocó en la puerta sin hacer mucho ruido y después se agachó hasta llegar a la puerta y salir al pasillo.

-¡Carl! – susurró Heinz mientras salía de su habitación llevando su rifle.

-Hay movimiento afuera- le informó Carl. Bajaron de puntillas hasta el salón donde la chimenea continuaba ardiendo. En seguida vieron a Sasha entrar en la habitación, llevando un objeto en las manos. Carl estaba a punto de susurrarle cuando vieron como el sargento Beckmann entraba a rastras por la puerta principal. Apuntó y disparó lanzando a Sasha y a su carga a la alfombra mientras el caos se desataba afuera.

-¡Es la dueña! Gritó Carl-¡Qué has hecho!

-El capitán me mandó hacer guardia afuera- insistió Beckman- ¡La propiedad es un hervidero de insurgentes!

-¡Llevaba leña para el fuego!- le espetó Heinz.

-¿Qué diablos pasa ahí?- gritó Khan desde su habitación en el segundo piso.

-¡Hans, sácale de aquí! ¡Vete atrás, les distraeremos en la puerta principal!- ordenó Carl.

Kahn bajó corriendo las escaleras y siguió a Beckman a la puerta de atrás. Carl y Heinz lanzaron sillas de la cocina para romper las ventanas del salón, disparándole a los insurgentes mientras los fragmentos de cristal se extendieron por todo el jardín. Los rebeldes tomaron posiciones por todo el césped y comenzaron a devolver el fuego. Los comandos comenzaron a retroceder hacia la puerta de atrás pero pararon al oír el sonido de romperse el cristal y el repentino estallido de las llamas por todo el motel.

-¡Cócteles Molotov!- masculló Heinz.

-No es mi elección favorita para después de cenar- gruñó Carl.

Volvieron a subir las escaleras corriendo y se dirigieron a la habitación de Carl, pero se dieron cuenta de que había volutas de humo y un resplandor

que salían de debajo de la puerta. Optaron por el cuarto de baño y abrieron los grifos pero se encontraron con que habían cortado el agua.

-Fantástico- sonrió con suficiencia- Tendremos que salir a través del techo.

-¿Y cómo esperas que hagamos eso?

-¡Inclínate!- replicó Carl. Heinz movió la cabeza, pero se inclinó hacia delante, apoyándose en el lavabo mientras Carl se quitaba las botas y se subía a su espalda. Carl sacó su bayoneta y comenzó a golpear furiosamente el techo. Éste empezó a ceder bajo su ataque maniaco y muy pronto los trozos de yeso dieron lugar a las astillas de madera, antes de que Heinz pudiese oír la rotura de las tejas del techo.

-¡Vamos!- Carl saltó. Luego subió a Heinz hasta arriba, y Barth trepó a través del agujero antes de que Carl recuperase sus botas y se apresurase a apoyarse en el lavabo y salir por la apertura.

Casi no podía mantenerse de pie sobre el techo inclinado antes de que los insurgentes, abajo, oyesen sus botas en las tejas. Carl y Heinz empezaron a abrir fuego y vieron un par de figuras sombrías tumbadas, sin vida, entre los arbustos. Mientras, el fuego de respuesta comenzó a levantar todas las tejas a su alrededor, descartaron los rifles y empuñaron, en su lugar, las Mauser de alta potencia. Pasaron unos momentos angustiosos apiñándose junto al tiro de la chimenea, intercambiando fuego con los insurgentes, cuando oyeron gritar órdenes en alemán y el ruido de los vehículos al aproximarse.

-Salvados por la caballería- suspiró Carl.

-Justo en el momento apropiado-jadeó Heinz.

Los comandos se deslizaron por el techo de tejas y se dejaron caer hasta el suelo mientras sus camaradas se apresuraban a reunirse con ellos.

-¿El capitán está bien?-preguntó Carl.

-Beckmann lo sacó justo a tiempo- replicó un fusilero- Él era su primer objetivo, les habían ordenado asesinar a cualquier oficial que hubiese en la casa. Según parece alguien avisó a los rojos de que Sasha tenía oficiales quedándose aquí, la última vez que pasamos.

-A ella no le mencionaron nada- dijo Carl tristemente-la mataron mientras llevaba leña al fuego.

Las tropas de refuerzo dieron buena cuenta de los insurgentes, liquidando a la mayoría con el fuego de la ametralladora y ejecutando a los que se rendían. La cara de Carl reflejaba su disgusto y así se lo hizo saber al capitán Khan en su puesto de mando.

-Gracias por salvar mi vida, Carl- Khan sirvió un vaso de cognac sobre su mesa, que Carl rechazó.

-No tenía que haberse actuado así- insistió Carl- La mujer estaba llevando un tronco a la chimenea. ¿Qué creyó Beckmann que era, un lanza-cohetes?

-Dí órdenes a Beckmann de disparar a matar si había cualquier problema- dijo Khan en un tono de voz plano- Sé que eras amigo de la mujer. Acepta mis disculpas.

-Caso cerrado. ¿Y qué es eso de no hacer prisioneros? Hay gente viviendo en este pueblo mirando por las ventanas. ¿No crees que les van contar a los mongoles lo que han visto? Creí que estábamos incorporando estos territorios al Reich, no matando a todo lo que se mueve como hace esos chacales de los Einsatzgruppen. Les estamos dejando claro que no tienen más elección que luchar a muerte. No creo que eso nos ahorre vidas a nosotros.

-Yo no soy político, Carl, obedezco las órdenes igual que todos. Berlín nos ordenó eliminar toda resistencia sin excepción. No estoy en los Einsatzgruppen, no los controlo. Me gustaría poner a todos esos cabrones asesinos delante de un tanque y pasarles por encima. Desgraciadamente, están asignados a cada división de las Waffen SS en el servicio. ¿Crees que somos los únicos a los que siguen esos carroñeros?

-Puede que no podamos detenerles, pero no tenemos que ser igual que ellos.

-No lo somos, Carl-insistió Khan- No lo somos.

-Espero por Dios que las cosas cambien cuando regresemos a Francia- Carl se dio la vuelta para irse- espero que ninguno de nosotros le haya cogido el gusto a esto.

-Las cosas irán mucho mejor- sonrió Khan, alzando su vaso- *Vive la France*.

-*Vive la France*- sonrió Carl.

Estaba pensando en Angie.

Robert Ruess se había graduado en la Universidad de Hamburgo en 1935, justo cuatro años antes del comienzo de la guerra. No sabía si enseñar ciencia o aceptar un trabajo de investigación en el sector privado, aunque ambos eran trabajos mal pagados para los estándares burgueses en la Alemania de post-guerra. Además tenía un espíritu dinámico que anhelaba algo más allá de los confines de la clase y del laboratorio, y consideró una carrera militar, aunque la retribución pecuniaria parecía igual de magra.

Magdalene Fock era la segunda sobrina del barón Carl Fock, el padre de Carin Fock, que fue la primera esposa del mariscal de campo Hermann Goering. Era una mujer hermosa con un vaporoso pelo rojo, una figura escultural, ojos azules y una boca sensual de labios carnosos. Ella y Ruess se conocieron durante su primer año de universidad, y fue una relación tempestuosa desde el principio. Ella esperaba poder ascender algún día a la clase alta alemana, y presionaba a Ruess para que la ayudase a conseguir sus sueños.

Después de que Goering fuese nombrado ministro del interior de Prusia, dándole poderes plenos sobre la policía más numerosa de Alemania, el ascenso de los nazis hacia el poder estaba en su apogeo. Goering incorporó los departamentos de política e inteligencia de la policía de Prusia a su nueva organización, la Gestapo, que situó bajo el control de Heinrich Himmler. Himmler y su mano derecha, Reinhard Heydrich, fueron convirtiendo poco a poco su propia fuerza de élite, las SS, en la guardia pretoriana de Adolf Hitler. Himmler que ya tenía el control de todas las policías fuera de Prusia, se convirtió, de la noche a la mañana, en el agente de la ley más poderoso de la Alemania nazi.

La aversión de los nazis por el comunismo se equiparaba al que sentían los Ruess, que se habían casado poco después de la graduación. Fue el ascenso meteórico de Goering lo que convenció a los Ruess de engancharse al carro de la esvástica. Ruess se unió primero a las SS, después aceptó un puesto de científico forense en la Gestapo. Él continuamente le daba la lata a Magdalene mientras crecía su descontento por los trabajos que le asignaban, ella, por medio de sus conexiones familiares, había conseguido que le destinasen a las SD (el servicio de inteligencia de las SS). Sin que Magdalene lo supiera, había establecido contacto con el general de las SS Theodor Eicke, y se había enrolado como oficial candidato en formación con las Waffen SS.

Magdalene estaba furiosa pero permaneció junto a Ruess hasta que se graduó y fue asignado a la División Reino con una paga respetable. Entre sus prolongadas batallas acerca de los intentos fallidos de Ruess por romper el techo de cristal que restringía su ascenso social, los Ruess eran vistos frecuentemente en los mejores eventos sociales y culturales de Hamburgo y siempre se les reconoció como a una pareja impactante. Les gustaban los largos paseos por la orilla del río Elba, cerca de su casa en Hamburgo, durante el día, y frecuentar los lugares de interés de la Ciudad de los Puentes, por la noche. El Deutsches Schauspielhaus (Teatro Alemán), el museo de arte Kunsthalle

Hamburg y la Opera del Estado de Hamburgo se contaban dentro de sus lugares favoritos. Magdalene a menudo intercambiaba tarjetas durante las vacaciones con su famosa prima segunda y aludía a esos contactos con sus amistades mientras se codeaban cuando la agenda de Ruess lo permitía.

Ruess era consciente de lo buenos que habían sido esos tiempos cuando caminaba por los alrededores de Uman, una pequeña ciudad a cincuenta kilómetros al sur de Kiev con Sasha, propietaria de la coqueta fonda que llevaba su nombre. La División estaba de camino, cruzando el río Dnieper hacia la Ucrania Oriental para acabar con una serie de ataques terroristas contra el Ejército Alemán, cuando descubrieron la fonda de Sasha, en la que Ruess, el capitán Khan y sus tenientes buscaron alojamiento inmediatamente. Sasha rápidamente trabó amistad con Ruess, sus tenientes Dietz y Slater, además de Carl Hansen y Heinz Barth, pasando una agradable velada de música, vino y queso frente al fuego de la chimenea en el salón principal, después de cenar el día de su llegada. Ruess y Sasha fueron los primeros en levantarse el domingo por la mañana y decidieron dar un paseo después del té.

-¿Cuánto tiempo crees que continuarán las matanzas después de que la guerra acabe?- preguntó Sasha, sus facciones nórdicas impactantes en su ambiente natural.

-No creo que la sociedad permitiera las matanzas sin haber una guerra- replicó Ruess, sus propias facciones, rudamente atractivas, se acentuaban gracias al uniforme negro de oficial y al pesado abrigo de cuero.-Desafortunadamente las guerras no siempre se reconocen o declaran.

-¿Cómo por ejemplo la guerra contra los judíos?- ella bajó los ojos al decirlo.

-La causa de la guerra no siempre es lo que lo que los combatientes hacen que parezca- encendió un cigarrillo y se lo dio a Sasha antes de encenderse otro para él- Casi todas las guerras desde el principio de los tiempos ha tenido que ver con la economía, una parte codiciando los recursos de la otra. Raza, religión y política son pura semántica. Hitler cree que el comunismo es una treta de los judíos para quedarse con los activos de la clase trabajadora, por medio del control del gobierno. Muchos ven esto como una guerra contra los judíos; yo lo veo como una guerra contra el comunismo. Una vez el marxismo haya sido destruido, se demostrará que la cuestión judía era intrascendente.

Vieron como un halcón bajaba en picado a la captura de una liebre que corría a toda prisa para alcanzar la línea de árboles más adelante. Como el relámpago, Ruess reunió un puñado de nieve, hizo una bola y se la tiró al halcón, que se fue volando.

-Qué terrible es la naturaleza- ella se agarró a su brazo- el conejo vive así que el halcón morirá de hambre.

-Si- palmeó su mano- y así el alemán prospera a expensas del judío.

-Caminaron agarrados del brazo de regreso a la fonda, Ruess se giró hacia ella y le tocó la cara antes de entrar.

-Eres una mujer preciosa, Sasha, de buen corazón y con una personalidad maravillosa- sonrió- estoy deseando volver para verte otra vez. Recuerda, te irá bien.

-Gracias amigo mío- ella se estiró y le besó. Después el la tomó en sus brazos y le dio un largo y apasionado beso, tras el cual, regresaron a la realidad.

-Muy bien chicos, este es el plan- el capitán Wulf se reunió aquella noche con sus capitanes y tenientes en la cabaña que habían requisado para usarla como puesto de mando, y que no estaba lejos de la fonda de Sasha. – Mañana avanzaremos, cruzaremos el Dnieper en dirección a la frontera oriental de Ucrania. Si el tiempo lo permite, deberíamos poder montar el campamento antes de que oscurezca. Lo que esperamos conseguir es implicar a todos los terroristas de la región en un tiroteo y destruir sus principales unidades en el campo. Están atacando nuestros flancos en la Rusia central y entorpeciendo nuestras líneas de abastecimiento, lo que está costando vidas en este ambiente. Nuestro objetivo es limpiar el camino para tu batallón y que así pueda asegurar la zona para que la División actúe como una retaguardia y proporciones apoyo a nuestro grupo de ejército en Rusia.

-Otto y yo hemos decidido que la mejor estrategia será establecer un tridente a un par de kilómetros del campamento- explicó Ruess- reconoceremos el campo de batalla con el escuadrón de Dietz y tenderemos una trampa con los hombres de Slater. Aquí viene el truco: los terroristas han estado burlando a nuestras unidades de apoyo antes de desbordar a nuestras patrullas. Creemos que si creamos un cerco con Carl, Heinz, Dietz y Slater, podemos sacarles. Usaremos los escuadrones de Carl y Heinz para cerrar el cerco.

-Permiso para dejar nuestros escuadrones en casa y hacer nuestro trabajo- replicó Carl gruñonamente- Estamos desperdiciando hombres y material en trabajos como este, sin mencionar los obvios problemas de descontento y disciplina. Esta gente caza conejos para sobrevivir en el invierno, ¿no crees que acabarían con un puñado de SS dando tumbos en la oscuridad? Además estás racionando mi munición, no puedo conseguir más de un cargador o dos para este tipo de trabajos. ¿A cuánto me recortarás después de este tiroteo del salvaje oeste, seis tiros por misión?

-Muy bien, entonces trae a tus sargentos- Ruess concedió.

-Carl mandará esta unidad, llevaré a Dietz y Slater.

-¿Por qué vas si Otto se queda en casa?- preguntó Carl, creando un murmullo entre los demás presentes en la sala.

¿Tiene algún problema con mis habilidades organizativas, joven capitán?

-El problema- insistió Carl- son tus escapadas a lo Errol Flynn ahí fuera. Te alejas con demasiada frecuencia y me obligas a jugar mis cartas demasiado pronto. Permiso para seguir mi camino con Heinz, enviaré a Eric, Hans, Michael y Peter a apoyar a Dietz, Slater y sus sargentos, si insistes en llevar a tantos hombres.

-Permiso denegado-Ruess encendió un cigarrillo con impaciencia- Necesitamos la fuerza de los números, no sabemos cuantos terroristas nos están atacando. Nos quedaremos con sus suministros, Ivan está en su casa, seguro que tiene muchos sitios a los que ir. Además, estamos haciendo reconocimiento. Si tenemos un puñado de búfalos de agua que no pueden avanzar por la nieve, quizás serán de más utilidad en las líneas del frente con el ejército regular, o en la retaguardia, con la impedimenta y los escuadrones de la muerte.

-Siempre he pensado que se parecía más a Clark Gable que a Errol Flynn-sonrió Wulf mientras los demás se unían a la risa- Entiendo, pero en esto tiene razón Ruess. Aprovechas unas cuantas oportunidades ahí fuera, Carl, y yo prefiero usar toda nuestra munición que perder a buenos hombres.

-Vale- concedió Carl- espero que todo el grupo vuelva de una pieza.

Ruess recordaba poco o nada después de la emboscada, fuertemente medicado hasta que se hubo estabilizado. Cuando se le informó de su pronóstico, inmediatamente puso en práctica un plan concebido previamente de contactar a su abogado de las SS. Pidió que todos los procedimientos a su nombre se detuviesen hasta que estuviese en pleno control de la situación. Hecho lo cual, llamó al jefe médico a su habitación para mantener una reunión.

-Usted ha sufrido grandes daños en los tejidos de la cara y el pecho- informó el doctor Stein- También podría haber daños en los músculos, tendones y nervios. Le voy a enviar de vuelta a Cracovia para recibir terapia antes de enviarle a Berlin para que se someta a cirugía plástica. Además le asignaremos un psicólogo para que le asesore y de terapia durante el proceso de rehabilitación.

-¿Cuáles han sido los daños?-preguntó Ruess-quitemos los vendajes y déjeme echar un vistazo.

-Señor- Stein se aclaró la garganta-No creo que sea justo para usted o para nosotros quitar los vendajes tan pronto.

-Necesito saber en que situación estoy. Es mi futuro de lo que estamos hablando aquí. Digamos que usted está haciendo un cambio de vendajes temprano.

El doctor sacó, a regañadientes, unas tijeras, junto con gasa limpia, compresas y pomada. Obedientemente cortó los vendajes de Ruess y encontró un espejo que le entregó en silencio.

-¡Hostia puta!- consiguió decir Ruess- Estoy jodido de verdad.

-Se han conocido milagros en estos tiempos- Stein se aclaró la garganta- con la nueva tecnología que tenemos disponible, los injertos de piel, son un procedimiento cada vez menos espectacular. Además, nuestros doctores de las SS en instalaciones de investigación como Auschwitz están consiguiendo destacables avances en el tratamiento de las heridas de guerra...

-Tápeme de nuevo y haga venir a mi abogado de las SS aquí- dijo Ruess amenazadoramente.

Horas más tarde, el teniente Franken del departamento Legal de las SS llegó y fue escoltado al hospital local de Kiev que había sido requisado por el regimiento. Encontró a Ruess en un sillón mirando pensativamente por la ventana.

-El doctor Stein dice que está usted rechazando los calmantes- Franken tomó asiento en un sillón endeble frente a Ruess en la espartana habitación.

-Necesito tener la mente en forma- replicó Ruess-ya sabes siempre consideré el hecho de que podría perder un brazo o una pierna aquí fuera. Nunca pensé en perder la cara, pero eso podría ser una bendición oculta. No puedes ir al campo de batalla si te falta un miembro, pero, con esto, si que puedes volver ahí fuera y arreglarle las cuentas a esos cabrones de comunistas.

-Capitán, usted ya le ha dado bastante a la patria. Llegó el momento de volver a casa.

-Déjeme decirle una cosa- Ruess se volvió para mirarle-Mi mujer y yo solíamos dar vueltas sin hacer nada y follar todo el día cada vez que yo volvía a casa. Cualquier idiota podría ver que esos días no volverán. Primero, quiero asegurarme de que regreso a lista crítica, y de que no salgo hasta que yo lo diga. Después, quiero salir de aquí. Quiero que se me envíe con la impedimenta hacia nuestro nuevo destino en Francia. Necesito una habitación cómoda y absoluta privacidad. Voy a continuar operando en el campo de batalla pero necesito hacerlo independientemente de la División. No voy a dejar que un montón de burocracia me impida borrar al comunismo del mapa.

-No estoy seguro de cómo vamos a hacer todo eso, señor.

-ODESSA- Ruess sonrió maléficamente-Póngame en contacto con ODESSA.

-Yo... no creo que tal organización exista, capitán...

-Pongámoslo de esta manera. Mi mujer recibe todas las navidades una tarjeta de Carin Goering. Si le dijera que mi carrera iba ser arruinada porque mi abogado no quiere cooperar, creo que se pondría a gritar para que pusieran su cabeza en una pica. Ya sabe que Goering le dio el poder a Himmler, todavía tiene ventaja, ¿por qué apostar en contra? Quédese en mi lado y me aseguraré de que cuando llegue el momento, hagan una línea bajo su nombre y no una que lo tache.

-Haré todo lo que esté en mi poder- dijo Franken y se fue.

Ruess se rió por lo bajo mientras miraba como se cerraba la puerta tras Franken.

El tiempo de hacer líneas, decidió, había llegado a su fin.

## CAPÍTULO DOS

El verano de 1939 fue una época idílica en Francia.

A pesar de los rumores de guerra, todo el mundo estaba seguro de que los políticos vencerían en el último momento. Hitler se estaba tirando un farol, se decía, y ya había conseguido todos sus objetivos al restaurar a Alemania como una gran potencia en la Europa de pos-guerra. Los británicos habían estado presionando al máximo y acordaron que se unirían a Francia para detener cualquier acto de agresión por parte de los nazis. Estudiantes tanto en Francia como en Alemania acordaron que la guerra no era la respuesta, y la generación más joven haría todo lo que pudiese por convencer a sus padres de no repetir los trágicos errores de la última década.

Angelique Dagineau había conocido a Carl Hansen en su primer año en la universidad de Gottingen. Comenzaron a salir en el segundo año, fueron pareja en el campus en el tercer año e hicieron planes para el último. Sólo que Carl se había alistado en la graduación y buscaba minimizar riesgos enrolándose en una unidad alemana de élite para evitar ser destinado a las temidas trincheras de la última guerra. Fue enviado al campo de entrenamiento en agosto, y hasta las vacaciones de navidad no pudo marcharse e ir a visitarla a su casa.

Su padre François era el alcalde de su ciudad natal y considerado uno de los hombres más influyentes de la provincia. Las viñas Dagineau estaban entre las más reputadas del sur de Francia, y sus vinos considerados entre los mejores del país si se daba una cosecha favorable. François era un auténtico patriota que sirvió en la guerra y fue devastado por la invasión nazi. Se consagró a sí mismo a proteger y defender su comunidad, trabajando diligentemente con los nazis y el gobierno de Vichy con ese fin. Aún a pesar de que vivía para la liberación de su país y hubiese hecho lo que fuera para hacer ese sueño realidad.

Ella era su única hija, y cuando su madre murió siendo Angie una niña, padre e hija se quedaron solos. Creció hasta convertirse en una preciosa francesa de ondulado pelo cobrizo, ojos violeta, labios de rubí, pechos turgentes y una figura atlética. La consentía pero nunca permitió que perdiera

su humildad cristiana, y exigió lo mejor de ella durante sus años de estudios. Cuando se la presentó a Carl, François estuvo contento de saber que ella había elegido al caballeroso, sofisticado y respetuoso joven.

Nunca olvidaría el dolor y la indignación en los ojos de su padre cuando Carl llegó a su castillo vestido con el uniforme negro y plata de las SS. La expresión de reconocimiento en la cara de Carl cuando vio el efecto que había producido en su suegro fue igualmente devastadora. Su padre se ausentó con la excusa de haber sido convocado por los nazis, no sin antes ordenar a los criados que no ahorrasen en esfuerzos para hacer que el encuentro entre Angie y Carl fuese una reunión alegre. François y Carl nunca más se encontraron, y François nunca volvió a mencionarle

Continuaron manteniendo correspondencia, incluso después de que la división de Carl fuese destinada a Rusia para apoyar la nueva campaña. Intercambiaban cartas románticas, y se enviaban fotos y recuerdos, manteniendo vivo su amor vivo durante cinco largos años. Ahora, al fin, Carl estaba de nuevo en Francia, y había concertado una cita con ella.

Tras mucho tiempo.

Angie avanzaba sorteando obstáculos por las polvorientas calles de Montauban, sus calzadas empedradas y los caminos de tierra habían sido hechos pedazos por el paso de los tanques de las unidades motorizadas. Se atemorizó por la aparición de los altos, musculosos y delgados comandos vestidos con sus camisetas, pantalones de camuflaje y botas de combate. Las armas colgaban con holgura de sus hombros y cinturones, y las bandanas y gafas de sol eran accesorios comunes. Muchos tenían tatuajes y la mayor parte exhibían las cicatrices del campo de batalla. Se exhibían por los alrededores como si fueran bandoleros, y las mujeres se arremolinaban a su alrededor como si fueran estrellas de cine. Fumaban y bebían mucho, y el ambiente estaba lleno de sus risas estridentes y de los gritos de los alborotados luchadores.

-Disculpe, mademoiselle.

Angelique giró en la dirección de la voz y se encontró cara a cara con cuatro comandos fuertemente armados.

-Mis disculpas, pero debo pedirle que venga con nosotros.

-Por ... por supuesto.

El estómago de Angie se hizo un nudo mientras los comandos formaban a su alrededor. Había escuchado las historias sobre la inhumana carnicería en Rusia y las redadas a media noche de la policía de Vichy, bajo las órdenes de

la Gestapo. Llevaba un bonito vestido de verano floreado y sandalias de tacón, que se había puesto para estar guapa para Carl. Rezó desesperadamente para que no tentasen a estos hombres a cometer algún acto atroz.

La llevaron por un callejón, y su corazón comenzó a golpear como el martillo de un herrero, mientras sus ojos buscaban desesperadamente lo que le esperaba más allá. Ellos daban zancadas silenciosamente a su lado, y se estremeció de alivio cuando salieron hacia otra calle llena de gente.

-¿Señor? – uno de los hombres se aproximó a un camarada.- Hay una persona de interés que creo que debería usted ver.

El soldado se dio la vuelta para verles, y a ella casi se le paró el pulso mientras se le aflojaban las piernas.

-¡Angie!

Carl estaba abrumado mientras ella saltaba a sus brazos. Se abrazaron el uno al otro durante una eternidad cuando Carl notó un golpecito en el hombro, y se dio cuenta de que los comandos se iban a paso lento.

-¿Ustedes saben lo que son, verdad?- Carl gruñó detrás de ellos.

-Leales soldados del Reich, señor- respondió uno conteniendo una risita.

-Aquí hay algo con lo que disfrutar la tarde- el soldado detrás del anterior, le entregó una botella de vino.-Esto costó cien francos. Si no le gusta, mataré al dueño de la fonda.

-Está bien- Carl mostró la botella a Angie.

-Estoy segura- sonrió- es una de las de mi padre.

-No puedo creer que estés aquí- la miró a los ojos.

-Carl, ¿qué está pasando?- ella estaba ansiosa- he visto al ejército alemán en París, y no tiene nada que ver con esto. ¿Es algún tipo de banda?

-Nos han enviado a una misión especial- la tranquilizó él- Y tenemos privilegios especiales.

-Y esas... esas cicatrices. Nunca mencionaste nada así en tus cartas.

-Por eso Dios me envía ahora a un ángel. Porque antes ya me hizo pasar por el infierno.

-Tus... tus brazos, tu pecho, tus hombros. Pareces un luchador- ella le tocó el bíceps.

-Hacía tanto frío que levantábamos pesos constantemente para evitar congelarnos hasta la muerte- sonrió levemente- Ven, cojamos la cesta y una manta y disfrutemos del resto de la tarde.

La pareja paseó hasta una bodega cercana en la que el propietario llenó con rapidez una cesta para picnic con un gran trozo de Brie, una ración grande

de paté de foie grass y un trozo de pan recién horneado. Carl pagó algo más por uno de los manteles, y pronto la pareja estuvo de camino hacia el campo.

Extendieron el mantel sobre la hierba mientras Carl hacía palanca para abrir la botella de vino. La emoción les sobrepasó y cayeron el uno en brazos del otro y se dieron un beso interminable. Era como si el cielo hubiese aparecido de repente entre las nubes con una llamarada de luz estelar, enviando hacia abajo una legión de ángeles como un relámpago de cristal que les hiciera girar hacia la estratosfera, más allá de la luna, entre los planetas, hacia una eternidad de indescriptible euforia, que no conociera límites, ni principio ni fin, sólo pura y divina gloria...

-Se acabó, ya sabes- él le besó las yemas de los dedos mientras se miraban mutuamente, contemplando la auténtica belleza que desentrañaba cada uno en los ojos del otro- la batalla final. Si les rechazamos hacia el mar, habrán agotado sus recursos y no podrán intentarlo otra vez. Además nos dará tiempo a desarrollar una nueva super arma, mucho más devastadora que el cohete V-2. Aunque, si ellos consiguen entrar... con los bárbaros a las puertas orientales, todo estaría perdido.

-Se habrá acabado de una forma o de otra- se estiró para acariciar su cara- Estaríamos juntos para siempre, y nada volvería a separarnos otra vez.

-¿Dónde irás ahora?

-A casa de mi padre, a esperarte.

Se abrazaron de nuevo y continuaron besándose, paraban intermitentemente para probar la comida y el vino que habían comprado, aunque no pudiesen saciar ni el hambre ni la sed que tenían el uno del otro. Era casi como si les hubiesen dado un aplazamiento a la misma muerte, así era de urgente e insaciable su deseo. Se las arreglaron para llenar el vacío de cinco años con una tarde de pasión, y volvieron a la ciudad a última hora de la tarde, como en una nube, sus espíritus volando como palomas.

Mientras se aproximaban a la ciudad, Carl y Angie se aproximaron a las camionetas de atención médica, de camino a la frontera alemana. Les inquietó un aparentemente interminable flujo de camiones volviendo con soldados heridos en la playa de Normandía. Los camiones que llevaban a los muertos parecían exceder en número a las ambulancias.

-Esto es un desastre- se quejaba un soldado con la cabeza totalmente vendada y un ojo cubierto con gasas-Nunca he visto tantos barcos en mi vida. Siguen llegando más y más. Las playas están cubiertas de muertos, los heridos

caen unos encima de los otros. Aunque siguen llegando. Es casi como si hubieran encontrado un modo de hacer un puente sobre el Atlántico.

-Carl-ella tocó su hombro mientras se alejaban del convoy médico- Tengo tanto miedo...

-No lo tengas- él la sostuvo entre sus brazos- acabo de regresar de Rusia. He vivido en tormentas de hielo, temperaturas bajo cero, ataques terroristas, ataques aéreos y de artillería, ataques Mongoles, suma y sigue. ¿Crees que Dios me llevaría justo ahora que acabo de recuperar a mi querida Angie después de cinco años?

-Sabes que mi padre tiene conexiones con el *maquis*- bajó la voz- Han estado trabajando con los británicos durante meses preparando esto. Mientras hablamos, mantienen negociaciones políticas con organizaciones clandestinas para incrementar la financiación de la operación. Deben estar invirtiendo como un millón de francos en armar a la resistencia. Ya no son sólo campesinos con rifles y escopetas.

-Asegúrate- Carl se aclaró la garganta- de que ni François ni tú dicen una palabra de esto a nadie. Prométemelo.

Ella le rodeó el cuello con las manos y se besaron como si fuese la última vez. Al final se soltaron a regañadientes, y ambos tenían lágrimas en los ojos.

-Después de esto se acabó- juró- volveré contigo.

-Te creo, mi amor.

Se besaron una vez más antes de que él la acompañase al andén de la estación, se dieran un beso de despedida, y ella se marchase en el tren.

-Cito literalmente de una directiva emitida para la 66 Cuerpo de Reserva y la División Reino ayer desde OKW después de los ataques terroristas en Groslejac, Cressenac y Noailles. “Pasen a la contraofensiva y ataquen con el máximo vigor y energía, sin dudar. Es necesario romper la moral de la población realizando castigos ejemplares. Es esencial arrebatarles de todo deseo de resistencia al *maquis* y cubrir sus necesidades”, el oficial de las SS se dirigió al grupo que estaba en la sala antes de ser interrumpido por alguien que llegaba y abría la puerta.

-Teniente Hansen. Le estábamos esperando.

Carl llegó la pequeña vivienda ceca del centro de Toulouse que se le había confiscado por parte de la policía, a un conocido insurgente para ser usada por las SS. Vio que Khan, Barth y los sargentos del pelotón estaban reunidos. Bebían y holgazaneaban, jugaban a las cartas, limpiaban las armas y se notaba en el aire la tensión.

-Tenía un asunto personal que resolver- replicó Carl, descolgándose el rifle del hombro y apoyándolo contra la pared-Debería haber empezado sin mí.

-Soy el teniente Gunter Schweinberg de las SD (Inteligencia de las SS), se presentó a sí mismo. Era un hombre de complexión media con el pelo rubio engominado hacia atrás, ojos fríos y una sonrisa arrogante. Su uniforme negro estaba impecable y todos le tenían por el típico fanático de las SS- Me han enviado aquí bajo las órdenes directas del general Kaltenbrunner para supervisar el trabajo de nuestros Einsatzgruppen destinadas a la Brigada principal. También tengo órdenes de asegurarme de que todos aquellos que estén en puestos de mando tengan una clara comprensión de nuestros objetivos en lo que se refiere al problema de la insurgencia, aquí en Francia. Comprensiblemente, no podíamos empezar sin usted. Déjeme aconsejarle que esto no se repita otra vez.

Carl reprimió las ganas de asesinar y se las arregló para contener la lengua, en vez de eso intercambió miradas con Khan mientras la habitación se llenaba de zumbidos, silbidos y ruidos de descontento.

-Ah... ¿dijo usted que su nombre era Gunter?- dijo tensamente Carl.

-Teniente Schweinberg- corrigió a Carl.

-Gunter- Carl se aclaró la garganta-quizás debería irme y volver a entrar para que podamos empezar de nuevo. O quizás debería irme a donde estaba y mañana nos despertaríamos como si esto nunca hubiese pasado.

-Capitán Khan- Schweinberg se giró hacia él- soy consciente y, de hecho, fui debidamente informado de la naturaleza del espíritu de camaradería que prevalece en las filas de las Waffen SS. Se me ha instruido para no infringir el privilegio que encierra. Sin embargo, dejemos claro que mi posición como representante del general Kaltenbrunner y, sobre todo del Reichsführer Himmler, excede cualquier preocupación por su espíritu de equipo. Sería desafortunado que yo tuviese que incorporar este incidente a mi informe.

-Suponga que le mando a usted a tomar por el culo. ¿Sería algo para incluir en el informe?

Schweinberg giró iracundo en la dirección de la voz. Se encontró atrapado por la mirada de sangre fría de Eric Von Hoffman, la mirada del tirador pelirrojo y de ojos azules tan carentes de emoción como los de un tiburón asesino. Había algo en ella que le quitó toda su confianza mientras Eric soltó un hilo de humo en su dirección.

-Capitán Khan- Schweinberg se volvió hacia él- Necesito hablar con usted en privado, por favor.

-Eso no es de buena educación- Eric tiró su cigarrillo a tan sólo unos centímetros de la bota de Schweinberg- Te estoy hablando.

-¿Cuál es su nombre?- preguntó Schweinberg tranquilamente.

-Esto no es como los juegos que vosotros figurines jugáis en vuestras elegantes oficinas, con vuestros elegantes uniformes, en esos edificios elegantes de Berlín- Eric se levantó de la silla mirando hacia atrás, hacia el resto de la sala- Esto es un juego de vida y muerte ahí fuera.

-Eric-Khan le avisó.

-¿Sabes una cosa?- Eric sacó la pistola- tengo un juego para ti.

-Mierda- Hans Beckmann bajó la cabeza mientras la movía negando.

-Eric- Carl intervino.

Hoffman abrió el revólver y dejó caer las balas al suelo, manteniendo una en su mano. La metió dentro del tambor, lo hizo girar y lo puso de nuevo en su sitio, apuntando a la cabeza de Schweinberg con el arma.

-¿Está usted loco?- dijo Schweinberg con dificultad.

-No, en absoluto- sonrió Eric diabólicamente- De hecho, estoy feliz como un payaso. Mire como sonrío.

-¡Eric!- ordenó Khan.

-Demasiado tarde capitán- replicó Eric, apretando el gatillo. Hubo un silencio mortal después del click del percutor. Schweinberg retrocedió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

-Usted gana- se asombró Eric- Vayamos a por el segundo de tres.

-¡Por favor!- Schweinberg cayó de rodillas, tapándose la cara- ¡Pare, por el amor de Dios, no más!

-Eric- Carl se situó detrás suyo y con una mano rodeó la suya, bloqueando el gatillo con un dedo- Usa lo sesos por una vez. No tenemos a nadie que se ocupe de este sitio por nosotros. Tendríamos que traer a una de las mujeres franchutes para recogiesen el desastre. ¿Sabes el tipo de desastre que dejan estas cosas? La mujer franchute vomitaría nada más entrar. Tendríamos que sacarla y entonces, ¿qué tendríamos? Sesos y sangre por todas las paredes y vómito por todo el suelo. No estoy dispuesto a pasar ni un segundo en un lugar así, Eric. Así que o nos encuentras otro sitio para estar o mantienes este limpio mientras tanto.

-Ok. Teniente, lo entiendo- Eric sonrió malévolamente, volviéndose a Schweinberg-Bien, tío mierda, parece que vas a vivir para ver un nuevo día.

Aun así, déjame decirte algo, esto no se ha acabado. He matado alrededor de treinta personas en esta guerra, hombres, mujeres y niños. Yo sé cuándo algo se acaba y ellos no me van a dejar volver a casa, nunca más. No tengo nada que perder matándote. Si yo creyera que hay la más mínima oportunidad de salir de aquí matándote, bueno, Carl podría limpiar el desastre él mismo si quiere, que a mí me daría igual.

-Está bien, se acabó. Por favor- suplicó Schweinberg.

-Ten encontraré y te mataré- dijo Eric mientras Carl soltaba la pistola.

-Comprendo- dijo Schweinberg con la voz queda.

En seguida Eric apuntó con el arma a la cabeza de Schweinberg y apretó el gatillo. Otro altísimo 'click' se oyó en la habitación mientras a Schweinberg se le escapaba un grito lastimero. Hubo un segundo 'click' cuando Carl sacó su pistola y la apuntó a la cabeza de Eric.

-Ya basta, loco cabrón- le avisó Carl.

-¿Sabes Carl?- Eric sonrió con superioridad, enfundando lentamente su pistola- siempre dije que cuando llegase mi hora, yo decidiría como iba a ser. No te voy a dejar hacerlo a ti. A otro puede, pero no a ti.

-Eso duele de verdad, Eric- bromeó Carl, des-amartillando la pistola y enfundando.

-Ustedes dos, váyanse a tomar por culo de aquí- ordenó Khan- que alguien ayude al teniente a levantarse y sírvanle un trago.

-Creo que se meó los pantalones- murmuró Barth cuando Carl y Eric le pasaron por su lado.

-¿Le invito a un trago teniente?- preguntó Eric mientras salían por la puerta.

-Yo invito a la segunda ronda- Carl cerró de un portazo.

\*\*\*\*\*

-Gracias por salvarme la vida teniente.

-Cada vez me dicen eso más y más a menudo.

-¿Cuál es la historia de ese hombre...Carl?- preguntó Gunter Schweinberg lastimeramente. Iba vestido con un blazer de tejido pata de gallo, una camisa amarilla y pantalones kaki, llevaba su pelo rubio rizado sin engominar- Para mi edificación personal.

-Para su edificación- exhaló Carl. Estaban frente a un almacén no muy lejos de los barracones, el día siguiente. Carl pasaba por allí y Gunter llamó

su atención, como si estuviera merodeando pero temiese entrar.

-El padre de Eric era un cura católico que se metió en un monasterio para evitar la prisión. Fue excomulgado por, digamos, comportamiento sexual desviado, y se casó para tener una mujer y unos hijos con los que poder pagarlo. Su excusa fue que desde que era cura, representaba a Dios en la Tierra y era, de hecho, hijo de Dios, como Jesús. A veces creo que Eric cree que está siguiendo los pasos de su padre.

-¿Alguna vez le han examinado?- preguntó Gunter suavemente.

-Le habrían transferido ya al final del pelotón con los Einsatzgruppen si no fuera un comando tan hábil- gruñó Carl- es uno de mis mejores hombres. Tienen un dossier de él en Berlín, tan grande como una enciclopedia. Sabe que nunca le dejarán ir. Una vez que se acabe la guerra, le encerrarán el resto de su vida.

-Sólo estoy haciendo mi trabajo-se defendió Gunter- no quiero que me maten aquí.

-Quid pro quo- le contestó Carl- Si tú vigilas mi espalda yo vigilaré la tuya. Hay muchas puñaladas traperas, política sucia, actividades ilegales y demás, ahí fuera. Puede que me tenga que ensuciar las manos para lidiar con ello. Me aseguraré de que nadie se acerque a tu culo, incluyendo a Eric. Sólo tienes que estar listo para devolver el favor.

-Claro, Carl- replicó Gunter con vehemencia- Trato hecho.

-Sólo una cosa más.

-Claro, ¿el qué?

-No seas tan gilipollas.

-Eso está hecho, Carl- sonrió Gunter.

Carl volvió a su habitación en el motel y se encontró en la recepción una nota convocándole al despacho del capitán Khan. Estaba ligeramente molesto ya que se figuraba que le iban a regañar por el incidente con Eric la noche anterior.

-Señor-Carl abrió la puerta, que se había dejado entreabierta para la conveniencia del personal.

-Cierra la puerta y toma asiento- Khan se quitó las gafas, sentado en un pequeño escritorio, que se había cambiado de sitio para ver la entrada- Entiendo que ha hecho usted las paces con Schweinberg.

-Somos una familia feliz de nuevo- Carl asintió.

-Bien- Khan frunció el ceño-Me acaban de decir que la unidad de Einsatzgruppen asignada a la División ha sido redestinada al frente ruso.

Berlín le ha dado a Schweinberg órdenes de supervisar nuestros esfuerzos contra la insurgencia. Han dejado un pelotón atrás, de apoyo. Se les ha dado autoridad para reclutar fuerzas locales de la Gestapo si necesitan refuerzos.

-Así que al fin han encontrado una manera de hacer las cosas más eficientemente por una vez.

-Eso parece. La razón por la que te llamo es para darte un aviso de la situación de Ruess.

-¿Así que al fin va a ir a tratamiento?

-Nada de eso. El coronel decidió que, como su unidad está tan mermada, iba a disolverla y reasignar a los hombres a la compañía de Barth. Tienen un par de mandados para ti, estando tu presente, no se le va a cargar el muerto a Barth. Puede que asignen algunos de tus hombres según aumenten las necesidades, pero será sólo algo temporal, con suerte.

-¿Así que le han quitado el mando a Ruess?

-En realidad, envié una petición especial a Berlín para que le convocasen. La petición fue denegada sin ninguna explicación. Después Lammerding me informó a través de Stadler de que Ruess estaba siendo reasignado al pelotón de Einsatzgruppen.

-Ese es un giro inesperado- sonrió Carl- ¿Qué tiene que ver Schweinberg que ver ahí?

-Técnicamente, eso le pone bajo las órdenes de Ruess-Khan se encogió de hombros-Aquí viene una mejor. Averiguamos que estaba programado el envío nuestro equipo adicional a Limoges. Hicimos que uno de nuestros administrativos investigase un poco y averiguamos que va a un chalet que se ha alquilado por Berlín a nombre de Ruess.

-Eso me suena a que Ruess tiene algún tipo de misión clandestina-especuló Carl.

-¿Para hacer qué?- gruñó Khan- Acudo a Wulf y está obstruido por Diekmann y Kampf. La misma mierda de siempre, los dos contra Wulf y Weidinger sentado sin hacer nada.

-¿Y qué puedes hacer?-Carl estiró una mano- es la política habitual de la División.

-El problema que tenemos aquí es que estos franchutes creen que la Segunda Venida, está teniendo lugar en Normandía. Se está acercando a la histeria. Necesitamos salir ahí fuera tan rápida y secretamente como sea posible. No podemos permitirnos levantar un avispero en la zona. Creo que probablemente esa es la razón por la cual volvieron a llamar a la unidad

principal de Einsatzgruppen. Aparte del hecho de que si necesitamos apoyo de la Gestapo éste funciona de ambas formas, les da una demostración de fuerza que mantiene a los terroristas en jaque.

-Así que crees que Ruess puede estar planeando su venganza contra el comunismo por medio de algún tipo de acción anti-terrorista contra los civiles de por aquí.

-No estoy seguro, pero sé que no podemos permitirnoslo. Necesitamos llegar a Normandía lo más pronto posible y de una pieza, sin fraccionar unidades para que vayan persiguiendo franchutes por la campiña.

-¿Crees que debería hablar con él?

-Tenemos otra cosa en mente-Khan le puso un dossier delante-Tenemos noticias de que las FFI (Fuerzas Francesas del Interior) tienen una importante reunión programada en la región de Limousin esta noche. De acuerdo con nuestras fuentes, la red de insurgentes comunistas tiene planeada una serie de ataques a instalaciones del gobierno en la misma región dentro de las próximas cuarenta y ocho horas. Tenemos razones para creer que el británico SOE (Ejecutivo de Operaciones Especiales) puede estar trabajando con los terroristas.

-Escuché que el FFI es un grupo socialista rival- reflexionó Carl.

-Exactamente- confirmó Khan- Por eso queremos mantenerles fuera de juego. Creemos tener una idea del sitio de la reunión. Es una granja en medio de un pequeño valle que proporciona a los terroristas una posición ventajosa contra una fuerza de un tamaño destacable. Sin embargo, creemos que un hombre con las habilidades necesarias podría ser capaz de entrar y destruir el objetivo.

-No estoy seguro de si debería ponerme contento de que mis superiores tengan tanta confianza en mis habilidades- bromeó Carl.

-Ruess no está y Eric probablemente no conseguiría volver. No se lo pediría a nadie más.

-Voy a dormir un par de horas antes de salir- Carl recogió el dossier de la mesa-estaré durmiendo hasta tarde, así que ni se te ocurra llamarme.

-No, a menos que aparezcan los americanos- Khan le devolvió la sonrisa.

Horas más tarde, Carl Hansen se arrastraba a través de las altas hierbas del campo abierto durante casi doscientos cincuenta metros, hasta la línea de árboles. Había una luna plateada frente a la cual se interponían, fugazmente, formaciones nubosas a intervalos, permitiendo a Carl el lujo de moverse más rápidamente en las sombras. No había guardias, excepto por uno en la puerta,

lo que indicaba que los insurgentes pensaban que el campo abierto en torno a la casa le daba seguridad. Podía ver luces y movimiento y, al acercarse, pudo ver las sombras y formas de vehículos al otro lado de la casa. El hombre en la puerta tenía una metralleta, indicando que esto era algo más que una reunión de maquis escopeteros.

-¡Cuatro millones de francos!-una voz tronó en el interior de la casa, Carl podía oírles discutiendo en francés-. ¡Quién sería tan estúpido de creer algo así!

-Nos enteramos por un hombre que se relaciona con el círculo cercano de De Gaulle- insistió otra voz- Razonemos juntos. Los británicos y los americanos están arriesgándolo todo en la costa de Normandía. Supongamos que los nazis consiguen repeler la invasión. Ambos países quedarían militarmente en la bancarrota. ¿Crees que cuatro millones de francos serían una locura de inversión después de todo lo que han apostado ya?

-No olvidemos los rumores que vienen de América- un tercer hombre alzó la voz- El gobierno americano está comenzando a percibir al comunismo como a la próxima amenaza a la democracia. Una vez hayan derrotado a las potencias del Eje se concentraran en los rusos. ¿Qué te hace pensar que están tan ansiosos de apoyar a un gobierno comunista en Francia?

-Hay una línea muy fina entre el socialismo y el comunismo- y otro hombre añadió- y muy poca diferencia entre los hitlerianos y los estalinistas. ¿Crees que ven alguna diferencia entre nosotros y el FTP? Deja que te diga, que los americanos son un pueblo al que le gusta la acción, mucho más que a cualquier otro de la historia. Respetan la acción y la violencia, es parte de su patrimonio, mira a su Revolución, sus guerras Indias, su Salvaje Oeste, su Guerra Civil. Si continuamos demostrándoles que el FFI es una fuerza más dinámica que el FTP, invertirán su dinero en nosotros. Lo garantizo.

-¿Cómo van los capitalistas a invertir dinero en ti, si no hay nadie que lo recoja?

Los doce hombres sentados alrededor de la mesa en la sala se quedaron atónitos al oír una voz que no reconocían. Se giraron y vieron al guardia de la puerta, colgando de una bayoneta que le salía de la garganta, con los ojos sin vida, mirándoles. Empezaron a huir de la mesa en todas direcciones cuando el hombre que sostenía al guardia lanzó su cuerpo a un lado y abrió fuego.

El primer fogonazo de escopeta destrozó la cabeza del hombre que presidía la mesa, despedazándolo como si fuese un melón pasado. Los siguientes dos tiros alcanzaron a los hombres más próximos en la espalda,

lanzándoles por el suelo. Entonces le disparó a otros dos hombres que intentaban sacar las armas, arrancando sus caras de los respectivos cráneos. Entonces soltó la escopeta y sacó su Mauser, saltando sobre la mesa y disparándole en la cabeza hasta al último hombre.

Seguro de que todos estaban muertos, se paseó por la habitación y les vació los bolsillos de los pantalones, recogiendo las carteras y poniéndolas sobre la mesa junto a los libros y mapas que había en el centro. Después las metió en una gran maleta que había junto la mesa, la cerró bien y abandonó la granja. Como pensamiento de última hora, descolgó la lámpara de keroseno de su lugar en el marco de la puerta y lo lanzó hacia el interior de la vivienda. El edificio fue engullido pronto por las llamas mientras Carl se desvanecía en la oscuridad.

-Esto es excelente, Carl- el coronel Stadler se echó hacia atrás en su silla giratoria, al centro de la larga mesa frente a la cual Carl estaba de pie- Excelente trabajo.

-Es el mejor- dijo el mayor Wulf con orgullo- nadie lo puede negar.

Los oficiales del regimiento buscaron entre los documentos e hicieron un resumen esquemático en una pizarra, intentando hacer un diagrama de las iniciativas de los insurgentes. Tras una larga discusión alcanzaron un consenso general.

-Esto no hace que disminuya el problema-el mayor Diekmann frunció el ceño- Todo lo que hace es confirmar nuestros peores temores. Brive, Tulle, Limoges, Oradour. Esto es un hervidero de actividad insurgente. No veo otra opción más que dividir nuestras fuerzas y avanzar en formación de pinza a través de la región de Limousin para contener a las fuerzas rebeldes mientras acudimos a la cita en Normandía.

-Estoy de acuerdo- asintió el mayor Kampfe. Los dos mayores habían servido juntos en la Primera Guerra Mundial y disfrutado de una íntima amistad que les había dado una ventaja considerable dentro del regimiento aunque tenían siempre mucho cuidado de no sobrepasar sus límites frente al coronel.-Si avanzamos directamente hacia el teatro de operaciones, estaríamos creando un guante que no serviría para nada más que para animar a esos bandidos.

-Siempre hay un riesgo inherente al dividir nuestra fuerza- aventuró el mayor Weidinger. Era el más prudente del grupo, haciendo de abogado del diablo donde fuere posible para proporcionar a todas las partes una visión más clara de la cuestión. También era visto con ciertas reservas por los demás debido a su pasado como guardia de campo de concentración en Dachau y Belsen.

-Aunque, por supuesto, ofrecer un objetivo también invita al enemigo a cometer errores, viendo las cosas en su conjunto. Aun así, no podemos permitirnos el lujo de proporcionar estos pseudo-objetivos cuando tenemos frente a nosotros una empresa tan desmesuradamente grande.

-Carl- le pidió Stadler- Acerca una silla. Has ido y venido del campo de batalla más que cualquier otro. Dinos lo que piensas.

-Carl acercó un asiento, consciente de que estaba invadiendo el territorio de sus superiores. Aunque sabía de la estima que se había ganado entre ellos y lo daría todo por ellos cuando y si fuera necesario.

-Dadme un mínimo apoyo aéreo y de artillería y podré entrar en Tulle, Limoges y Oradour y controlar las cosas antes de que las fuerzas principales lleguen- sugirió Carl- Necesitamos el elemento sorpresa de nuestro lado si planeamos agarrar a cualquiera en el acto y conseguir algo de buena información. Estos terroristas son como gitanos, llevan a cabo su rutina y después desaparecen en el viento. El sonido de un convoy es una señal de evacuación para esta gente. Si me dejan llevar mi pelotón a pie, podemos paralizar a los terroristas y bloquear sus vías de escape.

-Carl, el GMR (*Groupes Mobiles de Reserve*, Grupos de Reserva Móviles) tiene informantes en Paris que indicaron que el FTP tiene alrededor de 200 terroristas en Limousin, y la *Milice* (la milicia de Vichy) nos dice que debe haber tantos como 2.000 miembros del *maquis* en la región- apuntó el mayor Wulf-. No sabemos cuántos de ellos pueden estar en los alrededores de Tulle, Limoges u Oradour. Estas personas son invisibles a simple vista, viajan como civiles, no les puedes distinguir hasta que te están disparando, ya hemos pasado por esto en Rusia, por amor de Dios.

-Eres demasiado jodidamente valioso, eso es lo que intentan decirte, Carl- el mayor Kampfe contuvo una risita, ya que se había tomado unas copichuelas, a pesar de lo temprano que era- Si hubiera una docena más como tú, te dejarían ir sin pensarlo. Desafortunadamente, la única alternativa es ese psicópata de Von Hoffman. Ruess va de camino al loquero y Slater y Dietz están dos metros por debajo. Eres nuestra arma secreta, no se te puede desperdiciar.

-En muchísimas palabras, eso es- el mayor Dieckmann suavizó irónicamente la diatriba de su amigo.

-De modo que ellos hacen un fuego bajo la ciudad y nosotros tenemos que soplarlo, con el coste de incontables víctimas civiles- contestó Carl- Eso creará una ola de histeria por toda la región que causará que más gente se una a la lucha contra nosotros. Tendremos que luchar mucho más en Limoges y Oradour a causa de esto. Coronel, puedo entrar en Tulle con un puñado de hombres, sacar a los terroristas y salvar vidas.

-No creo que eso pase sin que pierdas, al menos, la mitad de tu escuadra en el proceso- decidió Stadler- Nuestras unidades de reconocimiento han sido diezadas desde nuestro regreso de Rusia y los remplazos que nos están llegando no tienen ni idea de reconocimiento. Necesito a tu compañía de una pieza cuando nos enfrentemos al follón de Normandía, Carl, esta batalla está dejando a Kursk a la altura de una pelea de bolas de nieve. Entramos juntos, haces tu trabajo y si tienes problemas estaremos justo detrás de ti.

El *maquis* coordinó su ataque la mañana siguiente en el pueblo de Tulle, era el 7 de junio de 1944. Habían unido fuerzas a regañadientes con el FTP, (Franc Tireurs et Partisans), un grupo insurgente comunista que contaba con

alrededor de 25.000 miembros en las calles de París. El líder del FTP en París, Gilles Guevremont, mandó una compañía de 100 hombres a la región de Limousin para el asalto combinado contra el tercer Batallón/95 Regimiento de Seguridad del Ejército Alemán, que integraba la guarnición local.

Las sobrepasadas tropas de la guarnición lucharon valientemente, pero fueron superadas en número y obligadas a rendirse. Los *maquis* se hicieron a un lado y miraron con asco una vez que se hubo tomado la escuela convertida en guarnición, como los comunistas tomaron a los prisioneros y los arrastraron a la plaza del pueblo. Fueron apaleados hasta la muerte por los integrantes del FTP entre los vítores y los gritos de apoyo de los habitantes del pueblo, después de lo cual los cuerpos fueron mutilados y arrastrados de vuelta a la escuela. Otros veinticuatro soldados alemanes destinados en Tulle también fueron asesinados por el FTP, elevándose el número de muertes a un total de sesenta y cuatro.

El FTP aprovechó la ocasión para ganarse el apoyo de los habitantes del pueblo para su causa. Sus jefes de propaganda distribuyeron literatura y dieron discursos con megáfonos desde los balcones, escaleras y tarimas. Prometían que, tras la aniquilación del Imperio Nazi por el avance del Ejército Rojo, los rusos continuarían hacia el oeste hacia Francia y asegurarían una paz duradera bajo un gobierno del FTP. Francia no viviría nunca más a la sombra de sus enemigos imperialistas, con los anglo-americanos fuera del continente y la benevolente USSR protegiendo las fronteras orientales de una vez y para siempre.

El *maquis*, junto con la mayoría de los veteranos de la Primera Guerra Mundial que lucharon bajo las órdenes del general Petain, pusieron los ojos en blanco y soportaron la retórica mientras que se deleitaban en su recién encontrada libertad, no importa cuán fugaz pudiera ser. La emisora de radio clandestina, Radio Bastille, retransmitía paso a paso las novedades sobre la batalla cataclísmica en las playas de Normandía, y parecía ser cuestión de tiempo el que la Fuerza Expedicionaria Aliada les liberase de sus ataduras...

...sin la ayuda de la USSR.

La ciudad de París misma se había convertido en un hervidero de corrupción, violencia y desesperación mientras los ciudadanos de una de las ciudades más hermosas del mundo estaba siendo arrastrada inexorablemente al caos de la guerra. La gente tenía que acudir al mercado negro mientras la inflación de tiempos de guerra hundía a muchos parisinos en la pobreza. Al hacer eso, se estaban exponiendo cada vez más a los vicios y excesos de la

subcultura. Sexo, drogas y violencia se habían convertido en un modo de vida para muchos, y el régimen de Vichy estaba perdiendo el control de aquella locura.

La corrupción era tal, que la influencia de la mafia de París y de la temible mafia Corsa se había extendido por toda la red de Vichy en la capital francesa. Como resultado, los jefes de la mafia tenían un amplio conocimiento tanto de la policía como del ejército en todo el país. Era una información que no tenía precio, a la hora de coordinar sus operaciones de contrabando y robo por toda Francia.

Un elemento en particular vino como un rayo de inspiración a los jefes de la mafia de París. Se enteraron de que el *maquis*, la red informal de campesinos y granjeros que tenían una comunidad y un código de honor similar al de los corsos en el campo, estaban conspirando con la Resistencia para emprender una serie de operaciones contra los nazis por todo el sur de Francia.

Uno de sus proyectos era una insurrección planificada en la ciudad de Tulle, que ya era un avispero de insurgencia. La información decía que los nazis tenían un envío importante de morfina que iba de camino a Normandía, y estaba siendo dirigido hacia el hospital general cerca de Brive, antes que arriesgar su seguridad en el hospital de Tulle.

El rumor decía que esa morfina, valorada en dos millones de francos del Reich, se estaba transportando en una caja de metal custodiada por guardias armados. La mafia sabía que podía cortar este producto y ponerlo en las calles de París obteniendo un beneficio de cuatro millones de francos. Después de convocar una reunión de emergencia en un suburbio de París y haciendo numerosas llamadas a la isla de Córcega, las familias de la mafia acabaron por decidir un plan de acción.

Los corsos y los parisinos decidieron encargarse del trabajo a su facción más conocida, la banda de BonyLafont, que a su vez, designó a su máxima figura, Henri Lafont, para supervisar el proyecto. Lafont ya tenía en mente a las personas adecuadas para llevarlo a cabo.

Los cinco hombres bajaron del camión militar frente al atestado hospital del pueblo de Brive en medio del caos y de los lejanos sonidos de morteros y fuego de cohetes. Los civiles, la policía y el personal del hospital corrían alocadamente mientras se preparaban para evacuar al pueblo que se encontraba en peligro. Los hombres, vestidos con largas batas blancas, se

apresuraron a entrar por la puerta principal del vestíbulo y se abrieron paso a través de la multitud hacia el mostrador de recepción.

-Nos han enviado para recoger y entregar el transporte especial- anunció el líder, un hombre sencillo, alto y canoso, a la enfermera jefe.

-¿La medicina especial?

-¡Los suministros para el frente, tonta! ¿No ves que tenemos prisa?

Los dirigió hacia una puerta que llevaba hacia un pasillo que serpenteaba descendiendo hacia el sótano. Los hombres corrieron pasillo adelante hacia el muelle de carga en dónde dos médicos estaban cargando una pequeña camioneta bajo la vigilancia de dos soldados de Vichy.

-Soy el doctor Renaud- anunció el hombre alto- Estoy aquí para hacerme cargo del envío.

-No hemos recibido órdenes de entregar el envío a nadie- replicó uno de los guardias- Nos han dado órdenes de acompañar a estos hombres hasta la próxima ciudad.

Uno de los hombres, moreno y atlético con grueso pelo negro y ojos oscuros, dio un paso adelante y disparó su Beretta en los pechos de los soldados y después le disparó en la cabeza a los médicos.

-Y ahora, ¿cómo se supone que vamos a usar esos uniformes?- dijo un hombre de pelo rubio oscuro y espeso bigote, avanzando hacia los cadáveres.

-¡Así parecerá que has hecho algo por tu país, zoquete!- el hombre canoso chasqueó los dedos- Ustedes dos, cojan sus abrigos. Ustedes, comprueben que la mercancía está ahí. Jacques, tú conduces.

-Así que tengo que aguantarte diciéndome cómo salir de la ciudad- gruñó Jacques Tremblay- ¿Por qué tengo la impresión de que te has invitado a ti mismo a venir, sólo para cortar un trozo de nuestra parte además de tu comisión?

-A lo mejor es que en París no se sentían cómodos confiando en ti y en tus amigos, tratándose de un cargamento tan valioso- replicó Germaine Lafont.

Lafont era uno de los capitanes más poderosos de la mafia parisina, con estrechas conexiones con la temida mafia corsa. Tremblay era el jefe de una de las bandas más peligrosas de Lafont, pero la de ellos, era una relación que gozaba de un equilibrio bastante precario entre la ambición sin límites de Tremblay y la avaricia sin fondo de Lafont.

Jacques se contuvo mientras su banda cargaba la camioneta y subían dentro. Sufría de un desorden explosivo e intermitente, con síntomas que incluían repentinas subidas de sangre a la cabeza que hacían que sus venas

latiesen a ojos vista. Lucien Belmondo, su mano derecha, le dio unas palmaditas en el hombro en señal de apoyo mientras Jacques aceleraba el motor y hacía avanzar a la camioneta entre chirridos por el camino.

-¡Ten cuidado!-ladró Germaine- ¡Esos viales están hechos de cristal! ¿Te das cuenta de las pérdidas que tendríamos si uno solo de esos viales se rompiese?

-Están envueltos en goma espuma, Germaine- intervino Jean-Paul Marat, encendiendo un cigarrillo.

-¿Te he preguntado algo a ti, borracho?- le gritó Germaine- ¡y te he dicho que no enciendas esos canutos baratos tuyos cuando viajemos juntos!

-Oye, relájate- intervino Lucien- ya hay suficiente tensión por aquí. Acabamos de liquidar a cuatro personas.

-Cobarde sin sangre- rezongó Germaine- he matado a cuatro personas antes del desayuno.

-¡Deja de molestar, Boris Karloff hijo de puta!- le gritó Jacques, metiéndole el nerviosismo en el cuerpo a sus compañeros. El gran parecido de Germaine con el actor era tal que sólo se atrevían a mencionarlo cuando no andaba cerca para escucharlo.

-¿Qué has dicho?- preguntó Germaine incrédulo.

-¿Con quién te crees que estás hablando?- Jacques empezó a ver luces rojas frente a sus ojos- ¡Somos la banda más dura de París! La única razón por la que estas viajando con nosotros es tu hermano! ¡Y él me importa lo mismo que tú!

-¿Por qué cacho de mierda inútil,..?- Germaine se atrangantó de la rabia. Jacques clavó los frenos, sacó su Beretta de la funda de la pistolera del hombro, y en un violento movimiento, le pegó un tiro en la cara a Germaine. Los demás se quedaron mirando en estado de shock mientras Jacques abría su puerta, rodeaba la camioneta, deteniéndose en una pendiente que dominaba un arroyuelo que pasaba por un barranco.

-Se acabó- gritó desesperado Marcel Chouinard, un hombre grueso- ¡Henri mandará que nos maten!

-Cállate Marcel- Jean-Paul salió fuera de la camioneta, junto con Lucien- necesitamos pensar esto detenidamente.

-De acuerdo- Lucien estaba junto a Jacques, frente al barranco-. Tenemos que hacer que parezca que le mató el *maquis*. Con todos los combates que ha habido en la zona, París lo aceptará como un accidente.

-No Henri- Marcel emitió un quejido mientras salía con dificultad de la camioneta- has matado a su primo. Por principios, él nos matará a nosotros.

-Podría funcionar- musitó Jean-Paul- con oda la tensión entre la mafia y los comunistas en las calles de París, podríamos hacer que parezca que el FTP le encargó al *maquis* el trabajo.

-Tenemos morfina- dijo Jacques con las manos en las caderas- por valor de dos millones de francos.

-¿Qué haremos con ella?- musitó Jean-Paul- con todas esos heridos volviendo de Normandía, los nazis peinarán toda la campiña en su busca. Si escapamos, no tendremos más opción que traerla a París. Henri tendrá a cada pistolero de la mafia buscándonos, y no hablemos de los corsos. No duraríamos ni veinticuatro horas.

-Los políticos pagarán por ella- decidió Jacques-. Se la venderemos al mejor postor, ya sea FTP o FFI (Fuerzas Francesas del Interior), me importa un carajo a cual. Muy bien Marcel, limpia este desastre, saca toda la sangre y los cristales fuera del coche. Jean-Paul, arrastra ese pedazo de mierda hasta el río y dáselo de comer a los peces.

-Quizás deberíamos entrar todos y meter la camioneta en el riachuelo- se rio Lucien.

-Podría ser buena idea- replicó Jacques suavemente- ya veremos lo que pasa.

Continuó mirando al riachuelo un largo, largo rato.

El Imperio Británico había resistido impertérrito a pesar de los excesos del Imperio Nazi al intentar sacarles de la guerra. Los nazis habían bombardeado las Islas Británicas más que a cualquier otro objetivo en la historia militar, sin resultado. Sus cohetes V-2 caían todas las noches, y los ingleses vivían en un estado de terror, esperando las sirenas de ataque aéreo en la oscuridad y las terribles pérdidas que descubriría el amanecer. Aun así se negaban a dejarse intimidar, y seguían con sus rutinas diarias, no permitiendo que la guerra les negase los simples placeres de la vida.

Esta moral se veía comprometida por las noches, cuando la niebla de Londres se mezclaba con el brillo colorado de los cohetes nazis que llenaban las calles de la ciudad de malos presagios. Los dueños de clubs nocturnos vivían con el miedo a recibir un impacto, aunque sabían que seguían obteniendo beneficios mientras tantos otros estaban viviendo precariamente. Los clientes se aventuraban a salir por las noches a cenar o a divertirse, deseando escapar de la brutal realidad del racionamiento, los refugios

antiaéreos y los barrios arrasados. Las familias miraban a los jueguistas desde sus ventanas con una mezcla de emociones, maldecían su estupidez y, al mismo tiempo, admiraban sus espíritus indomables.

Para los que estaban en el Hotel Europa, a veces era como si viviesen en otra dimensión. A pesar de los cortes de luz intermitentes y de las terroríficas explosiones de las bombas, la vida continuaba como siempre con un fondo resplandeciente de moquetas afelpadas, exquisitos muebles y molduras, arte y música relajante. Clientela bien vestida charlaba con el personal del hotel y se apretujaban en el salón antes de pedir la cena o retirarse a la sala de cocktail para pedir bebidas y escuchar música.

Una mesa de cuatro, situada junto al escenario, había pedido una suntuosa cena de filete, langosta, caviar y champagne mientras se turnaban para bailar en la pista. Cuidadosamente, se les aproximó un camarero con una nota escrita a mano. Los dos hombres en la mesa intercambiaron comentarios antes de llamar al camarero y pagar la cuenta. Después llevaron a sus compañeras fuera de la sala donde se encontraron con un hombre moreno y robusto. Éste se les unió mientras caminaban hacia los ascensores y tomaron uno hasta la tercera planta.

El musculoso matón irlandés llevó a ambas parejas a una suite elegante que había al final de un largo salón, cerrando la puerta tras ellos antes de precederles hacia una nueva habitación, en la que intercambió susurros con un cómplice suyo, alto y delgado. El hombre fornido les hizo seas para que entrasen en la siguiente habitación, en la que había un tercer hombre esperando.

-De modo que buscáis algo de marihuana y tenéis algo de dinero- el hombre moreno de ojos oscuros, los cerró un poco-. ¿Cuánto queréis?

-¿Qué tal una libra?- replicó el inglés de ojos azules.

-Eso son como cien libras y nosotros no aceptamos cheques- sonrió el irlandés. No había nada que le hiciera pensar que estos eran el tipo de persona que lleva bastante dinero encima.

-Muy bien- el rubio se metió la mano en el bolsillo y sacó una cartera y una placa- soy Harry Blackburn del Servicio Secreto Británico. Este edificio está vigilado y usted está bajo arresto. ¡Vosotros tres, daos la vuelta y poned las manos contra la pared ahora!

Un sonoro 'click' hizo que a Blackburn le corriera un sudor frío. Giró la cabeza para ver a un cuarto hombre en la puerta, detrás de ellos, con una escopeta recortada.

-Estúpido inglesito cabrón- se burló el musculoso, acercándose y levantándole con un cruzado de derecha, que hizo caer a Blackburn sobre una mesa de cristal. La mesa se hizo trizas mientras Harry se estampaba contra el suelo. El hombre moreno le quito la cartera de la mano.

-¿Qué tenemos?- el hombre de pelo rizado apuntó con la recortada a los amigos de Harry.

-Esto no es el Servicio Secreto, es algún tipo de inteligencia militar- musitó el moreno-. Creí que Logan se ocupaba de este tipo de cosas.

¡Jimmy, tengo dos acusaciones de asesinato mirándome a la cara- espetó el flaco- no puedo implicarme en este tipo de acción!

-¡Quién es este pedazo de mierda yanki!- el musculoso le sacó del bolsillo la cartera al compañero de Harry-. ¿Henry Geronimo? ¿Este es un puto indio? ¿Y quiénes son estas zorras?

-Le ruego me disculpe- se atrevió a decir la mujer rubia.

-Somos de inteligencia militar- Henry se aclaró la garganta- son la agente Monroe y la agente Mansfield.

-Estas putas no tienen identificación- Jimmy les abrió los monederos.

-Lancémoslas por la ventana, junto con estos cabrones.

-¡Estas como una cabra!- exclamó el flaco.

-Cómo diablos es que Logan te puso en mi equipo, es algo que no me explico- se quejó Jimmy.

-Dejen las drogas, salgan y diremos que se escaparon- gorjeó Harry, todavía chorreando sangre por la boca- si les pillan con las drogas no podremos salvarles.

-Si nos agarran estamos jodidos, punto- Jimmy buscó detrás del sofá y sacó un pequeño bolso- ustedes tres, siéntense en el sofá con su amigo. Todos van a contar hasta cien, alto y claro, juntos. Si oímos que uno de ustedes se detiene, volveremos aquí y les volaremos los sesos.

-Verán el bolso- razonó Harry- déjenlo, les digo.

-¡Puto inglesito cabrón!- Jimmy le tiró el bolso a la cara y le dio una patada lo más fuerte que pudo, en la ingle, mientras las mujeres gritaban.

Los tres se sentaron en el sofá mientras los irlandeses salían pitando por la puerta. Harry se unió al coro lo mejor que pudo, los cuatro siguieron las instrucciones. Después esperaron un poco antes de ponerse de nuevo de pie, Henry levantó a Harry de la alfombra.

Parece que todo ha acabado siendo una pequeña aventura, ¿eh?- Harry se las arregló para sonreír. La rubia respondió pegándole en la cara y haciéndole

caer de nuevo en el sofá.

-¡Asqueroso malnacido!- gritó-. ¡Preguntaste si queríamos algo de hierba, no sí queríamos arriesgar la vida consiguiéndola! ¡Será mejor que te olvides de mi número y si te vuelvo a ver te aplastaré los sesos! ¡Y el doble para ti, canalla paquistaní!

-Lo cierto es que soy apache, señora- la corrigió Henry, mientras ella salía por la puerta como una exhalación. Su amiga se detuvo lo suficiente para darle una fuerte bofetada antes de irse.

-Bueno. Así habrá más para nosotros- Harry se puso de pie trabajosamente, abriendo el bolso para ver su contenido.

-Galesas- Henry se frotaba la cara- qué temperamentos.

-¿Todo va bien por aquí?- un encargado del hotel entró por la puerta, acompañado de dos guardias de seguridad.

-Sólo un ligero malentendido- le aseguró Harry-. Uno de nuestros amigos irlandeses concertó para nosotros encontrarnos con un par de chicas aquí. Pero parece que no nos llevamos tan bien.

-Diría que- refunfuño el encargado mientras salía veloz por la puerta-informe a sus amigos de que los daños serán incluidos en la factura.

-Eran chicas grandes- Henry se encogió de hombros, mientras los guardias miraban con escepticismo por toda la habitación.

-Llevamos tres días ausentes sin permiso, ya sabe- Harry se limpió el labio mientras Henry miraba hacia afuera por la puerta cuando los guardias se hubieron ido-. Tendremos que hacer lo que podamos con esto porque no lo podemos traer de vuelta, ¿verdad?

-Yo no me preocuparía por eso- sonrió Henry-. Todavía queda mucha diversión y aventura por delante en esta guerra.

Ninguno de ellos tenía ni idea de lo proféticas que esas palabras demostrarían ser.

## CAPÍTULO TRES

Carl retrocedió con la memoria hacia lo que parecían ser un millón de años atrás, un día lluvioso en el último año de universidad, suyo y de Angie, antes de que estallar la guerra, antes de unirse a las SS. Habían salido al lago ese día, con la esperanza de que no lloviese, pero alquilaron un bungalow por si acaso. La lluvia caía como si se tratase de una ducha, y se vieron obligados a correr desde su canoa en la orilla del lago, de regreso a la cabaña, que estaba colina arriba. Estaban completamente empapados pero cayeron riendo, el uno en brazos del otro. Carl se puso a hacer fuego mientras Angie hacía algo de té con la caja de provisiones que habían traído.

Había algunos trozos de periódico que habían usado para empaquetar los contenedores de cristal, y Angie desenrolló un pedazo que decía que el primer ministro británico Chamberlain tenía confianza en la decisión de Hitler de que cesaran las hostilidades en Europa.

-¿Cuándo acabará?-murmuró ella. Desde hacía mucho habían evitado discutir de política debido a sus sentimientos personales de patriotismo, pero la escena política se había vuelto cada vez más controvertida y difícil de evitar- toda la violencia y el odio.

-Siempre habrá violencia y odio- al fin Carl consiguió que prendieran un par de trozos de carbón-. Lo más importante es ser capaz de mostrar a los otros que la amabilidad todavía existe. Le da a los demás un ejemplo a seguir.

-¿Qué pasa si te obligan a ser violento y odioso? Imagina que hay una guerra y te obligan a ser soldado- miró por la ventana.

-No estoy seguro de que defender a tu país te haga ser así- Carl se acercó hacia donde estaba ella - si un hombre entra en tu casa, no te someten a juicio por intentar pararle.

-Carl, tengo tanto miedo de que Hitler comience una guerra y de que tú te alistés- se volvió hacia él, con los ojos llorosos.

-Si hubiese una, me alistaría para servir a mi país- miró por la ventana- pero después de que se hubiese acabado, yo desearía que las cosas fueran entre tú y yo... como son ahora.

-¿Cómo puedes decir una cosa así?- preguntó ella suavemente.

-He visto a hombres regresar de la guerra anterior con miembros que les faltaban- Carl caminó lentamente por la habitación- no me gustaría pensar nunca en que te estabas resignando a pasar el resto de tu vida con un tullido, dejando a un lado lo que te dicte la conciencia.

¡Carl Hansen, mírame!- exigió ella, mientras él se giraba- Te quiero más por quién eres, que por el aspecto que tienes. Nunca habrá una carga que yo no soportase con tal de estar a tu lado, nunca lo olvides.

-Sería el daño interior a lo que yo no te sometería- dijo tranquilamente- he visto como los hombre se vuelven feos a causa de lo que han soportado. Nunca te pediría que soportases eso, porque yo ya no sería el hombre que tu habías llegado a amar.

- No cuestiones lo que yo llegaría a soportar- una lágrima resbaló por su mejilla mientras se daba la vuelta.

No sé que he hecho para merecer tanto amor- se acercó a ella por detrás y puso sus manos en su hombros.

-Nunca has tenido que hacer nada- se estiró y cogió su mano entre las suyas.

-Angie, podría no haber lucha, ni batalla, ni guerra que pudiera detenerme de regresar a ti- suavemente le dio la vuelta y la tomó en sus brazos.- Y nada puede impedirme ser el hombre del que te enamoraste. Moriría antes que engañarte en eso.

Recordó el beso interminable que siguió, cerró los ojos e intentó recordarlo todo, el aroma de su pelo, su brillo contra su cara, la sedosa piel de ella, su perfume, el tacto de su cuerpo en sus brazos, mientras la apretaba contra su pecho. Sacó la cartera de su bolsillo y miró su foto, tal y como hacía tantas al día. Contuvo una risilla al pensar en sus primeros compañeros de colegio, luego sus colegas del ejército, metiéndose con él porque decían que era la foto de una actriz y en absoluto, la de su novia.

Se estiró en la cama, de su tienda, del batallón, en el campamento a las afueras de Brive, descansando antes de la siguiente etapa de la marcha hacia Normandía. Sabía que habría un gran baño de sangre más adelante, pero estaba resuelto a cumplir la promesa hecha a Angie. De algún modo, volvería a traer de vuelta al joven de Gottingen de regreso a casa, y dejaría al guerrero atrás.

-Caballeros, parece que ahora tenemos un problema mayor.

Gunter Schweinberg hizo que dos de sus hombres trajeran una radio grande, que levantaba un metro del suelo. Obedientemente instalaron una gran antena y la conectaron a la radio, entre los abucheos y los insultos de los líderes de pelotón del capitán Khan, antes de salir por la puerta.

El regimiento se había trasladado a Brive en la noche del 5 de junio y no había perdido tiempo en sofocar los disturbios locales causados por la repentina aparición de las Waffen SS. Los insurgentes fueron reunidos y arrojados a una celda, muchas casas registradas y docenas de personas interrogadas. Desde las primeras luces del amanecer los ciudadanos de Brive habían sido concienzudamente traumatizados y de ninguna forma ofrecerían resistencia.

El general Lammerding había dado órdenes de que la División debía reunirse en la región de Limousin sobre el 8 de junio para preparar su esperada llegada a Normandía, y el coronel Stadler se aseguró de que su personal entendía su gran responsabilidad en cumplir con la fecha límite.

Buenos días, caballeros- el mayor Wulf entró con paso tranquilo en la habitación mientras los Einsatzgruppen se cuadraban a la izquierda-. Gunter me ha informado de que tenía una presentación bastante interesante esta mañana. Me pidió que uniera a ustedes, y yo acepté la invitación.

Encantado de tenerle con nosotros, mayor- Kahn le trajo una taza de café. Carl se dio cuenta de cómo la mirada reptiliana de Eric sobre Gunter, se tornó en fría indiferencia cuando Wulf entró en la habitación. De alguna manera estaba contento de que Eric aún respetase la cadena de mando. Eric se estaba volviendo cada vez más irreverente con respecto a Kahn, y estaba creando un elevado nivel de fricción entre los oficiales.

-Esto es lo que los campesinos, están escuchando- Gunter encendió la radio y buscó en el dial. La habitación se quedó en silencio mientras una exótica, sensual melodía pareció inundar la sala. La distintiva voz de una mujer negra canturreaba un espiritual, casi sensual tema mientras el piano martilleaba una base rítmica y a guitarra producía una cacofonía de notas que parecían amplificar la oscura y vibrante pieza. El silencio se rompió, al fin, cuando Eric comenzó a palmar el ritmo de la música en su muslo.

-¿Esto te resulta familiar?-Gunter no pudo evitar hablar e inmediatamente se arrepintió, viendo como Eric entrecerraba los ojos.

-Me atrevo a decir que todos lo hemos oído alguna vez- Carl estuvo rápido al interceder.

-Tiene todo el sentido del mundo en tu caso, Carl- Wulf se giró hacia él- un hombre que se mueve como una pantera, lucha como un león y es tan mortal como una serpiente, debe tener algo de instinto de la jungla en él.

Carl sonrió levemente mientras la sala rompió en una carcajada que alivió la tensión.

-Esto es Radio Bastilla, llegando hasta ti desde el corazón de Francia- una robusta voz femenina, hablando en francés llenó la habitación cuando la canción blues se hubo difuminado-. Soy vuestra compañera patriota, Madame Dominique, trayéndoos lo mejor de la cultura occidental y el entretenimiento junto con las noticias más actualizadas mientras nuestros aliados se acercan cada vez más para traer la libertad y la justicia de nuevo a nuestra patria.

-¿Qué dice?- preguntó Peter Garthaffner, disparando una serie de insinuaciones sexuales, abucheos y burlas, antes de que Gunter apagase la radio.

-Dice que ya está cansada de oír aburridas mentiras del Partido Nazi- sonrió Eric con suficiencia.

-La radio, señores- dijo Gunter tranquilamente-. La corriente del futuro. Nuestro Fuhrer la usó para guiar a nuestro Reich milenario. Nuestros ejércitos la llevaron a un nivel superior al coordinar nuestros esfuerzos por asegurar nuestros intereses por todo el planeta. Sólo ahora nuestros enemigos le han dado la vuelta para expandir la decadencia y la insurrección, la corrupción y la alienación a través de Europa. Esta bien podría ser el arma más poderosa de su arsenal en sus esfuerzos por minar el Nacional Socialismo. No debemos equivocarnos al subestimar el poder de este nuevo medio. Debemos buscar y destruir esta red, y al hacerlo, destruiremos la columna vertebral de la insurgencia en el sur de Francia.

-¿Cuál es la solución?-preguntó Wulf.

-Encontrar la localización de estas transmisiones y clausurar la red de radio debe ser una de nuestras principales prioridades- Gunter fue empático-. Esta mujer, Madame Dominique, debe ser considerada como un icono para esta gente. Una persona de tal entidad, no debe permanecer oculta tanto tiempo. Alguien sabe dónde está, tiene apoyos, tiene amigos. Una vez esté bajo nuestra custodia, se le puede hacer hablar. Y, caballeros, les puedo garantizar, que hablará.

Tienes que ver a las mujeres franchutes, pueden darte problemas-¿no es cierto Carl?

-¿Sabes algo Eric?- Carl se puso en pie y sacó la escopeta recortada de la funda en su muslo. Heinz y Kahn estuvieron rápidos a la hora de contenerle y calmarle.

-Eric hablemos si no te importa- Wulf se levantó, tenía la cara roja de ira- Caballeros.

Los comandos le saludaron con desgana mientras se llevaba a Eric, hacia el exterior, como un director llevando a un estudiante díscolo su oficina.

-Bien- suspiró Gunter-¿dónde estábamos?

-Estáis pidiéndonos que hagamos una prioridad de encontrar a una chica que está poniendo discos y hablando mal del gobierno- replicó Carl- no sé si os dais cuenta de que hay DJs en toda América y en Inglaterra haciendo lo mismo, todos los días y les pagan por ello. No puedes quitarle a la gente el derecho a la libre expresión y pensar que ellos no reaccionarán violentamente. Es la libertad más básica y apreciada por el hombre. Si le dices que no puede hablar, leer o pensar lo que quiera, irá a otra parte y encontrará un lugar donde pueda. Y si le confinás y le niegas ese derecho, luchará con uñas y dientes lo mejor que pueda. Tuve esta discusión en la universidad una y otra vez hasta que seguí debatiendo en sueños.

-¿La universidad de Gottingen?- dijo Gunter con admiración- ¿y en qué te licenciaste?

-Doble licenciatura en educación y literatura, diploma en arte. Estaría enseñando si no fuera por este condenado asunto- Carl se sentó otra vez, contrariado.

-¡Te lo imaginas!- Hans Beckmann emitió una risotada-. ¿Cuál es tu problema, hijo? ¡BOOM!- apuntó y disparó una escopeta imaginaria.

-¿Y qué eres en la vida real, un cómico?- sonrió Carl.

- En realidad, mi padre es joyero. Él había querido introducirme en el negocio durante años, pero, ni muerto me hubiese dedicado a algo tan aburrido. Ahora, sin embargo, después de todo esto... Con gusto me sentaría en una habitación silenciosa y admiraría la belleza de cualquier cosa, tranquilamente, durante el resto de mi vida- sonrió Hans con remordimientos, mientras los demás asentían en silencioso acuerdo.

-¿Así que no crees que esto sea un asunto prioritario?- preguntó Gunter.

-Nos estamos dejando distraer por los fuegos de artificio que hay ahí fuera- insistió Carl- la pelea de verdad es con los yankis y con los británicos, no con esta gente. Esto es trabajo para la policía y la Gestapo, no para

militares. Vayamos a la costa, y barramos a esos cabrones de la playa, regresemos a Berlín a recibir nuestras medallas y volvamos a casa.

Su parrafada fue recibida con un estruendoso rugido y un aplauso entusiasta de sus camaradas que se levantaron para darle palmaditas en el hombro.

-Se tomará nota debidamente- Gunter tomó nota, forzando una sonrisa-. Tomo nota.

Jacques Tremblay y sus hombres se sentaron en un granero de dos plantas alrededor de dos kilómetros de las afueras de Brive, que había sido convertido por los lugareños en sala de baile. Estaba controlado por los *maquis*, muchos de los cuales eran de ascendencia corsa. Jacques se sintió extrañamente como en casa entre los granjeros de la zona, y, como resultado, fue aceptado con mayor facilidad.

Era una tarde soleada y las puertas de granero permanecían abiertas para permitir que la brisa veraniega llenase la estancia con la esencia de los lirios del campo. La banda se sentó en torno a una sólida mesa de madera en la esquina más alejada de la sala, frente a la puerta. Jacques estaba sentado en un rincón para poder ver a todo el que iba o venía además de la actividad en la carretera que llevaba al granero. La granja estaba situada en lo alto de una colina, dominando un viñedo que había más abajo en el valle, lo cual le proporcionaba una vista privilegiada de toda la región. Las colinas y los bosques más allá parecían siluetas que se reflejaban bajo el majestuoso cielo soleado con nubes esponjosas que producían sombra intermitentemente al ser hendidas por los rayos de sol.

El granero estaba cada vez más activo mientras la gente comenzaba a llegar. Un trío integrado por guitarra, violín y acordeón, acompañaban a un armonicista que cantaba canciones folk francesas y la nueva música criolla de Luisiana, EEUU. El propietario, natural de Marsella, era un corso con fuertes lazos con la Unión Corsa (mafia corsa). Su cocina tenía renombre en toda la región por su estilo marsellés y su producción de *pastis*, conocida como “la Guinness del sur de Francia”. Se aproximó, rió y bromeó con la banda antes de enviarles una botella de champán como obsequio.

Los músicos se tomaron un descanso mientras las camareras traían la especialidad del chef a la mesa, pez espada en aceite de oliva con ratatouille y arroz especiado con una rodaja recién horneada de pan de Fougasse y vino de

Dagineau. Brindaron con el champán antes de disfrutar del delicioso vino blanco con la comida.

-¿Sabes?, una vez que cerremos el trato, no me importaría nada venir aquí a echar raíces y ver la vida pasar. Esto es el cielo-. Dijo Lucien Belmondo antes de meterse en la boca un trozo de pez espada.

-¿Ves esa línea de árboles por allí?- señaló Jacques con el tenedor.- Te cortarían en rodajas por aquí y arrojarían tu cabeza por allá, en aquellas colinas.

-Realmente apetecible, Jacques- asintió Jean-Paul Marat, levantando la mirada de su plato.

En seguida se encendió la radio, mientras la banda se reunía en el jardín para tomar un vino. En un momento dado los acordes de la Marsellesa se pudieron oír mientras el dueño del restaurante había dispuesto este descanso para tomar vino con el comienzo de la emisión de radio.

-Buenas tardes, compatriotas- decía una suave voz femenina se derramaba a borbotones por la sala-. Soy Madame Dominique sonando para ti en directo desde el sur de Francia por cortesía de Radio Bastilla. ¡Tenemos una excitante hora de himnos patrióticos, blues, literatura inspiradora e informes de última hora sobre los heroicos esfuerzos de nuestros aliados por romper las líneas nazis en Normandía y, en conjunción con el ejército francés y por echar a patadas a los boches fuera de Francia! ¡No falta mucho, mis queridos compatriotas, así que unamos nuestras oraciones y mantengamos la fe mientras la cuenta atrás continúa hacia nuestro día de la liberación!

En seguida pareció como si Jacques hubiese sido inundado por un arrebato de inspiración. La realidad del aprieto en el que se encontraba Francia siendo un estado vasallo del imperio nazi, nació en el por completo, e hizo el concepto de liberación más auténtico para él si cabe. De repente se hallaba embargado por un sentimiento de patriotismo, y era casi como si la voz de Dominique prendiese una repentina pasión por unirse al combate y luchar por algo con auténtico significado, por quizás la primera vez en su vida.

-Tengo que usar el teléfono- Jacques, de repente, se levantó de la mesa.

-¿A dónde va?- dijo Marcel, todavía dando cuenta de un bocado de ratatouille.

-Probablemente apostando por un caballo. No se cómo va a recoger su dinero- negó Lucien con la cabeza.

-Señor- Jacques se acercó al propietario, que estaba en su mesa de la esquina opuesta, junto a la antigua y larga barra-. Me gustaría hacer una

llamada de larga distancia.

-Por supuesto- dijo el dueño-¿a quién?

-A la Resistencia.

-Ya sabe- el dueño metió las manos en los bolsillos y miró al suelo- que si le cogen los nazis, ellos le matarían si no habla. Y si lo hiciera, yo podría perderlo todo, y hay gente en esta zona que no pararía de buscarle si eso sucediese.

-Está bien, intentemos esto por tamaño- Jacques le miró a los ojos-. Usted ha oído hablar de Germaine Lafont y el robo en Brive. Bien, si se supiese que usted me ha conocido, yo no pararía de buscarle a usted.

-Aquí- el propietario sacó un cuaderno y un lápiz- hay un número al que llamar. La camarera le traerá un teléfono y le conectará.

-Soy Jacques Tremblay- chirrió su voz en una pésima conexión- me ha dado este número un miembro del *maquis* a las afueras de Brive, Pier Le Blanc. Necesito enviar un mensaje a Madame Dominique. Dígale que tengo el paquete y que quiero hacer un trato.

-Espere- se apartó del teléfono una voz amortiguada.

-Soy el agente Stern, Inteligencia Británica. ¿Es usted Jacques Tremblay?- el hombre luchaba con las palabras en francés.

-Sí, lo soy.

-Pruébelo o cuelgue ahora mismo.

-Estoy viajando con tres hombres conocidos como la Banda de Tremblay de París. Éramos cinco, pero el otro hombre, Germaine Lafont, ya no está con nosotros. Su primo Henri ha puesto precio a nuestras cabezas. Lo único que nos mantiene vivos es el hecho de que la carga en mi poder tiene un valor en la calle de cuatro millones de francos. Puedo llegar a un acuerdo tanto con el FFI como con el FTP, lo mismo me da.

-Dominique trabaja para el FFI- le espetó Stern-¿Por qué ella?

-De acuerdo- hubo una pausa-. ¿Cómo podemos contactarle?

-Le contactaré yo a usted mañana por la noche- replicó Jacques, luego hizo una pausa-. De modo que usted apoya al FFI.

-Apoyamos a cualquiera que nos ayude a parar a los nazis. Eso le incluye a usted.

Jacques colgó.

-Así que tenemos un trato- el flaco y de aspecto tísico Jean-Paul Marat encendió otro cigarrillo. La banda había acabado de comer y Jacques les dijo lo que había hecho y después les indicó que era hora de irse.

-Tenemos mierda- Jacques observó desde dentro la campaña buscando señales de que les hubiesen detectado-. Sé cómo operan esos inglesitos. Le venden su culo al mejor postor. Lo que les importa es el dinero, igual que a los yanquis. ¿Habéis oído ese rumor de que le han ofrecido un millón de francos a cualquiera que eche al Reich? Sumad dos y dos. A nosotros nos compran esto por dos millones, se lo venden a los corsos por tres, triplican la inversión.

-Eso es una locura, Jacques- Jean-Paul caminó con él de vuelta al vehículo-. Eso exactamente lo que los aliados no quieren, que este material llegue a la calle. Tú mismo lo has dicho. No quieren entregar el país a una generación de yanquis.

-Puede que sí, puede que no- Jacques abrió la puerta del conductor-No apoyes tanto a los yanquis ni a los ingleses. Este país les importa un carajo. Tampoco es que a mí me importe mucho.

-Creo que prefieres hacer tratos con Dominique- Jean-Paul se deslizó dentro del coche.

-Sí- sonrió Jacques.

El sargento Harry Blackburn y el sargento Henry Geronimo llegaron a su hotel en el centro de Londres a primeras horas de la mañana. Habían disfrutado de un memorable tour por los bares, probando el mejor whiskey irlandés y la cerveza inglesa que había disponibles. Habían planeado volver a sus habitaciones a media noche para descansar bien antes de la reunión de esa mañana, pero perdieron la noción del tiempo y decidieron que se darían prisa para llegar a tiempo.

Los despertaron a las cinco de la mañana con una serie de golpes atronadores mientras cuatro fornidos policías militares irrumpían en la habitación. Al identificar a los agentes especiales, los metieron, por turnos en una ducha de agua fría y lanzarles sus ropas a la cara, arrastrándoles hacia el exterior. Profirieron gritos de protesta mientras entraban en el ascensor, se pusieron los calcetines y la ropa interior antes de ponerse las camisas. Les empujaron al vestíbulo y después a la calle, los peatones les miraban atónitos y ambos hombres intentaban ponerse los pantalones cuando fueron arrojados al interior de una camioneta que estaba esperando.

Les llevaron al Hotel Northumberland donde fueron sacados bruscamente de la camioneta y llevados a la señorial zona de espera en el vestíbulo. Se las arreglaron para componerse un poco antes de que se les convocase a una sala de conferencias en la parte trasera de la primera planta.

-Caballeros- un ayudante les presentó mientras permanecían en posición de firmes frente a una larga mesa en la que había sentados tres oficiales.- Éste es el mayor Jepson de la sección F (sección francesa), el mayor Philips de los servicios secretos americanos y el mayor Cointreau del ejército francés. Descansen señores.

-Hemos leído con interés sus respectivos expedientes con respecto a su participación en numerosas operaciones clandestinas en el teatro europeo de operaciones, Jepson dejó las carpetas delante suyo -. Parece que trabajan bien ustedes dos juntos y se han conjuntado bien para acabar sus cometidos en el tiempo requerido. Sólo nos han llegado cosas buenas de ustedes. Nuestros aliados en el norte de África no nos han dado otra cosa que informes brillantes de su trabajo. Lo que nos preocupa es la naturaleza de sus actividades en el tiempo libre, que dejan mucho que desear. Como saben caballeros, esta es un área de servicio extremadamente despiadada y un error, negligente o de otro tipo, podría ser, no sólo el último que cometan, sino que además podría costar las vidas de muchos otros.

-Le aseguro mayor que nuestro deber hacia nuestros países es el primer y principal...- empezó Blackburn.

-Cierre el pico- ordenó Philips.

-Como sabe- continuó Jepson- los nazis están huyendo en el norte de África. El así llamado “zorro del desierto”, general Rommel, ha sido convocado a la ETO, y su red se está viniendo abajo mientras hablamos. Nuestros éxitos continúan a lo largo de toda la costa de Normandía y atraviesan el canal. Tenemos mucha confianza en que la invasión será la primera de muchas victorias de las fuerzas aliadas en su camino a Berlín para poner fin a esta guerra. Sin embargo, nos preocupa que nuestras actividades clandestinas en el sur de Francia no están dando tantos frutos como esperábamos.

-Bueno, señor, con todo respeto- intervino Gerónimo.

- ¡Cuando queramos su opinión le daremos una!- le interrumpió Philips.

- Estamos teniendo mucho problemas por allí que tienen que ser resueltos- Jepson fue enfático-. Las cosas están saliendo mal porque no tenemos a nadie allí con la autoridad para coordinar nuestros esfuerzos. Las facciones conservadoras de derechas de Francia sufrieron una fractura múltiple, si prefiere decirlo así, cuando Jean Moulin fue asesinado por Klaus Barbie y la Gestapo en Lyon el año pasado. Cada vez un mayor número de extremistas de derechas se están poniendo del lado de los nazis, como contragolpe al creciente movimiento comunista clandestino. Tenemos a Violette Szabo trabajando con el FFI, está haciendo un trabajo fantástico, pero está corriendo demasiados riesgos. Se está implicando demasiado personalmente al intentar vengar la muerte de su marido. Hay demasiadas facciones en la región de Limousin, demasiados cocineros en la cocina. Nuestros primos americanos han hecho una apreciable inversión en igualar nuestra financiación, pero estamos haciendo lo que podemos para que no caiga en manos de los comunistas. Desgraciadamente, justo ahora son los únicos ahí fuera que hacen algo.

-Ahora mismo SOE está sentado sobre cuatro millones de dólares, de los cuales, dos millones son dinero del Tío Sam, señaló el mayor Philips, mirando a Geronimo-. No tengo que decirles lo que va a pasar si ese dinero termina yéndose por caminos secundarios en una economía de guerra. Habrá una investigación que llevará a un consejo de guerra, y les puedo garantizar que yo personalmente haré caer sobre los culpables todo el peso de la ley, cuando menos.

-Estamos planeando introducirles en el escenario de operaciones de Paris, dónde recibirán instrucciones antes de viajar a Limousin- Jepson continuó-. Vamos a organizar un encuentro con el jefe del FTP, Gilles Guevremont. Queremos que inviten a los comunistas a un par de rondas más hasta que podamos conseguir que el FFI entre en el juego. Esperamos un apoyo total por parte del *maquis*, no quieren ver a los comunistas en el poder tampoco, pero apoyaran a cualquiera capaz de hacer el trabajo. Ustedes se encargarán de mantener al FTP en soporte vital, sólo lo justo para que mantengan la cabeza por encima del agua.

-Guevremont es un cabrón sibilino- advirtió el capitán Cointreau.

-Le gustan las mujeres, el vino y cantar, pero por encima de todo, la ropa cara. Asegúrense de que le controlan las cuentas si no, tirará nuestro dinero en los Campos Elíseos.

-Ah, ¿habrá fondos para gastos de representación?- se aventuró Blackburn- Tendremos que negociar desde una posición de autoridad o pensarán que estamos de farol.

-No crean que les estamos dando un cheque en blanco- recordó Jepson-. Ustedes están representando a sus gobiernos y esperamos que cumplan con ese papel. Las armas y la munición no están baratas hoy en día, sin embargo, será mejor que haya más que suficiente para salir por ahí después de que todo se haya dicho y hecho.

-Ustedes son un par de desastres, lo sabemos- Philips les miró con furia-. Queremos que Guevremont piense que es más listo que ustedes. Sólo necesitan hacerle creer que lo están esperando, y que no se lo pondrán fácil. Afortunadamente, todo el ajetreo le dará a los franchutes...uh...lo siento, Mayor... nuestros amigos del FFI, ES es momento de encontrar a Jesús.

-Sin problemas- sonrió Cointreau- tan pronto como ustedes yankies bastardos hagan la entrega.

-Ya han oído al señor- les gruñó Philips-. Pónganse a ello.

Los comandos saludaron rápidamente y salieron de la habitación, riéndose y abrazándose una vez hubieron salido del edificio.

-¡Nos lo vamos a pasar como nunca!- gritaron con regocijo.

Iba a ser una experiencia que recordarían el resto de sus días.

Los hombres de negro avanzaban por los oscuros pasillos de la villa después de haber pasado numerosos puntos de control y negociado con los ubicuos equipos de seguridad a lo largo de todo el recorrido. Por fin, dos

fornidos guardias en la puerta del dormitorio principal de la planta alta les habían anunciado, antes de permitirles la entrada.

-Al fin han llegado- gruñó la figura medio en penumbras desde la mesa junto a la ventana- . Pensé que tendría que estar despierto toda la noche. ¿Por qué han tardado tanto?

-Hay bastante seguridad por aquí, diría yo- dijo el más alto de los dos hombres con gabardina-¿esperaba asesinos?

-No he hecho muchos amigos por aquí desde que tengo la herida- replicó Robert Ruess-. Tampoco es que fuera muy popular antes.

-Ha atraído usted mucho la atención hacia su situación- replicó el flaco- eso tiene que acabar.

-¿Qué debo hacer?- Ruess se levantó de la silla.

Avanzó desde la mesa hacia la tenue luz, y los dos hombres se sorprendieron visiblemente. Las quemaduras de tercer grado en su cara habían abrasado la mayor parte de la carne hasta el hueso, y varias pomadas y tratamientos habían hecho muy poco para impedir el continuo flujo de líquidos desde las heridas abiertas. La mayor parte de la piel había sido reducida a una masa de tejido purpúreo, y sus facciones se habían desfigurado hasta hacerse irreconocibles. Tenía que clavar la mirada para poder enfocar los objetos, y sus labios habían desaparecido para dejar expuestos los dientes en una perpetua mueca. El cuero cabelludo se le había quemado por detrás de las orejas, de modo que el pelo le descansaba en la parte de atrás, formando una maraña.

-Ya sabe por qué estamos aquí, y ya sabemos por qué nos ha llamado- los hombres siguieron a Ruess fuera del recibidor hacia la sala principal, al final del pasillo. Todavía se estaba recuperando de sus heridas causadas por la crucifixión en Rusia. Tenía las muñecas fuertemente vendadas y usaba un bastón para caminar con sus pies vendados.

-He dado mi vida por mi país y por mi Führer- Ruess se volvió para mirarles mientras avanzaba hacia el extremo de una mesa de estudio, de roble, en medio de la habitación-. Por eso he cogido esto a cambio. Merezco algo más que esto, quiero entrar en la hermandad sagrada. Me he ganado el derecho.

-¿No cree que ya ha dado bastante?- preguntó el alto.

-Quiero que los enemigos del Reich sufran lo que yo he sufrido. Quiero proteger a nuestras futuras generaciones del mal que me ha causado este sufrimiento.

-Entonces le mostraremos cómo.

Los hombres sacaron un bolso del que sacaron dos velas, una copia del Mein Kampf, una pistola y una daga. El hombre alto permaneció de pie junto a la mesa mirando a Ruess, mientras el bajito encendía las velas.

-En el nombre de nuestro Führer, Adolf Hitler- hablaba el alto- estamos reunidos aquí en hermandad para aceptar a nuestro hermano de las SS, Robert Ruess, en la sagrado e inquebrantable círculo de ODESSA (Organización de antiguos miembros de las SS). Aunque todos pertenezcamos a las SS hasta la muerte, en ODESSA renacemos para luchar la eterna lucha contra el bolchevismo y traer la verdad del Nacional Socialismo a las futuras generaciones. Robert Ruess, ¿acepta esta responsabilidad y deber hacia su Führer, su raza y su país?

-Acepto.

El hombre alto cogió la mano de Ruess, la puso sobre el Mein Kampf, después tomó su mano izquierda y cortó la yema del pulgar con la daga.

Puso un pañuelo en la mano de Ruess, luego cogió una vela y prendió fuego al pañuelo.

-Repita-ordenó el alto-. “Así es como arderé si traiciono al sagrado círculo de ODESSA”.

Ruess lo hizo.

-Robert Ruess, por la autoridad que me ha sido concedida por la sagrada hermandad ODESSA, le declaro un Lobo de nuestro clan y un caballero de nuestro ejército invisible. Permanezca siempre fiel, siempre vigilante y obediente hasta la muerte.

-Lo haré.

-No sabrá dónde estamos o cuando vendremos a usted- concluyó el hombre alto-conocerá nuestra voz cuando le llamemos, y sabremos cuando nos necesita. Según se vaya mostrando merecedor de ello, accederá a un mayor conocimiento y comprensión de en quién y en qué se ha usted convertido, y quién somos nosotros realmente.

-Que así sea.

Ruess acompañó a los hombres hasta la puerta principal y les despidió, permaneciendo en el umbral hasta que se marcharon.

-Vaya montón de gilipollices- se rió Ruess con sus guardias Einsatzgruppen, que se rieron forzosamente con él. Se fue a la cama y durmió el sueño más reparador que había tenido desde la crucifixión, lleno de sueños

de venganza, poder y gloria más allá de lo que nunca se había atrevido a imaginar.

\*\*\*\*\*

La limusina se detuvo frente al elegante hotel a las afueras de Brive, tras un cordón de seguridad que proporcionaban media docena de vehículos y una escuadra de hombres armados. Rodearon la limusina, sacaron a los pasajeros y les interrogaron concienzudamente mientras abrían la puerta trasera. Sacaron una camilla que soportaba a una figura cubierta y la metieron en el hotel.

Introdujeron la camilla a toda prisa y en las escaleras, se la entregaron a otro grupo de hombres armados. Éstos, la introdujeron en una espaciosa suite directamente en el dormitorio. Una enfermera estaba lista para atender al hombre en la camilla, que había sido duramente apaleado y desfigurado tan sólo unas horas antes.

-Hay huesos rotos por todas partes, incluyendo el cuello y la espalda- insistió la enfermera- le puedo dar un analgésico suave que no le noqueará, pero debe ser llevado a un hospital.

-Sólo necesito quince minutos- replicó un hombre alto y elegante- que espere.

El hombre, conocido como Gilles Guevremont, era un alto y rubio francés, secretario del Partido Comunista en París y líder de las fuerzas del FTP en el sur de Francia. Tenía un título en ciencias políticas de la universidad de París y era un preparado líder terrorista después de haber pasado por un entrenamiento intensivo en Rusia. No tenía otros vicios que su afición a la ropa cara de diseño, que su posición y cargo en París le permitían satisfacer.

-Su estado podría volverse crítico si no se le evacúa pronto- advirtió la enfermera.

-¿Camarada, me oye?- Guevremont se sentó junto a la cama del hombre herido. Le habían golpeado la cara hasta dejarle irreconocible y había restos de sangre, filtrándose hasta la sábana, a pesar de los vendajes.

-Me han dado fuerte camarada- dijo con dificultad- no voy a salir de ésta.

-Por supuesto que lo hará- Guevremont le dio palmaditas en la mano-. ¿Cómo cayeron sobre usted? Debería haber ido fácil interceptar a los traficantes de drogas después de que abandonasen el hospital, sólo hay una carretera que lleve fuera de la ciudad.

-No tengo ni idea- suspiró agónicamente -. No era el ejército y no era la policía. Iban de negro, pero no parecían SS regulares. Nos tendieron una trampa, creímos que los secuestradores habían tenido algún problema con el coche y nos bajamos a investigar. Nos pusieron en fila y preguntaron quién estaba al mando. Cuando no respondió ninguno le pegaron un tiro al primero de la fila. Admití que yo estaba al mando y mataron a los otros. Me llevaron a una granja, en la que me hicieron esto.

-Señor- avisó la enfermera- entrará en shock a menos que le alivie el dolor.

-Sácala- ordenó Guevremont a uno de sus hombres-. Camarada quédate conmigo. ¿A quién viste? ¿Qué recuerdas?

-El jefe- los ojos del hombre se pusieron vidriosos- su cara era horrible, cubierta de cicatrices. Todos llevaban sombreros negros pero el jefe daba órdenes y dirigía la tortura. Me preguntaron que donde estaba la morfina pero no les di nada, ni siquiera sobre los ladrones. ¡Solo lamento que no viviré para ver la liberación de Francia!

-Probablemente es su corazón- uno de los pistoleros se acercó y tocó la arteria carótida del hombre-. Está muerto.

-Muy bien- dijo Guevremont inexpresivamente-. Saca a la enfermera de aquí, envíala a Tulle, será útil para suministrar información desde allí. Líbrate de este individuo, envía algo de dinero a su familia. Ordena a nuestros contactos en Lión que averigüen quien es ese Caracadavera. Obviamente es el jefe contrainsurgencia de los nazis dentro de la División. Probablemente sea el que le tendió la emboscada a los jefes del FFI la otra noche. Quiero a ese hombre muerto. Se está escondiendo en la oscuridad, y tenemos que sacarle.

-Podía haber vivido- protestó la enfermera mientras la acompañaban a salir por la puerta.

-Y usted también- le replicó Guevremont- haga lo que le manden.

-¿Supongo que está en una misión secreta?- preguntó su guardaespaldas- no conseguirán nada.

-Le encontraremos. ¿Cómo podrían esconder a un hombre tan feo?

-Justo igual que nosotros escondemos a un hombre tan guapo.

Hubo un largo silencio antes de que los pistoleros compartieran una carcajada.

## CAPÍTULO CUATRO

-¿Dónde está la fiesta?- gruñó Heinz Barth.

Era la mañana del 9 de junio de 1944 cuando el regimiento líder llegó a las afueras de Tulle. Los simpatizantes de Vichy habían informado sus contactos en Lión de que el FTP planeaba un importante ataque y se esperaba que ralentizaran el avance de la División Reino por, al menos, un día, consiguiendo ganar tiempo para la Fuerza Expedicionaria Aliada en Normandía. El regimiento no tenía ni idea de que el ataque ya había tenido lugar y que la guarnición había sido eliminada completamente.

-Parece que ha habido una gran fiesta- gruñó Carl mientras permanecía de pie en el lado opuesto de la torreta de un tanque Panzer, a un buen trecho por delante de la columna principal que se dirigía hacia el pueblo- ¿Crees que todo el mundo está en la cama con resaca?

-El 95 Regimiento de Seguridad está estacionado aquí- Heinz introdujo balas en la recámara de su rifle-. Eso son muchos soldados haciéndose los enfermos.

Los comandos bajaron del tanque y protegieron los movimientos, el uno del otro mientras entraban en la ciudad. Podían ver movimientos en las ventanas, tras las cortinas, en los pisos más altos de los edificios más cercanos a la plaza del pueblo, obligándoles a escabullirse de puerta a puerta para avanzar por la calle. Usaban señales de mano para maniobrar el uno con el otro en cada esquina, y se cercioraban de que no había presencia enemiga antes de avanzar.

A su llegada a los Campos de Marte, estaban atónitos por el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. Un pelotón de soldados alemanes estaban tirados en el suelo, en posiciones grotescas sus cuerpos, cuarenta hombres que habían sido apaleados, acribillados, apuñalados, estrangulados o mutilados por los terroristas. A algunos hombres les habían cortado los genitales y se los habían metido en la boca. Letreros y pancartas proclamando la liberación de Francia y sentimientos anti- alemanes estaban colocados por toda la zona, junto con

residuos que incluían muebles rotos, botellas de vino y las ropas ensangrentadas de los soldados asesinados.

-Hay movimiento en las ventanas- Heinz se movía de forma furtiva, en círculos por la alzada empedrada, con el fusil en ristre- no veo a ningún enemigo.

-Retirémonos y hagamos señales a las unidades de avance- gruñó Carl- Dejemos que las unidades de campo aseguren la zona, pueden reunirse con la GMR y a Gestapo y dejarles a ellos que se ocupen de esto.

-Alguien tiene que pagar por esto- Heinz se quebró mientras protegía la retirada de Carl.

-Esperemos que no sea la gente equivocada- masculló Carl.

- Más tarde se descubrió que el ataque insurgente había comenzado a las 5 de la mañana del 7 de junio, y la guarnición sitiada consiguió resistir hasta las 4 de la tarde del siguiente día después de que muriesen 139 soldados y otros 40 fueran heridos. Los heridos habían sido arrastrados hasta los campos de Marte dónde habían sido masacrados a plena luz del día.

Los tanques Panzer entraron en el pueblo, tomando posiciones estratégicas por toda la localidad, al tiempo que los transportes de tropa blindados les seguían. Aseguraron la zona, a la espera de que llegasen las tropas del GMR, que procedieron a la búsqueda, puerta a puerta de los terroristas, que se habían esfumado desde hacía tiempo. Sin embargo, la Gestapo tenía una lista actualizada de conocidos sospechosos de ser colaboradores, enviada por la oficina de Klaus Barbie en Lyon, y que llevó al arresto de noventa y nueve habitantes del pueblo con los cargos de agresión y asesinato de personal militar. Los lugareños fueron llevados a los barracones cercanos en los que fueron debidamente procesados y juzgados por un tribunal de las SS. Sin mucha tardanza se les encarceló y condenó a la pena capital.

\*\*\*\*\*

Jacques Tremblay corría.

Él y su banda habían llegado a las afueras de Tulle, lentamente, al caer la noche y les extrañó aquel silencio absoluto. Habían desaparecido las banderas patrióticas, las banderas tricolores francesas, los carteles anti-nazis y las pancartas. Habían desaparecido las muchedumbres festivas y la música estruendosa. Todo lo que quedaba eran sombras y el silbido del viento. Jacques les dijo que aparcasen junto al lindero del bosque para poder

introducirse en el pueblo a investigar. Se arrastró junto a los arbustos hasta que se introdujo en las sombras, de camino a un callejón que le llevaría hacia la carretera.

Chapoteó con cuidado a través del barro y le dio una patada a algo que tenía un tacto bastante raro. Miró hacia abajo y le sorprendió la visión de un brazo arrancado del cuerpo de un hombre que llevaba un traje oscuro. Intentó aguzar la vista para ver entre las sombras y se dio cuenta de que aquel era uno más de una pila de cadáveres, apoyada contra la pared de ladrillos, como si fueran troncos.

La vena en su sien comenzó a latir al darse cuenta de que los nazis habían atacado Tulle y habían llevado a cabo aquella matanza. Se arrastró hacia la entrada del callejón y miró hacia afuera lentamente, asegurándose de que la calle estaba desierta. Mientras salía, adentrándose en la oscuridad, se quedó atónito y se enfureció por la escena que se mostraba frente a él.

De los postes de las farolas colgaban, balanceándose, unas figuras, y se dio cuenta de que eran personas que habían sido linchadas por las SS. Se apresuró a entrar en la calle y casi tropieza con objetos que había esparcidos sobre los adoquines. Las calles estaban cubiertas de cuervos muertos, que habían matado los familiares de las víctimas para evitar que los carroñeros desfigurasen los cadáveres.

Pronto se vió desbordado por una furia incontrolable que hacía que la sangre en su cabeza latiese en las sienes como martillos pilones. Se apretó las sienes con los puños y corrió alocadamente calle abajo, su trastorno intermitentemente explosivo amenazaba con hacerle enloquecer. Corrió hasta que ya no pudo correr más, y en ese momento se dio cuenta de que las hileras de hombres colgados de las farolas llegaban hasta donde alcanzaba la vista.

-¡Tú!- llamó una voz desde la oscuridad- ¡para justo ahí!

Una linterna le iluminó, se trataba de un soldado de la GMR que se acercó apuntándole con una pistola.

-¡Te pueden matar por saltarte el toque de queda! ¿Qué haces aquí? ¡Déjame ver tus papeles!

-Estoy buscando a... mi padre- explicó Jacques, buscando en su chaqueta- No disparen.

El soldado de la GMR se acercó, y Jacques sacó su Beretta y le descerrajó al hombre cinco tiros en la cabeza y en el pecho. Le quitó al hombre su pistola Luger y un paquete de munición y echó a correr en la dirección del sonido de unas ruedas que chillaban por el lado opuesto de la calle.

-¿Qué ha pasado?- gritó Lucien, que estaba al volante.

-Han colgado a todo el mundo- Jacques respiraba con dificultad mientras se sentaba de un salto en el asiento del copiloto-. Hay cuerpos colgando de todas las farolas de la calle. Le acabo de disparar a una de esas ratas del GMR. Tienen el control otra vez. Tenemos que salir de aquí.

¿Hacia dónde?- Lucien aceleró el motor.

-A Limoges- Jacques aceptó una petaca de whisky de Jean-Paul-. Necesito contactar con a Resistencia. Los nazis se han cansado de jugar. Tenemos que cerrar este trato, vender esta mierda y salir cagando leches de Francia.

-¿Salir de Francia?- Lucien tenía dudas-. Necesitamos hablar.

-Tú te quedas aquí y hablas con los nazis, o con Bony o con Lafont, o con quienquiera que quede para hablar- Jacques tomó un largo trago de whisky- no me importa a dónde voy, pero ya he tenido bastante de esto.

-¿Qué pasa con la banda Jacques?- Marcel estaba muy nervioso-. ¡Hemos estado junto desde que éramos niños! ¡Dijimos que siempre estaríamos juntos! Hemos pasado juntos por las duras y por las maduras, ¿Por qué de repente estás hablando así?

-Cálmate- Lucien le aseguró. Dijimos que hablaríamos.

Había una nueva emisora de radio en la ciudad.

Radio Utopía había traído una bocanada de aire fresco a la región de Limosín. Su formato de música jazz con temas patrióticos franceses puntuales, llenaba los corazones, tanto de jóvenes como de mayores, de una nueva esperanza. La nueva disc jockey, Madame Natasha, tenía una voz tan seductora como la de Madame Dominique, pero sus mensajes eran bastante más agresivos y sus noticias más informativas. La gente de Limoges se arremolinaba alrededor de las radios para escuchar el noticiario nocturno, entusiasmados por su formato. Los guardias apostados a las puertas de los lugares en los que se reunían, vigilaban con cautela buscando signos de la presencia de la GMR, aunque escuchaban atentamente para compartir la excitación que estaba creando Radio Utopía.

-Esto va para el Capitán Cara Calavera- la voz sensual arrullaba sobre las ondas herzianas-. Sabemos que eres la auténtica cara de la Alemania Nazi y no esos motoristas rubios de ojos azules que el Reich ha estado enviando para la confrontación final con las fuerzas aliadas. A estas alturas ya deberías saber que nunca podrás romper el espíritu del pueblo francés. Por cada francés y francesa que envías en tus camiones a reunirse con el carnicero Klaus Barbie, dos más se alzarán en defensa de su orgulloso y valiente país. Recuerda, que

cuando regreses del Atlántico con el rabo entre las piernas, habrá el doble de personas para bloquearte la retirada.

-¡Chico!- el sargento Harry Blackburn agitó el puño eufóricamente-. Eso va a dejar a esos cabrones de alemanes haciéndose en su propio jugo, ¿no te parece?

Se sentó con el sargento Henry Geronimo y el líder del Partido Socialista Gilles Guevremont en el restaurante vacío del Grand Hotel, en el centro de una pintoresca población, a cerca de treinta kilómetros de distancia de la emisora de radio clandestina. Mandaron que les trajeran la radio mientras daban sorbos al cognac y mantenían la reunión programada para esa noche. Daban golpecitos con los dedos en los requintados brazos de las sillas de estilo provinciano, mientras Madame Natasha ponía un número particularmente estridente del Conde Basie en Radio Bastilla.

-Deberían considerar el hecho de que los nazis se les van a echar encima como moscas a la mierda, después de esto- olfateó Geronimo-. Algo así es como una bofetada. El Capitán Cara Calavera ya tiene a sus escuadrones de la muerte peinando la campiña en busca de insurgentes después de lo que hicisteis en Tulle. Cuando oiga esto se llevarán a la gente como represalia.

La OSS tenía agentes dobles en la Abwehr (Inteligencia militar alemana) que estaban adiestrados en la búsqueda en los historiales médicos, de bajas entre los oficiales destinados a la División Reino y a la región de Limousin. Estrecharon la búsqueda a los oficiales que habían sufrido heridas en la cara y que no habían sido evacuados a Alemania y enseguida se decantaron por Ruess. SOE había estado de acuerdo en ofrecer una recompensa de cien mil marcos por Ruess, que era tanto como lo que se había autorizado para el teniente Carl Hansen, por el asesinato de doce dirigentes del FFI, tan sólo hacía unos días.

-Los únicos que se esconden en el campo son los *maquisards*- insistió Guevremont-. Nuestra gente son los auténticos insurgentes, que permanecen en guardia durante el día, y extienden el caos por la noche. Como ven, caballeros, los franceses no son como los ingleses, nosotros no compartimos sus prudentes proceder. Ni tampoco como los americanos, nosotros no nos explicamos antes de actuar. Somos más como los latinos, aunque nuestros asesinos son bastante más cerebrales. Estamos distrayendo a los nazis, haciéndoselo pasar mal antes de su batalla con las fuerzas expedicionarias, como el toro en una *corrida*, si prefieren verlo así. Éste es el capote rojo que vuelve loco al toro,

haciéndole cargar salvajemente hacia el desastre. Y, por supuesto, sus generosas contribuciones a nuestra causa lo hacen todo aún más desastroso.

-Recordemos que ya hemos contribuído con un cuarto de millón de francos a su organización- Blackburn cruzó las manos sobre su regazo y se reclinó pensativo-. Esto es bastante dinero. Por supuesto, sería mucho esperar de sus hombres que carguen contra la División Reino como si fueran una manada de lemmings, pero de nuevo le repito, que esto no debería ser como un juego del escondite. Se han estado paseando por la carretera a Normandía como si fueran de excursión, en la mayoría de sitios. Me atrevo a decir que, a veces, no parece que hubiera una insurgencia en absoluto.

-No creo que ese sea un análisis justo, sargento- protestó Guevremont- creo que Madame Natasha está dejando claro que a los nazis les queda un día de viaje hacia la destrucción. Esos convoys de camiones blindados que se dirigen a la costa no serán tan terribles cuando se batan en retirada. También llevarán una buena cantidad de heridos, y sus soldados se habrán llevado una buena ración del fruto amargo de la derrota. Puede estar seguro de que estaremos esperando, y la venganza de Lyon ennegrecerá nuestros corazones.

-La cuestión es que una vez que el desembarco se haya consolidado, no vamos a necesitar ayuda- enfatizó Gerónimo-. Tenemos a Eisenhower, Montgomery y Patton esperando a machacar a los nazis todo el camino de aquí a Berlín una vez que hayamos ganado un punto de apoyo aquí. Lo que hacemos aquí es intentar debilitar a los nazis con el objeto de salvar vidas en la costa.

-Muy bien-concedió Guevremont- puedo poner una brigada en la carretera a Oradour. Necesitaremos explosivos y bazookas, y dinero para sobornos y suministros una vez se recuperen los nazis.

-Oradour- Blackburn frunció el ceño- eso está a un buen trecho de la costa. Si no les golpea lo suficientemente fuerte podría tener que golpearles otra vez, y ya estarían mejor preparados.

-Les golpearemos lo suficientemente fuerte- insistió Guevremont-. Nunca sabrán que fue lo que les golpeó.

-¿Cree usted que esto merece otro cuarto de millón de dinero de los contribuyentes? Le preguntó Geronimo a Blackburn. El SOE había financiado la operación de Tulle con un coste de doscientos cincuenta mil francos, obteniendo unos resultados impresionantes.

-Eso incrementa la inversión hasta el medio millón- meditó Blackburn-. Si subimos la apuesta inicial a otro medio millón a entregar tras la realización de

una misión exitosa, entonces nuestro amigo tendría que cumplir o abandonar el... bote, ¿no?

-Un millón de francos- sonrió Guevremont-. Caballeros, por esa cantidad de dinero, les barreremos hasta la costa.

-No hay nada en el Reich que nos haga desear que siga- Geronimo le miró-. Recuerda eso.

-He aquí un impostor- Blackburn arqueó las cejas-. Cuando la guerra haya terminado, habrá una rivalidad entre los conservadores y los socialistas para luchar contra... y, por supuesto, una extremadamente poderosa y agresiva Unión Soviética en el frente oriental. Ellos también podrían contribuir al debate de hacia que dirección debería apuntar Francia políticamente. El problema es que, Monsieur, no queremos afrontar el problema de tener que volver aquí a recuperar nuestras armas.

Le puedo asegurar sargento- insistió Guevremont- que el Partido Socialista de Francia está dedicado a la liberación de nuestro país y a la unidad de nuestro pueblo para reconstruir nuestra nación.

-Brindaremos por eso- Blackburn alzó su copa.

-Brindaremos por cualquier cosa- rió Geronimo.

-Eso es lo que me temo- musitó Guevremont.

-¿El qué?- preguntaron ellos.

-¡Por Francia!- Guevremont levantó su copa eufórico.

A casi veinte kilómetros de allí, los compases de la orquesta de Count Basie se terminaban antes de que Madame Natasha pusiese una pieza de Louis Armstrong y su banda en Radio Utopia. Jacques Tremblay bajó el volumen un punto, para consternación de sus compinches mientras estaban todos sentados en la sala de estar de la casa rural que le servía de piso franco a la red de los *maquisard*.

-Me preocupan las repercusiones que vaya a tener esto- Jacques sacudió la cabeza con tristeza-. Los nazis atacarán fuerte a la insurgencia por esto. Madame Dominique se convertirá en su principal objetivo. Intentaran dismantelar la red al completo.

-Te has enamorado de verdad de la voz de esa mujer- Jean- Paul Marat meneó la cabeza.

-¿Qué tiene eso que ver ahora?- gruñó Jacques-. Si la matan, todos nuestros planes se irán al infierno. ¿A quién le íbamos a llevar este alijo, a los comunistas? Si lo traemos de vuelta a Paris los corsos nos cortarán la cabeza. A menos que quieras vendérselo otra vez a los alemanes.

Jean-Paul Marat le miró pensativamente. Jacques había se había jurado a sí mismo odiar la política. Este repentino rechazo por los comunistas era algo totalmente inesperado.

-¿Por qué no podemos confiar en Monsieur Le Blanc?- le suplicó Marcel Chouinard- es un buen hombre, nos ha permitido usar esta casa. Seguro que puede hablarle a alguien del *maquis* en nuestro nombre.

-¿Y después qué? -replicó Jacques-. Vendería nuestro alijo por dos millones de francos, ¿no es así? ¿Y qué crees que harían los maquisards con él, venderlo a los granjeros de aquí? Irían directamente a París, ¿y entonces qué? Quizás Henri Lafont enviaría a un ejército aquí abajo escoltando los dos millones, ¡junto con sus disculpas de que nos viésemos forzados a matar a su hermano!

-Relájate, Jacques- Lucien Belmondo encendió un cigarrillo-. No podemos controlar lo que está pasando, estamos en guerra.

-Controlamos *esto*- Jacques hizo un gesto con la cabeza hacia la maleta de aluminio, apoyada contra la pared de en frente- todos lo quieren: los nazis, los socialistas, los comunistas, los aliados, los corsos y la mafia de París. Tenemos que jugar esto como si fuera una partida de cartas. Sin faroles, sin malas jugadas, y nunca mostrar nuestras cartas. Si jugamos nuestras cartas bien, nos iremos con medio millón de francos cada uno. No habría sitio en el mundo al que no pudiésemos ir: Argelia, Marruecos, España, Canada, incluso América.

-Viajamos juntos y ponemos un negocio con todo ese dinero- Jean-Paul había estado tan preocupado como Marcel por los comentarios de Jacques acerca de separar la banda- nos separamos cada uno por su lado, si volvemos a reunir nuestros recursos en otro lugar y tiempo, volveríamos a tener dos millones. Es mucho dinero, incluso podríamos invertir en una empresa legal y seguir por el buen camino.

-¿Qué piensas Jacques?- Marcel parecía entusiasmado por la idea.

-Me suena hasta divertido- se encogió de hombros Jacques- me gustaría conseguirme una oficina en el Empire State Building.

-Ahora si que hablamos en serio- dijo Jean-Paul animadamente.

Robert Ruess estaba de pie junto a la ventana de la sala de estar de su chateau aquella noche, levantando pesas con cada vez mayor fuerza. Sus muñecas estaban acasi curadas y su entrenador, un médico deportivo de Berlín, le

estaba tratando como a un atleta profesional que necesitase volver rápido al campo de juego. Inyecciones a intervalos regulares, de novocaína y cortisona le estaban facilitando el poder entrenar con sus muñecas y pies heridos.

Su visitante había llegado y fue escoltado por un fusilero de las SS hacia las habitaciones altas. El hombre que llevaba sombrero y abrigo negros, se impresionó por la musculatura de tigre de un Ruess ataviado de negro, aunque la desfigurada cara todavía era difícil de mirar.

-He oído que tiene usted algunas novedades de las que hablar- Ruess se limpió la frente cuidadosamente, intentando no desgarrar ningún fragmento de piel embolsada.

-Veo que su entrenamiento progresa bien- asintió el agente de ODESSA- con suerte, pronto podrá abstenerse de ponerlo en práctica en el campo de batalla como solía hacer en el pasado. Tenemos personal más que suficiente, listo y dispuesto a probarse a sí mismos tal y como lo ha hecho usted en incontables situaciones.

-Sí, tengo mi buena ración de medallas- sonrió Ruess-. Soy lo que podría llamarse un tipo que se hace cargo de las cosas. ¿Por qué arriesgarse a que otro arruine un trabajo que puedes hacer bien tú mismo?

-La gente como usted se está volviendo cada vez más irremplazable- replicó el agente- como Friedrich Nietzsche dijo una vez, ¿por qué actuar solo cuando puedes multiplicar tus esfuerzos poniendo un puñado de cerros detrás de ti?

-En eso hago buenas migas con Carl Hansen- rió Ruess-. Él ve las cosas del mismo modo que yo, y ambos hemos conseguido el mismo número de medallas y registrado bajas enemigas con ratios de éxito similares. A él le gusta salir solo igual que a mí, exactamente por la misma razón. Se dice en el campamento que se llevó por delante como a doce dirigentes del FFI, que estaban en una reunión secreta, hace un par de noches. Se marchó con una tonelada de información que nunca habríamos conseguido si un puñado de aficionados hubiese entrado y acribillado el lugar.

-Sea como fuere- el agente movió la mano con desdén-. La razón de mi visita es la elevada actividad del mercado negro en esta zona. El movimiento de la División a través de la región tiene a los insurgentes saliendo no se sabe bien de dónde, como las cucarachas. Están moviendo algo de contrabando, y hay dos cargamentos en particular, que han atraído nuestra atención.

-Dígame- Ruess comenzó a levantar una mancuerna de dieciséis kilos.

-Uno de los cargamentos se ha convertido, literalmente, en parte de una leyenda urbana por estos lares. Como puede que usted sepa, o no, ODESSA está implicada en una gran operación financiera en Sudamérica, en previsión de que la guerra no acabe a nuestro favor. Hemos invertido millones de francos en las colonias alemanas de todo el continente y, esencialmente, es una situación en la que todos ganamos. Si resultamos victoriosos, las colonias serán centros de influencia, como fronteras del Reich, repartidas por todo el planeta. Si perdemos, Dios no lo quiera, habrá bases por todo el mundo desde las cuales ODESSA podrá asegurar la supervivencia del Nacional Socialismo.

¿Y qué, los terroristas han agarrado uno de sus cargamentos?

-Debido a la naturaleza secreta de nuestra organización, en ocasiones, la mano izquierda no sabe lo que hace la mano derecha. En este caso, nos han informado de que dos millones en lingotes de oro pueden haber caído en las manos de los terroristas. No sabemos el punto de origen del cargamento, quién o dónde fue autorizado, o tan siquiera su destino. Lo que sabemos es que uno de los miembros de nuestra organización ha denunciado su desaparición.

- Gracias al Cielo por nuestra sofisticada red de inteligencia- se burló Ruess.

-Lo que lo hace más interesante es que un transporte de morfina, programado para ser enviado a Normandía fue robado recientemente en un hospital en Brive. Tenía un valor estimado de dos millones de francos. El rumor dice que cayó en las manos de gangsters corsos, que están negociando un trato con los terroristas. Ahora, la lógica dicta que puede que los terroristas no tengan los dos millones. Nuestras fuentes indican que el SOE puede tener hasta tres millones de francos presupuestados para ataques terroristas. No le van a entregar dos terceras partes a una banda de traficantes de drogas. ¿En qué otra parte podrían conseguir el dinero? Deben tener el oro en alguna parte.

-¿Dónde cree usted que está?- Ruess finalizó su serie de repeticiones.

-Según nuestras fuentes, la zona del Oradour se usa como un importante recurso de almacenaje para la red terrorista. Si los terroristas continúan lanzando ataques contra nuestras tropas de la forma que lo hicieron en Tulle, entonces se justificaría una acción de represalia por nuestra parte. Esto podría permitir a nuestros hombres realizar registros y confiscaciones y recuperar no sólo nuestros activos sino cualquier otra cosa que pudiera... convenir a nuestros intereses.

-Considérello hecho- sonrió Ruess malignamente.

-Una vez más, le advertimos de que permanezca en el anonimato al dirigir esta operación- le sermoneó el agente-. La GMR informó a la Gestapo de que un jefe de nivel intermedio de una banda parisina fue secuestrado y torturado en la zona de Brive poco después del incidente del robo. La Gestapo no tiene registros de esto. Él y algunos otros han sido llevados a un lugar que los terroristas llaman la Casa del Dolor. Nuestros amigos podrían preguntarse si no estoy ahora mismo en la Casa del Dolor.

-Bueno, desde luego ésta no es una casa de diversión, pero yo no sé de ninguna cámara de tortura, a menos que el último propietario tuviera una- Ruess se encogió de hombros.

-También hay un problema sobre una recompensa ofrecida por la cabeza de un hombre que ellos llaman Capitán Cara Calavera.

Rápido como el rayo, Ruess atravesó la habitación y agarró al agente por el cuello, sacando una daga que usó para comprimir la lengua del hombre. El estrangulamiento, la hoja del cuchillo y la visión cercana de las heridas supurantes de Ruess le produjeron al agente un ataque de pánico.

-Vale, escucha. Si mi propia madre me llamase eso alguna vez, le cortaría la cabeza y la tiraría a la calle. Ahora vuelve y díselo a nuestra gente, a todos los destinados aquí, en Franchutelândia, y a todos los franchutes, policías y ladrones por igual. ¿Entendido?

Se las arregló para asentir con la cabeza, los ojos hinchados de terror. Ruess le soltó y se cayó sobre la silla.

-Vuelve a dondequiera que hayas venido y dile a tus superiores que me habré ocupado de esto en cuarenta y ocho horas, de una manera u otra.

El agente consiguió hacer el saludo nazi antes de salir huyendo por la puerta. Ruess casi se dobló de la risa mientras oía al hombre atragantarse por el camino, mientras atravesaba el pasillo.

Finalizó su entrenamiento con cuatro repeticiones de press de banca con ciento dos kilos, y entonces se retiró a su habitación con un chupito de cognac y algo de Mozart antes de acostarse. Tenía unos largos, largos días por delante, que aguardaba con ansia.

Jacques Tremblay se encontró con los agentes bajo una farola en una calle oscura, en un confín de la ciudad, aquella noche. Le condujeron hasta un coche que les esperaba, le pusieron un saó de arpillera en la cabeza y le dijeron que apoyase la cabeza en sus brazos en la parte trasera del asiento del copiloto mientras avanzaban hacia su destino. Jacques maldijo y soltó palabrotas

mientras le sacaban del coche y le conducían por el medio de un campo, hacia una cabaña situada a las afueras de la ciudad, cuando le quitaron la capucha.

Le condujeron al interior y fue rodeado por un grupo de hombres armados que le registraron concienzudamente, despojándole de su Beretta y de una navaja automática.

-Ella te está esperando- le advirtió un pistolero musculoso- si ella levanta la voz lo más mínimo, o si no oímos nada, entraremos. Y espera lo peor.

Jacques entró en la tenuemente iluminada habitación, que aparentaba ser el tocador de una mujer. Cruzó la gruesa alfombra afelpada de Borgoña hacia una tarima acortinada en la esquina más alejada en la que la silueta de una mujer se sentó.

-Monsieur Tremblay- le saludó la mujer.

-Reconocería esa voz en cualquier parte- sonrió Jacques, permaneciendo a cerca de un tercio de metro del visillo opaco. Calculó que ella sería algo así como de un metro sesenta de alta y con un físico saludable.

-Nos han informado de que usted tiene el cargamento que todo el mundo busca. Estamos muy impresionados por el hecho de que haya eludido al Ejército alemán a la policía y a la Gestapo, además de a los corsos, todo este tiempo.

-Bueno, le dije a mi banda que no me iría sin conocerla primero.

-Me siento halagada, Monsieur. Ahora a los negocios. Hay un montón de problemas que rodean a la mercancía en su posesión.

-Ya hemos repasado todos los ángulos. Quiero dos millones por la mercancía.

-Monsieur Tremblay- dijo tranquilamente- no tenemos dos millones.

-¿Cuánto tiene?

- No tenemos nada. Todo lo que tenemos está comprometido en luchar contra los nazis.

-Espere- se inflamó Jacques- sé que los yankies tienen tres millones flotando por aquí en alguna parte. Además sé que la burguesía de París está enviando una tonelada de dinero aquí para mantenerles a ustedes en el negocio. No me pueden decir que no pueden darme nada por esta mercancía. Y, sé que el FTP dejaría caer algunos francos en esto... dada la oportunidad.

-Monsieur Tremblay...

-Jacques.

-Jacques- continuó ella- el gobierno de Vichy y la Gestapo tienen a París en un estado virtual de ley marcial. Cualquiera puede ser arrestado, registrado

y confiscado en cualquier momento. Pueden torturar y asesinar a cualquiera sospechoso de subversión. El dinero nos llega a cuentagotas, en el mejor de los casos. Además, los aliados todavía están cualificando a posibles grupos para sus inversiones. Ya le han dado casi un millón de francos a los comunistas. Están intentando resistirse a darles más, pero si nosotros no ponemos algo sobre la mesa podrían acabar dándonos de lado.

-Vamos Dominique- razonó Jacques. Algo tendrás para darme.

-De acuerdo- cedió- si nos das el cargamento a nosotros, os garantizaremos nuevas identidades y puestos en el nuevo gobierno republicano una vez acabe la guerra. Podréis empezar vidas nuevas y descansar con ingresos asegurados para el resto de vuestras vidas.

-Somos de costumbres bastante fijas- suspiró Jacques- no sé si esto será volar demasiado alto para mis chicos.

-Por favor, considéralo- le suplicó ella-. Si se lo vendes a los comunistas, casi con seguridad tomarán el poder cuando acabe la guerra, con el beneplácito de los aliados. Si se lo vendes a la mafia, ellos se lo venderán a los niños en las calles de París.

-Tengo que consultárselo a mis amigos- decidió- te llamaré. Una cosa, si acabo haciendo esto por ti,...quiero verte.

-¿Qué...qué quieres decir?

Movió la cortina a un lado mientras ella pegaba la barbilla a su pecho.

-Si grito, vendrán a por ti- le previno ella-. No hagas esto.

-No te voy a hacer daño- le aseguró él. Puso un dedo en su barbilla pero no se movió.

-De acuerdo- él se alejó y lentamente se dirigió a la puerta- No necesito verte la cara, sé que eres preciosa.

-Gracias- murmuró.

-Te llamaré- dijo alegremente mientras volvía a la custodia de los guardias.

La ciudad de Limoges estaba en estado de euforia.

Las banderas nazis estaban siendo rajadas y quemadas por toda la ciudad, reemplazadas por la francesa tricolor azul, blanca y roja. Canciones patrióticas retumbaban en los altavoces junto con retransmisiones grabadas y, en directo, de Radio Bastilla y Radio Utopía. La policía y el personal de seguridad estaban siendo arrastrados a la calle, desnudados y apaleados por vengativos ciudadanos irritados bajo el yugo del gobierno de Vichy. Las

armerías de la policía y el ejército fueron incendiadas y sus armas confiscadas por el *maquis*.

-Ésta es una victoria increíble- dijo Gilles Guevremont eufórico mientras caminaba por la plaza de la ciudad. El sargento Harry Blackburn y el Sargento Henry Geronimo le acompañaban en su paseo victorioso, una falange de guardias armados les seguía de cerca-. Si le hicimos un nudo en la cola a los fascistas con lo de Tulle, esto tiene que ser una patada en los dientes.

-¿Qué es peor, un nudo en la cola o una patada en los dientes?- caviló Geronimo, dando un trago a una botella de ron australiano.

-Espero que no sea la gota que colma el vaso- Blackburn levantó las cejas al ver a un policía atado a un pilar, mientras los niños le tiraban verduras podridas-. Mi gente no estaba muy contenta con lo que pasó cuando los nazis recuperaron Tulle. La gente en casa podría confundir esta aventura con poner un cebo a costa de los civiles.

-Eso no va a pasar- Guevremont les aseguró- tengo una compañía de hombres a dos kilómetros al sur de aquí, esperando a los fascistas. Nos darán el tiempo necesario para evacuar a los civiles.

-Usted sólo dice mentiras- Geronimo se rió a carcajadas-. Los nazis tienen lanzallamas, y les incinerarán en el bosque. ¿A qué otra parte pensaba llevarles en tan poco tiempo? Les dejará aquí y esperará a que se busquen la vida para salir de esta.

-Además del hecho de que somos demasiado sabios para su juego, también nos hemos informado de algunos de sus mensajes- Blackburn abrió una botella de ron para él- Ustedes creen que esto les beneficiará, que los nazis quemarán a todo el mundo en la ciudad. Cuantas más atrocidades cometan, más le pagaremos para que nos ayude a ponerle fin a esto.

-¿Cómo puede decir una cosa así?- protestó Guevremont-. ¡Usted está sugiriendo que estamos sacrificando a nuestra propia gente!

-Oiga- Geronimo le dio una palmadita en el brazo-. Stalin probablemente ya ha matado a millones de los suyos, sin hablar de los judíos. Sabemos que no hay nada sagrado para ustedes comunistas cabrones.

-¡Esto es un ultraje!- tartamudeó Guevremont.

-Estoy seguro de que los nazis estarían de acuerdo- Blackburn bostezó cuando los tres hombres se detuvieron en el centro de la plaza-. Vale, me aburro. ¿Qué más tiene para nosotros?

-Madame Natasha. Radio Utopia- replicó Guevremont solemnemente-. Hemos programado una emisión en directo desde el ayuntamiento. El equipo

de emisión estará aquí en una hora. Mis hombres ya están preparando el equipo mientras hablamos.

-¿Qué, no pillas cacho?-Geronimo le dio un codazo.

-Perdone, ¿cómo dice?- Guevremont estaba indignado.

-Sí, sí que pilla cacho- Blackburn contuvo una risita-. Mira, chico, seguiremos en contacto. No olvides que esperamos que lo des todo en Oradour.

-Los nazis llegarán tarde- Guevremont les gritó mientras salían de la plaza en dirección a la limusina que les esperaba- Se estarán lamiendo las bolas durante un par de días después de esto.

-Buena suerte- Geronimo levantó su botella hacia él.

-¿Cuándo podemos esperar el próximo pago?- gritó Guevremont una vez más.

-El cheque está en el correo- Blackburn levantó una mano mientras se iban.

Mientras entraban en la limusina, de algún modo se sorprendieron al ver a una pequeña joven sentada dentro, esperándoles. Miraron con curiosidad al chófer, que les mantenía la puerta.

-Está aquí por orden del SOE- dijo el chófer tranquilamente.

-Usted debe ser...- empezó Blackburn.

-Violette Szabo- estrechó con firmeza las manos de los agentes-. Trabajo con Jacques Dufour entre los *maquis*, aquí en Limusin.

Violette era una pequeña mujer con el pelo negro cuervo, ojos penetrantes, labios sensuales y una personalidad cautivadora. Ya se había convertido en una leyenda en el SOE y con la red clandestina de la Resistencia en Francia. Su marido había muerto en acción contra las tropas del general Rommel en El Alamein y ella dedicaba su vida a vengar su muerte. Era una experta paracaidista, buena tiradora y tenía una sólida reputación como estratega de campo y táctica.

-¿Qué le trae por estos lares?- Geronimo le ofreció una bebida que ella rechazó.

Trabajo con el *maquis* para coordinar nuestros esfuerzos contra la División Reino- reveló- me pidieron que me encontrase con usted para averiguar cómo se están desarrollando sus negociaciones con las FFI. Les preocupa mucho que el SOE vaya a pavimentar el camino para una toma del poder por parte de los comunistas, después de la guerra. Quieren que ustedes comprendan que no están luchando en esta guerra para que Francia se convierta en un país comunista.

-Tampoco es lo que Churchill quiere, ni lo que Baker Street (cuartel general del SOE) quiere- le aseguró Blackburn-. Mire, estamos intentando sacar a las FFI del banquillo, pero lleva tiempo. Hay diez facciones rivales bajo la bandera del Armee Secrete, y De Gaulle está teniendo tantos problemas con ellos como nosotros. Las cosas están saliendo bien, Violette, quédese tranquila. La red Jockey bajo el mando de Francis Cammaerts ha reclutado alrededor de 10.000 agentes a lo largo del Valle del Ródano. Aún tenemos a las redes Próspero y Luchador en marcha también.

-Solo estamos usando a las FTP hasta que las FFI estén listas para tomar el control- insistió Geronimo-. Verá. Dígale al *maquis* que aguanten, Patton y Montgomery van a construir una autopista a través de Francia justo hasta Berlín. Mantenga la fe, casi ha terminado.

-Se lo diré- le brillaban los ojos- les creo en esto, y sé que ellos también lo harán.

Se estrecharon las manos una vez más antes de que ella se marchase.

No podían imaginar que nunca la volverían a ver.

\*\*\*\*\*

-¡Seguro que estás de broma Jacques! ¡Dinos que estas de broma!

Lucien Belmondo y los otros miraban a Jacques Tremblay mientras les revelaba lo principal de su conversación con Madame Dominique la noche anterior. Estaban en una casa segura cortesía de Pierre Le Blanc, cuyo patrocinio seguían disfrutando durante su viaje por la Limusin. Le Blanc, a su vez, agradecía la generosidad de sus invitados y como cacique del *maquis* les aportaba una protección limitada.

-Mirad, os digo que le dije que primero lo hablaría con vosotros, así que no os pongáis nerviosos- se enfureció Jacques- os diré una cosa: siempre nos hemos quejado de cómo hemos acabado en el lado equivocado de la ley porque la vida no nos ha dado oportunidades desde que éramos niños en las calles de Paris juntos. Nos solíamos sentar en la miseria y mirábamos arriba a la torre Eiffel y hablábamos de cómo íbamos a tomar lo que era nuestro, algún día. Bien, pues ahora nos están ofreciendo nuestra parte en una bandeja de plata. Nos están abriendo la puerta y tendiendo la alfombra roja. Tendremos trabajos en su sistema, negociando, regateando, jugando a la política, haciendo tratos. Sólo que no necesitaremos pistolas ni cuchillos para respaldarnos. Ahora será el nuevo gobierno francés, no la mafia, nunca más.

-No sé-Jean-Paul Marat se pasó las manos por el pelo-. Vamos a ser como un puñado de gatos callejeros en una casa de la ciudad, meándonos en los muebles, follándonos los gatos de la casa, rasgando las cortinas, piénsalo. Bebo un mililitro de cognac por la mañana antes del almuerzo, fumo dos cajas de cigarrillos al día, también fumo hachís cuando lo consigo, y si puedo tener sexo a cualquier hora, todo lo demás tiene que esperar. Esa burbuja estallaría para mí, Jacques, ¿cómo podría no hacerlo?

-Vamos chicos- razonó Jacques- vosotros leéis los periódicos. Dicen que eso es lo que acabó con la Tercera República. Esto es lo que hacen los políticos. Ellos son lo mismo que nosotros, no son diferentes en el fondo. Sólo que nosotros tuvimos las agallas de robar el cargamento cuando ellos no podrían protegerlo. Por eso nos están ofreciendo la oportunidad de convertirnos en uno de ellos.

-Pídele a Le Blanc que se ponga en contacto por nosotros- decidió Lucien-. Dile que queremos oír lo que París tiene que ofrecer. No hará ningún daño ver lo que tienen que decir.

-De acuerdo- concedió Jacques- hablaré con Le Blanc, les diré que queremos cerrar un trato para llevar el cargamento. Tienen que garantizarnos al menos dos millones de francos, además de protección de Henri y su banda. Eso nos dará suficiente tiempo para abandonar el país.

-Esos trabajos no estarían aún ahí fuera, ¿no?- preguntó Marcel.

-Sabes, Oink, me das risa- Jacques usó su mote de la infancia- Siempre intentando tener tu tarta y comértela al mismo tiempo.

-Y, ¿no se la ha comido ya?- Lucien se estiró y le dio golpecitos en la abultada barriga a Marcel mientras este le empujaba juguetonamente. Fue uno de los pocos momentos distendidos que compartirían juntos.

Jacques estaba al teléfono con Le Blanc, quien, a su vez, hizo una llamada a sus contactos de París. Era una situación política delicada ya que los hermanos Lafont eran tenientes primeros en la banda Bony-Lafont, y eludir Henri Lafont de esa manera se consideraba un grave insulto. Otro problema era que tanto Pierre Bony como Henri Lafont habían sido contratados por la Gestapo en París como agentes dobles en los bajos fondos de París. Eso les proporcionaba un enorme ascendiente sobre la red clandestina, tan sólo por detrás de la mafia corsa. Cualquiera en conflicto con Bony o Lafont arriesgaba no solo la retribución de su banda, sino también que se pasase su nombre a la Gestapo como enemigo del estado.

La red *maquisard* en París estaba bien protegida por la Unión Corsa y, a pesar de los mejores esfuerzos de Henri Lafont, los contactos de Le Blanc estaban resueltos a no abandonarle. Lafont estaba ofendido, aunque se daba cuenta de que su única opción era entregar a los *maquisards* a los nazis, lo cual habría terminado en una guerra de bandas contra los corsos. Eso, él sabía que habría llevado a la aniquilación de su banda sin que importase su estatus en la Gestapo.

Lafont estuvo de acuerdo en tener una de sus reuniones de equipo con la banda de Tremblay para negociar la devolución de la morfina y garantizar su seguridad en la reunión. Dispusieron que el encuentro fuese en Vierzon, que estaba bastante al norte de Oradour y aseguraría relativamente la seguridad de los Tremblay dentro de la red de los *maquis*.

Jacques llegó al almacén donde se había programado la reunión aquella mañana, justo antes del amanecer. Dio instrucciones a los otros de poner a salvo la morfina y esperar su llamada antes de actuar. Si usaba el nombre ‘Oink’ en cualquier momento, significaría que había sido capturado y usado como cebo para una trampa, y Lucien sería el encargado de finalizar las negociaciones con Henri Lafont.

Jacques aparcó el Citroen prestado en el exterior del almacén y reptó silenciosamente hacia la oscura entrada, que había sido dejada abierta según lo acordado. Era un edificio independiente con un aparcamiento a cubierto en unos terrenos adyacentes que estaban ocupados por algunos camiones vacíos. Jacques confiaba en haber llegado antes que los parisinos, y decidió situarse en una posición cercana a una ventana frontal para esperar a los negociadores.

-No muevas ni un pelo, pedazo de mierda.

Jacques se quedó congelado mientras percibía como cuatro figuras le rodeaban. Sintió como un hombre aparecía por detrás y le cacheaba, quitándole la Beretta antes de empujarle hacia delante.

-¿Dónde están tus amigos?-preguntó el jefe, que estaba de pie frente a Jacques-. ¿Te van a dejar morir solo?

-Ellos tienen la mercancía- dijo Jacques con desprecio- si no regreso, se la ofrecerán a los sicilianos. Ustedes, el *maquis*, la Resistencia y los nazis consiguen mierda.

-Nos vas a llevar directamente a ellos- replicó el jefe-. Si no lo haces, comenzaré con tu ojo izquierdo y después te arrancaré los dedos.

-¡Que te den!- gritó Jacques y le escupió en la cara. Los hombres a cada uno de los lados le cogieron por un brazo, mientras el de atrás le daba una

patada en la corva para hacerle caer y así pudiera ver al jefe acercarse con un estilete en la mano.

-Germaine y yo hemos recorrido mucho camino- sonrió el hombre- Casi tanto como Henri y yo. Él habría disfrutado esto tan como lo haré yo.

En seguida, hubo un gran ruido sordo cuyo eco venía de la pasarela que rodeaba al nivel más alto, y los hombres se quedaron congelados cuando el cráneo de su jefe explotó en una lluvia de cartílago sobre la cara de Jacques. Empezaron a sacar las pistolas mientras la silueta de un hombre se dejó caer desde la pasarela hacia el suelo de cemento. Jacques miró mientras el fogonazo atravesaba la habitación dos veces, los pechos de los gangsters a cada lado suyo explotando en columnas de sangre. El jefe, que se había girado para enfrentarse al tirador, recibió un tiro en las tripas de modo que acabó despatarrado y agonizante a la izquierda de Jacques.

-¡Estás cometiendo un error!- gritó el jefe en mal alemán mientras se aproximaba la figura vestida de negro-. ¡Este cabrón es el ladrón de Brive! ¡Nos contrataron para traerle a él y a la morfina robada!

-¡Mentira!- se mofó Carl Hansen mientras apuntaba con el rifle, equipado con un silenciador y una mira telescópica, a la cara del hombre-. Tus llamadas fueron interceptadas por la Gestapo en París. Te daban un millón de francos por matar a esta escoria y a sus compinches, antes de llevarles las drogas de vuelta a Bony y Lafont, y a sus socios corsos.

-¡Él le iba a vender las drogas a la Resistencia!- suplicó el jefe-. ¡Estaba haciendo tratos directamente con Madame Dominique! ¡Lo confirmamos con nuestras conexiones del *maquis*!

-Eso es lo que necesitaba saber- dijo Carl antes de volarle la cabeza al hombre.

-¿Y ahora qué?- gruñó Jacques, permaneciendo de rodillas, mirando furtivamente a las pistolas que estaban en el suelo, muy lejos de su alcance.

-Necesito una prueba de vida- Carl cargó munición en su rifle-. Descríbela.

-¿Para que la puedas arrestar? ¡que te den!

-Conozco a un hombre cuya hija ha desaparecido. Me pidió que averiguase si se encontraba bien. Creo que está con la Resistencia. Tú me vas a llevar con ella, por eso todavía estás vivo. Sólo necesito saber que no es un callejón sin salida.

-Vale- los ojos de Jacques se abrieron cuando Carl apuntó a su rótula-. Hablamos a través de una cortina, como un velo, no le ví la cara. Es de mediana estatura, buena figura y el pelo largo y oscuro. Toda Francia conoce

su voz. Eso es todo lo que sé. ¿No crees que ya la habría encontrado si supiera el aspecto que tiene?

-Quiero que toques el suelo con la frente y que cuentes hacia atrás empezando por cien- ordenó Carl-. Yo contaré contigo. Le puedo acertar a un pájaro desde trescientos metros con este rifle. Ponme a prueba y te dejo tullido para el resto de tu vida.

Jacques maldijo y blasfemó intermitentemente mientras completaba la cuenta, después reunió las armas y las carteras de los muertos y regresó a su Citroen, que estaba justo donde lo había dejado. Las ruedas chirriaron mientras salía del terreno y bajaba por la carretera en dirección a Limoges.

Iba a estar mirando por encima del hombro una buena temporada.

## CAPÍTULO CINCO

El Regimiento de Cabeza se movía junto a la carretera hacia la pintoresca pequeña ciudad de Limoges. A pesar de la tranquilidad de la melíflua campiña, el ambiente alrededor de la columna de blindados estaba llena de agitación. Sus comunicaciones de radio estaban bloqueadas y tan sólo conseguían colarse las señales de la radio clandestina y las señales de auxilio de las fuerzas de Vichy.

-¿Otro Tulle?- Carl suspiró tensamente mientras Heinz Barth y él conducían por delante de un tanque Panzer haciendo de avanzadilla, por delante del convoy de la Compañía. Había estado de siesta la mayor parte del camino, después de la actividad de las horas previas y ya estaba descansado para cuando Heinz divisó la ciudad.

-Espero que no- Heinz miró atentamente a través del parabrisas del jeep mientras tomaban una curva cerrada por la carretera hacia la ciudad. Los límites de la ciudad estaban a la vista, y Heinz aminoró la velocidad mientras miraba alrededor en busca de signos de actividad.

Los comandos redujeron hasta pararse cuando vieron graffitis anti-alemanes y anti-comunistas garabateados por las paredes de los edificios y las ventanas tapadas con pancartas con mensajes similares. Como en Tulle, sin embargo, los insurgentes hacía tiempo que se habían ido para cuando llegó la Compañía. Heinz condujo con cautela hacia la plaza de la ciudad en la que aparcaron el jeep y comenzaron a buscar puerta por puerta, cubriéndose el uno al otro por turnos.

-Los terroristas se han ido con el viento- Carl retransmitió hacia el convoy del regimiento-. No hay moros en la costa.

En seguida se desató la locura en la ciudad cuando las sirenas de la policía llenaron el aire. Las calles se llenaron de GMR y Gestapo con camiones, coches, motos y personal, llamando a las puertas y dando instrucciones por medio de megáfonos.

-Creo que esto es a lo que se refieren los americanos cuando dicen “venir como caza gangsters”- caviló Heinz mientras veían como la población civil

lentamente llenaba las aceras, y, a su vez, observaban los movimientos de la policía en estado de shock y terror. Ambos hicieron una mueca de consternación cuando la policía comenzó a dividir a la gente en grupos, los hombres separados de las mujeres y los niños.

-¿Qué coño...? - Carl gruñó- aquí no pasa nada, ¿a qué viene todo esto?

-Creo que alguien no ha olvidado lo que pasó en Tulle- le hizo notar Heinz.

-Ya discutí esto con Schweinberg- espetó Carl mientras Heinz condujo el jeep de regreso a los límites de la ciudad donde el regimiento estaba comenzando a entrar en la ciudad-.Dijo que no habrían represalias mientras no hubiesen bajas alemanas. No he arriesgado mi vida durante cinco años por esta división para verla convertida en una máquina de asesinar. Y tampoco me voy a dejar arrastrar a una conspiración de asesinato.

-Para un tipo que tiene alrededor de doscientas muertes registradas, suena como gracioso- Heinz contuvo una sonrisa.

-Matar al enemigo en combate es una cosa- replicó Carl-. Asesinar civiles inocentes es otra. Que te quede claro que Schweinberg va a saber la diferencia.

\*\*\*\*\*

-Creí que teníamos un trato.

-¡Maldita sea, Carl!- Gunter Schweinberg casi se cayó de la silla, en su escritorio, en su pobremente iluminado despacho de la comisaría de policía-. ¿Cómo diablos has entrado aquí? ¡Me acabas de asustar!

-Dijiste que ibas a mantener esto bajo control. ¿Dónde están las mujeres y los niños?

Carl había estado sentado entre las sombras en un alféizar que estaba a metro sesenta sobre el suelo. Saltó al suelo y Gunter pudo ver que llevaba puesto un mono negro, la recortada amarrada con correas al muslo, el Mauser en la cadera.

-Se les está reuniendo en la plaza, ya conoces la rutina- Gunter se compuso-. Habrá identificaciones, sesiones informativas e interrogatorios a personas de interés.

-Mujeres de interés- Carl musitó-. Niños de interés.

-Carl yo no hago las reglas. Ya vista lo que esta gente hizo en Tulle. Ejecutaron cuarenta de nuestros soldados.

-Los partisanos mataron a nuestros soldados, no las mujeres ni los niños. ¿Cómo llamas a lo que hicieron tus escuadrones de la muerte a cambio? Noventa y nueve civiles asesinados, ninguno de los cuales se demostró que fuesen combatientes.

-No fueron los Einsatzgruppen, fue el Pelotón Pionero, y lo sabes.

-¿Sabes qué? Que no me voy a poner más entre tú y Eric- Carl salió por la puerta como una exhalación-. Se pueden joder el uno al otro si quieren.

-No te ayudé por lo de Eric- le llamó Gunter- me caes bien Carl.

Carl se giró para mirarle.

-Eres un buen hombre. Has restaurado mi fe en lo bueno de las personas. Arriesgas tu vida cada día que estás aquí, aunque te has puesto sobre los hombros la responsabilidad de arriesgarte incluso más aún, por los otros.

-¿Por qué no intentas buscar algo de ese bien en ti mismo?- replicó Carl

-Tengo una idea.

Los agentes de los Einsatzgruppen habían tomado el control de la comisaría local y estaban reuniendo a los ciudadanos en la plaza. Tras horas de proceso, los hombres estaban separados de las mujeres y los niños y llevados a un gimnasio cercano. Las mujeres y los niños, asustados, hambrientos y exhaustos, fueron llevados en rebaño a una zona cerrada del parking y esperaban instrucciones.

Carl y Gunter avanzaron con dificultad hasta el escritorio en el que estaba de pie el oficial de más rango, que les hizo el saludo nazi.

-Estamos aquí para hacernos cargo de las mujeres y de los menores detenidos- le informó Gunter.

-No comprendo- el oficial estaba desconcertado-Usted ya los había enviado aquí atrás. ¿Por qué quiere ponerlos delante otra vez?

-Creemos que si ponemos a esta gente delante del convoy como escudos humanos, los insurgentes se lo pensarán dos veces antes de intentar atacar a nuestros soldados- explicó Gunter.

-¡Excelente idea!- dijo el oficial admirado-. A lo mejor eso mantiene a esos franchutes fuera de nuestro camino para que podamos echar a los ingleses y a los yanquis de la playa.

Carl y Gunter entraron en el cercado y se acercaron a los aterrorizados civiles. Los niños se escondían detrás de las faldas de sus madres al ver el uniforme de las SS que llevaba Gunter.

-¿Sabes? Podrías evitar ir por ahí como si fuera *Seleewoche*<sup>[1]</sup> – se burló Carl de él.

-¿Qué dice?- Gunter bizqueó al acercarse una joven que le habló en francés a Carl, mientras le miraba furtivamente.

-Dice que hay un rumor por toda la región sobre los hombres de negro, que matan a todos los hombres y que se llevan a las mujeres y los niños a trabajar en campos de trabajos forzados. Le he asegurado que tú eras sólo un administrativo que no distingue su culo de su codo.

-Ah, qué bien, Carl- Gunter miró a otra parte.

-Vale, vámonos- Carl le llevó otra vez hacia el edificio principal- parece que vamos a necesitar tres o cuatro camiones.

-¿A dónde diablos piensas llevarles?- siseó Gunter furtivamente, con los ojos buscando espías.

-A cualquier parte que no sea un campo de trabajo o una fosa común- saltó Carl-. Te estoy haciendo un favor. Da mala suerte matar a mujeres y niños, sin hablar de la posibilidad de que los aliados puedan ganar y que te acusen de crímenes de guerra.

-Estas que rebasas optimismo, ¿no?

-Soy realista, y acabo de regresar de Rusia. La cosa no pinta bien para el equipo de casa.

Finalmente, Gunter habló por teléfono con el cuartel general de la Gestapo, y llegaron tres camiones para transportar a los civiles a un centro militar de internamiento para ser interrogados. Gunter y Carl mandarían dos de los camiones a cuyos conductores despidieron. A su regreso al complejo, reclutaron a una señora corpulenta como conductora, para relevar al tercer conductor de la Gestapo. Carl le dio instrucciones para que siguiera al primer camión, y el tercero iría detrás. También le advirtió de las consecuencias que habría si intentaba desviarse del camino. Los civiles se subieron a los camiones y estuvieron encantados de encontrar en ellos las cestas con pan y leche que habían cargado a petición de Carl.

-¿A dónde?- preguntó Gunter.

-Sígueme- Carl se subió a la cabina del camión de cabeza.

Condujeron una corta distancia hasta llegar al pueblo de Sussac, a unos ocho kilómetros al sudeste de Limoges. Los camiones entraron en el pueblo y se pararon en la plaza hasta que un grupo de oficiales de la oficina del mayor vinieron a preguntar.

-Estas personas han sido evacuadas de Limoges por la policía y el personal militar- anunció Carl mientras se bajaba del camión- necesitarán alojamiento durante un par de días hasta que la emergencia esté bajo control.

Le rogamos que no intenten contactar con sus parientes hasta que la situación vuelva a la normalidad. Han sido evacuados sin aviso previo y su desaparición podría ser vista como sospechosa por los agentes de la ley.

-¿Son ustedes... de las SS?- el mayor miró a Gunter, que estaba en el camión de atrás.

-Él lo es a tiempo completo y yo sólo los fines de semana- replicó Carl-. Nos llevamos dos de los camiones ahora, mire si puede hacerse cargo del otro, enviaremos a alguien por él en un par de días.

-Por supuesto, monsieur- el mayor sonreía felizmente mientras Carl y Gunter volvían a entrar en los camiones y regresaban a Limoges, las mujeres y los niños les vitoreaban y saludaban con la mano al marchar.

Justo después de que desapareciesen los camiones, dos figuras salieron de entre las sombras y vinieron a dónde estaban el mayor y su séquito. El comandante Staunton del SOE iba acompañado de Violette Szabo, que se había reunido recientemente a su unidad. Estaban muy frustrados por la ineptitud de las fuerzas del FFI locales y estaban haciendo todo lo que podían por coordinar los ataques a las vías del tren cercanas y a las líneas telefónicas, que llevaban días de retraso.

-Hablando de golpes de suerte- Staunton sintió alivio cuando vieron que llevaban a las mujeres y los niños a una iglesia cercana-. Gracias a Dios no todos los nazis son demonios asesinos.

-Creo que mañana ya habremos acabado con su paciencia- replicó Violette mientras caminaban con el mayor de regreso al ayuntamiento-. Esperemos que la Sección F resuelva lo de nuestra logística para que podamos equipar a nuestros refuerzos como es debido.

-Blackburn y Geronimo deberían estar aquí por la mañana- le aseguró Staunton-. Estoy bastante seguro de que esas gallinas de los huevos de oro tendrán a estos granjeros formando con sus baldes y taburetes en orden de revista.

\*\*\*\*\*

-Tienes visita.

-¿Quién es?

Carl y Gunter llegaron esa tarde, cansados del viaje polvoriento y lleno de baches. Se dirigió de vuelta a la habitación de su motel con una pinta de leche y algo de pan, *brie* y *pate*, y se cabreó bastante al oír llamar a la puerta.

-Algún campesino de Montauban- el soldado de Einsatzgruppen sonrió con suficiencia mientras expulsaba un chorro de humo de cigarro, apoyado en la puerta. Vió la expresión de Carl mientras miraba el cigarrillo con furia y lo apagaba rápidamente en un cenicero cercano.

-¿Qué quiere?

-Dice que es miembro del ayuntamiento. Dice que su hija y tú fuisteis juntos a la escuela.

El soldado miró con la celeridad que Carl se ponía la ropa y salía pitando por la puerta. Corrió calle abajo hacia la comisaría de policía y le preguntó al oficial del mostrador, que le acompañó hasta la habitación donde su visita le esperaba.

-Carl.

-Francois.

Carl estrechó la mano de su visitante, Francois Dagineau, fascinado por el aspecto del hombre y cómo había envejecido los últimos cinco años. Se las arregló para esconder su sorpresa, pero no pudo resistirse a un abrazo dubitativo. La rigidez del hombre obligó a Carl a soltarle, no sin reticencia, permitiéndole a Carl reexaminar sus propias emociones.

-Hay un pequeño café encantador un poco más adelante- Carl sonrió-. Te invito.

Apenas un poco después, los dos estaban sentados en el bistro de la esquina en el que bebían café espresso y untaban pate en unas galletas saladas. Estudiaron sus semblantes recíprocamente, casi distraídos por sus propios pensamientos.

-Has cambiado Carl, has madurado- Francois habló al fin- no eres el chico que Angie trajo a casa desde la universidad. Tengo la impresión de que has encontrado una parte de ti mismo que te habría tomado muchos años encontrar... si no hubiese sido por la guerra.

-¿Cómo van las cosas en casa?- Carl forzó una sonrisa-. ¿Cómo está Angie?

-Por eso...por eso estoy aquí- Francois miró a su taza-. Se fue de casa casi hace un mes.

-¡Eso es imposible! Vino a verme a Toulouse.

-No venía de Montauban. Se fue de casa una mañana y no la he vuelto a ver desde entonces. Carl, me temo que se ha unido a la Resistencia.

-¿Por qué crees eso?- dijo Carl, empezando a sentir un sudor frío.

-Tuvimos largas discusiones sobre la guerra antes de que se fuese- confesó el hombre mayor-. Ella cambió de alguna manera, Carl. Me decía una y otra vez que era el deber de cada francés levantarse y luchar por lo que es suyo. De alguna manera... de alguna manera, yo no podía evitar pensar que estaba hablando de ti.

-Podría estar en cualquier parte- Carl estrujó su servilleta.

-París sería la primera opción. Hay una gran red clandestina, está densamente poblada por activistas e intelectuales. Ellos...nosotros... no podemos controlarlo, las cosas como son. Sería el lugar más lógico. ¿Tienes algún contacto en París?

-No está en París- Francois tragó con esfuerzo-. De eso estoy caso seguro.

-No tiene sentido- gruñó Carl- la ví hace unos días, la conozco tanto como cualquiera, yo...

Miró al viejo directamente a los ojos.

-Voy a casarme con ella Francois. Quiero que lo sepas.

-De acuerdo- Francois bajó los ojos.

-No tienes derecho a juzgar- insistió Carl- ¡nadie tiene el derecho a juzgar! He aprendido una cosa, eso es lo que he aprendido. No me importa lo que pienses sobre mí, siempre te he respetado y siempre lo haré. Y encontraré a Angie. Y si está viva, moriría antes que perder toda esperanza de convertirla en mi esposa.

-He... viajado toda esta distancia para oír eso- Francois se levantó- sólo quería saber que todavía te importaba.

-Tú sabías que me importaba- Carl se enfadó- tú sólo querías saber si yo haría algo.

-Ella es todo lo que tengo, Carl- se secó una lágrima del ojo.

-Ella es todo lo que tengo, Francois.

El hombre mayor le devolvió a Carl el abrazo antes de abandonar el patio y avanzar por la calle cubierta por la neblina. Carl continuó mirando a la calle tiempo después de que Francois hubiera desaparecido.

El mayor Helmut Kampfe, según todas las versiones, había tentado a su suerte mucho más que Carl Hansen o Robert Ruess.

Se había enamorado de la campiña francesa y de su encanto rústico, volviéndose cada vez más aficionado a su vino, sus mujeres y sus canciones. Su aspecto agraciado y sus modales caballerosos le habían hecho popular

entre las mujeres, y sus proezas habían incrementado su reputación al respecto así que le comparaban favorablemente a Hansen y a Ruess. Al igual que sus competidores, se le solía envía sólo a que resolviese problemas y, al igual que Ruess, una vez había tenido demasiados.

El tercer batallón de Kampfè se había empantanado a lo largo de todo el camino entre Limoges y Gueret, que se había convertido en un hervidero de actividad insurgente. Sus hombres habían capturado y ejecutado a veintinueve *maquisards*, aunque los rebeldes continuaban atacando. Kampfè, tomando el toro por los cuernos, requisó un Talbot último modelo e informó a sus exploradores que iba a salir de reconocimiento y a liquidar a cualquier insurgente que se encontrase por el camino. Una hora más tarde el Talbot fue encontrado junto a la carretera con el motor todavía encendido por fuera de La Bussiere. Kampfè no apareció por ninguna parte.

Gilles Guevremont se había retirado de Tulle inmediatamente después de que los SS llegasen y se estableciesen en la región de Sussac, donde tenía un batallón de 300 judíos alsacianos bajo su mando. Su mano derecha en la región, Jacques Dufour, había sido contactado por el comandante Staunton a petición de Blackburn y Geronimo, y habían acordado una reunión entre Violette Szabo y Dufour para coordinar la actividad de la Resistencia contra el Reich en la zona. Cuando Guevremont se enteró del secuestro de Kampfè, ordenó que le trajesen al mayor inmediatamente, mientras despachaba a Dufour para hablar con Violette.

Para cuando Kampfè fue llevado a la presencia de Guevremont en el campamento insurgente a las afueras de Breuilaufa, había sido molido a palos por los cuatro miembros de la banda que le había capturado. Estaba casi inconsciente del todo y tuvieron que arrastrarle desde el vehículo hasta la tienda de Guevremont.

-Vaya, vaya- se choteó Guevremont- estos cabrones de nazis no parecen tan duros cuando el que pega es otro, ¿eh? ¡Reúnan a los hombres!

Los jefes de escuadra ladraban órdenes mientras los luchadores regresaban de sus posiciones para reunirse en torno a la víctima sangrante, para escupirle, insultarle y golpearle. Finalmente le arrastraron hasta una pequeña plataforma desde la cual Guevremont hablaba en las reuniones del batallón. Guevremont dio instrucciones a sus hombres para que trajesen una silla y una soga a la plataforma. Ataron a Kampfè a la silla mientras Guevremont traía una lata de gasolina.

- Ahora tendrán dos Cara Calavera- rió Guevremont mientras vertía la gasolina sobre la cabeza de Kampfe.

Encendió un fósforo y lo sostuvo hasta que captó la atención de Kampfe. Tras un buen rato, se lo tiró a la cara, sus gritos de agonía pronto fueron sofocados por los vítores del batallón.

-No creo que éste vuelva a abrir una cámara de torturas de aquí a poco- se burló Guevremont mientras le entregaba la lata vacía a uno de sus hombres.

Continuaron vitoreando hasta que el cuerpo de Helmut Kampfe se convirtió en una masa carbonizada e irreconocible.

\*\*\*\*\*

Eric Von Hoffman llegó al chalet a las afueras de Saint Junien justo antes del anochecer. Sentía mucha curiosidad no sólo con respecto a la presencia de los Einsatzgruppen en la propiedad sino, sobre todo, sobre el propósito de la invitación de la que había sido objeto.

Un soldado le guió escaleras arriba, hacia una sala principal y llamó suavemente a la puerta. Sonó una orden de entrar y el soldado sostuvo la puerta para Eric entrase antes de cerrarla suavemente a su espalda.

-Sargento Von Hoffman- el hombre de constitución atlética permaneció entre las sombras, llevando un caro traje de seda negra-. ¿Puedo llamarle Eric?

-¿Por qué no? Todo el mundo lo hace.

-¿Bebe usted un trago conmigo?

-Claro.

-¿Fuma?

-A veces. Pero ahora no.

-Bien. Tome asiento.

Eric dió las gracias, aunque ni siquiera parpadeó al ver la cara desfigurada del capitán Ruess. Le había cortado la cara a más de un ruso de formas peores en su momento. Le dió las gracias al capitán cuando le trajo una copa de cognac.

-Parece que la cosa se pone fea. Los insurgentes nos han dado golpes tremendos.

-Creo que la justicia del Señor finalmente prevalecerá- sonrió con superioridad Eric.

-Algunas veces la justicia se retrasa, por motivos sólo conocidos por el Todopoderoso- Ruess dio un sorbo a su cognac-. La única razón por la que aún estoy ahí fuera mandando tropas es asegurar que esa justicia se aplica.

-Me gusta pensar que el motivo por el cual aún estoy vivo es continuar haciendo Su labor.

-Estoy seguro de que lo haces, Eric- Ruess se recostó en su silla-. He estado revisando tu expediente. Y he averiguado algunas cosas sobre ti. Vienes de una familia religiosa, como yo. Además también eres bávaro, como yo. Tenemos muchas cosas en común. A veces creo que si hubiese tenido un hijo, probablemente se parecería mucho a ti.

-Entonces- Eric se aguantó una risita- ¿puedo llamarle papá?

Se miraron el uno al otro durante un largo rato y después compartieron una carcajada.

- Muy bien, vayamos a lo que nos ocupa- Ruess secó suavemente su cara supurante con un pañuelo-. Uno de mis informantes le ha dicho al mayor Diekmann esta noche que el mayor Kampfe ha sido secuestrado por terroristas esta mañana temprano.

-¿Eso está confirmado?

- Diekmann está comprobándolo lo mejor que puede. Estoy seguro de que estás enterado de que el mayor Diekmann tiene influencia con el Reichsführer Himmler. Además del hecho de que Diekmann y Kampfe eran amigos. Creo que Diekmann tiene a gente husmeando por todas partes antes de actuar mañana temprano. Va a actuar con dureza y rápidamente, y quiere asegurarse de que pisa sobre seguro en el caso de que esto provoque más resistencia que Tulle. Ha convocado una reunión de personal para mañana por la mañana, y probablemente atacarán Oradour en algún momento después del mediodía.

-Suenas divertido- sonrió Eric.

-Esto es lo que pasa- Ruess entrelazó sus manos-. Existen dos Oradours: Oradour-sur-Glane and Oradour-sur-Vayres. Tengo motivos para sospechar que Carl Hansen ha estado colaborando con Gunter Schweinberg para rescatar a las mujeres y niños en las zonas insurgentes de todo el camino hasta Normandía. Creo que intentará minimizar el daño que Diekmann puede estar planeando causar. Ahora, Oradour-sur-Vayres es un reducto dentro de la red de la Resistencia. Si Diekmann ataca a este objetivo, podría ser muy embarazoso si nos quedamos enganchados allí por más tiempo del necesario. Por otra parte, Oradour-sur-Glane es un objetivo mucho más fácil. Podemos convertirlo

en un gran ejemplo para los insurgentes y para la población local, además,... de otras cosas.

-¿Cómo qué?

-Tengo información de que el pueblo es usado por los insurgentes como depósito de vehículos. En esta economía, la gasolina es oro líquido. También están fabricando uniformes para el ejército francés por si los aliados alguna vez consiguen atravesar el frente. Creo que los rebeldes están usando Glane como base logística de Vayres. Podría ser de gran ayuda para los esfuerzos de la guerra si nosotros... confiscamos sus recursos.

-Suena como a mucho trabajo, capitán. No estoy seguro de poder desvalijar toda una ciudad yo sólo.

-Te enviaré con cinco de mis hombres- Ruess entregó un sobre sellado a Eric-. Abrirás esto mañana por la mañana y leerás las instrucciones cuidadosamente. Tengo un informador que se encontrará con Hansen mañana por la mañana. Enviará a Hansen al Oradour incorrecto. Hansen llevará a sus sargentos pero tú no estarás allí. Una vez que él se marche, te presentarás al teniente Barth y le dirás que Hansen te ha asignado a su unidad. Cuando llegues allí, seguirás las instrucciones al pie de la letra.

-Tengo la sensación- Eric vació su vaso mientras Ruess se estiraba para volvérselo a llenar- de que ésta va a ser una misión realmente interesante.

-Lo será- sonrió Ruess con suficiencia- esta es una oportunidad para hacer de Dios.

-Este trabajo está empezando a gustarme de verdad.

Compartieron una risa más.

El coronel Stadler convocó una reunión de emergencia de su personal con las primeras luces de la mañana del 10 de junio de 1944. La Gestapo había informado de que los documentos de identidad del mayor Kampfe habían sido encontrados en un callejón en Limoges, en donde el mayor Diekmann admitió que había recibido información de un par de habitantes del pueblo de Sussac de que un oficial alemán estaba prisionero del *maquis* en Oradour.

-¡Vinieron a mi villa hace media hora o así con la información!-exclamó Diekmann-. Tenemos que actuar rápido en esto. Los muy cabrones capturaron al capitán Gerlach y a su chófer anoche y los dejaron en calzoncillos antes de llevarles a Oradour. Gerlach escapó, pero Dios sabe lo que habrá sido de su conductor.

-Esto es increíble- murmuró Stadler, pasándose los dedos por el pelo-. Como si no tuviéramos bastante de lo que ocuparnos en Normandía.

Caballeros, tenemos que machacar a esos cabrones antes de que perdamos el control de toda la región.

-Déjame intentar hacer un trato con los terroristas- le suplicó Diekmann- si ofrecemos un rescate o un intercambio de prisioneros podríamos salvarle.

-No se puede negociar con terroristas- insistió Carl-. No tienen reglas, ni Convención de Ginebra que acatar. Son criminales de guerra y debe tratarse con ellos de forma acorde. Si liberas criminales y les envías dinero, no habrá nada que les impida matar al mayor de todas formas.

-No podemos hacer eso, coronel, - espetó Diekmann.

- Muy bien Adolf- transigió Stadler- le daré a las SD (SS Inteligencia) un toque y me aseguraré de que tengas toda su colaboración. El resto de ustedes, den instrucciones a sus hombres de que hay que parar a estos terroristas a cualquier precio. ¡Hay demasiado en juego en Normandía para estar perdiendo hombres y material en este villorrio!

Carl regresó al trote a su motel, en el cual sus líderes de equipo estaban hospedados. Convocó a sus sargentos a una reunión en su habitación, y Beckmann, Garthaffner y Tollner llegaron en cuestión de minutos. A Hoffman no se le encontró por ninguna parte.

-Estúpido cabrón- bufó Carl mientras sus hombres se sentaban donde podían en la pequeña habitación-. ¿Alguien le ha visto?

-Anoche le visitó uno de los hombres de Ruess- le informó Beckmann- no estoy seguro de si regresó. ¿Crees que también le han raptado?

-Los terroristas no tienen a nadie que pudiese manejar a Eric- replicó Carl- ya sabía yo que Ruess tenía sus propios planes, el muy cabrón. Está usando sus contactos e influencia para conseguir que Eric haga un trabajo para él.

-¿Quieres que nos traigamos a alguien del pelotón de Barth?- preguntó Tollner.

-Los hombres de Barth saldrán con Diekmann- gruñó Carl.

-Diekmann cree que será capaz de hacer un trato con Helmut, cosa que no pasará. Hay un pequeño pueblo cerca de aquí que se llama Gueret que quizás esté en la lista de los que van a ser arrasados. Si podemos llegar allí y después a Oradour antes que Diekmann quizás podamos convencerles de que evacuen a las mujeres y a los niños.

-¿Eso no sería como avisar a los terroristas?- Garthaffner estaba preocupado.

-¿Estas de broma?- se mofó Carl-. Aquí somos como King Kong, levantamos el dedo de un pie y los árboles se estremecen. Además, Diekmann vendrá con todo lo que tiene, y si los terroristas no han dañado la carretera aún, seguramente lo harán.

Carl llegó al pequeño pueblo con Hans Beckmann, Peter Garthaffner y Michael Tollner poco después de las nueve de la mañana del 10 de junio de 1944. Entraron con sus motos en la plaza del pueblo y las aparcaron mientras los habitantes del pueblo comenzaban a reunirse con asombro.

-¿Habla usted francés? Le preguntó un hombre de avanzada edad que se acercaba-. Soy el alcalde. Bienvenidos a Gueret.

-Tenemos razones para creer que su pueblo puede estar en peligro- le dijo Carl en excelente francés -. Un oficial alemán ha sido asesinado y se cree que los asesinos se esconden en esta región de Limousin. Hay una política de rápidas represalias en vigor y estamos aquí para escoltar a las mujeres y a los niños a un lugar seguro.

-¿A... dónde irán?- la voz del alcalde se volvió ronca-. ¿Qué haremos?

-Haga lo que le decimos-ordenó Carl. Traiga todos y cada uno de los vehículos disponibles a la plaza, desde camiones a bicicletas, todos. Disponga que todas las mujeres y niños traigan una muda de ropa, comida y agua, asegúrese de que traen lo mínimo imprescindible, un saco o una cesta, nada más. Les haremos avanzar hacia el sur, donde el *maquis* les asegurará un paso seguro a través de la frontera de España.

-España- meditó el alcalde-. ¿Qué tendrán en España?

-Vivirán- insistió Carl.

-Y probablemente tú no- dijo una voz.

Los comandos miraron con aprensión como alrededor de dos docenas de hombres armados con rifles, salían de sus posiciones en los edificios que rodeaban la plaza. Carl maldijo al darse cuenta de la locura de no haber hecho caso del aviso de Gunter de que Gueret se consideraba un reducto de los Carl maldijo al darse cuenta de la locura de no haber hecho caso del aviso de Gunter de que Gueret se consideraba un reducto de los *maquis*.

-Estamos acabados Carl- dijo Peter tragando con dificultad y alzando su rifle mientras se apoyaban espalda contra espalda cubriendo cada posible dirección-. Nos llevarán igual que se llevaron a los otros.

-Ya sabéis con quién estamos- la voz de Carl resonó-. Sabéis quiénes somos. No podemos impedir que nuestro ejército venga aquí a vengarse, pero

podemos ayudarles a salvar a los inocentes. Fuimos capaces de salvar a los niños de Limoges justo de la misma forma que podemos salvar a los vuestros.

-He oído hablar de ti- el jefe avanzó, bajando el rifle aunque ninguno de sus hombres lo hizo- sé lo que has hecho. También sé lo que tus cabrones asesinos han hecho antes y después de ti. ¿Por qué haces esto?

-¿Qué están diciendo?- susurró Hans.

-No lo sé- replicó Michael con ansiedad -. No creo que les gustemos.

-No creemos en matar a mujeres y niños. Nuestra lucha es contra los Aliados, no con vosotros. Si queréis echaros sobre los hombros la carga de luchar contra nosotros, pues que así sea. Pero al menos no permitáis que a vuestras mujeres e hijos los cojan en medio.

- Eliminemos a esta basura- gruñó un hombre detrás suyo.

-Dufour- gritó otro hombre-. Estamos recibiendo una transmisión de campo en la radio. Los nazis avanzan hacia Oradour-sur-Glane.

-Oradour-sur-Glane- musitó Carl incrédulo. En seguida se dio cuenta de que Ruess estaba detrás de todo aquello. Quería asegurarse de que Carl no pudiese intervenir... y que Eric estuviese con Heinz y el capitán Kahn cuando Diekmann viniese a por su venganza.

*Eric.*

-Muy bien- cedió el líder de los *maquis*-.Reunid a las mujeres y a los niños subidlos a camiones y llevadlos hacia el sur. Permitiremos que estos tipos regresen sanos y salvos a la ciudad.

- Yo digo que colguemos a estos cabrones de nazis- gruñó un rebelde de fondo seguido por un coro de voces que estaban de acuerdo.

-Preparáos- Carl tensó sus músculos, listo para entrar en acción. Sus hombres se prepararon para apuntar y abrir fuego a una orden.

-Estos hombres han arriesgado sus vidas para venir aquí y avisarnos y proteger a nuestras mujeres e hijos- respondió el jefe-. ¿Somos cobardes y traicioneros que recompensarían un gesto así con una traición? Id en paz, y dile a tus jefes que les estaremos esperando.

-Con algo de suerte, encontraremos cosas mejores que hacer- dijo Carl mientras los comandos subían a las motos y emprendían el camino de Limoges.

En aquel momento no sospechaban que su carrera contra el reloj acababa de comenzar.

## CAPÍTULO SEIS

Jacques Tremblay y su banda salieron del tranvía en la estación de Oradour-sur-Glane, un centro turístico convenientemente situado junto al río Glane, a seis kilómetros de Limoges. Jacques disfrutaba la dulce brisa de verano que soplaba desde el campo, disfrutando del desvío de su peligroso viaje a través de Limousin con sus compañeros. Tenía programado llamar a Madame Dominique aquella noche, y decidió hacer la llamada desde allí, en vez de arriesgarse a ser detectado en Limoges, donde estaba destacado el regimiento Der Fuhrer.

Los gangsters paseaban por la calle desde la estación de tranvía al Hotel Avril, en el que había una muchedumbre de turistas que venían de tan lejos como Paris, Reims y Burdeos para disfrutar de las actividades recreativas que se organizaban en la ciudad en verano. Se las arreglaron para registrarse pero se cansaron del ajetreado vestíbulo y optaron por almorzar en el cercano Hotel Milord. Para su disgusto, estaba igual de abarrotado, y por fin consiguieron una mesa después de una breve espera.

-¿Qué hacen aquí todos esos niños?- Jacques señaló a grandes grupos de escolares jugueteando por las calles junto al hotel.

-El chequeo médico mensual, está programado para hoy- les informó el camarero-. Hemos tenido aquí familias evacuadas desde Niza, Avignon, Montpellier y Burdeos, además de algunas que venían desde Alsacia-Lorena. Creo que hay casi doscientos niños asistiendo a nuestras escuelas. También tenemos una gran concurrencia debido a las raciones de tabaco y al mercado de agricultores.

-¿Qué diablos es eso?

-Tenemos que irnos- dijo Jacques a los otros-. Cojamos el próximo tren que salga de aquí. Tengo el mal presentimiento de que puede que sea el último.

El sargento de escuadrón que mandaba las unidades de los puestos avanzados en Oradour-sur-Glane fue alertado por la presencia de una ambulancia calcinada junto a la carretera, justo en los límites del pueblo. Se desplegaron y se aproximaron a la camioneta, y se sorprendieron ante la visión

de dos médicos y cuatro soldados heridos, que se habían quemado vivos en la ambulancia. El conductor y su copiloto habían sido encadenados al volante. El sargento transmitió por radio al vehículo de mando e informó del macabro hallazgo.

-Esta es la gota que colma el vaso- gruñó Adolf Diekmann-. ¡Muy bien, chicos, moveos!

El primer batallón del mayor Diekmann rodeó el pueblo de Oradour-sur-Glane en número de 1400 esa tarde. Diekmann ordenó al capitán Khan desplegar dos semiorugas llevando cada una un escuadrón hacia el interior del pueblo con el objeto de reunir a los residentes en la plaza. Se les dieron instrucciones de tener preparados sus papeles de identidad a la llegada de las tropas. Khan, que mandaba la redada en ausencia de Ruess, dejó a Heinz Barth a cargo de la operación.

Temprano aquella mañana, Diekmann había liberado a un insurgente de prisión en Limoges para que hiciera una oferta al FTP. Propuso liberar a un número de sospechosos, que estaban prisioneros en Limoges, junto con un rescate de 40.000 francos a cambio de la liberación, sano y salvo del mayor Kampfe. Cuando el emisario llamó, dos horas más tarde sin una respuesta de los insurgentes, Diekmann ordenó al batallón entrar en Oradour.

-¿Por qué diablos está Von Hoffman aquí?-preguntó Barth enfadado, dándose cuenta de la presencia de Eric y de un escuadrón de Einsatzgruppen siguiendo a sus semiorugas con una pequeña camioneta-. Está bajo el mando de Hansen. No voy a hacer de niñera con él mientras buscamos a una banda de asesinos armados.

-Puede que estés agradecido de haberle tenido una vez que esto haya acabado- le replicó Khan mientras volvía a su puesto de mando al borde del pueblo. Eric aparcó la camioneta y avanzó por los callejones y caminos secundarios del pueblo dormido, acompañado de los doce fusileros de los Einsatzgruppen aportados por el capitán Ruess. Vigilaban entre las sombras mientras hombres, mujeres y niños lentamente se reunían en la plaza del pueblo. Heinz estaba en el medio de la plaza, supervisando a sus hombres mientras comprobaban los papeles de cada persona. Cuando la búsqueda estaba a punto de finalizar, Eric se aproximó a Heinz.

-¿Ves esto?- sonrió Eric malévolamente, entregando a Heinz un documento oficial que llevaba un sello de las SS junto con un emblema secreto- esto me lo ha dado el viejo Cara Calavera, Robert Ruess. Aquí dice que me voy a hacer cargo de la operación.

-¿Has perdido la puta cabeza?- explotó Heinz, incrédulo.

-¿Ves lo que hay justo ahí?- Eric señaló al extraño símbolo-. Esto es ODESSA. Has oído hablar de ellos, ¿no?

-Eric- Heinz se aclaró la garganta- te matarán si has falsificado esto. El mismo Fuhrer no podría salvarte.

-Para decirte la verdad- Eric contuvo una risa -. Creo que el viejo Cara Calavera es uno de ellos. Por supuesto, no puedo probar nada, pero ya sabes lo que dicen sobre esos hombres lobos.

-Esto es mentira, Eric. Los hombres lobo no existen.

-Lo sé, y tú lo sabes, pero ellos no. Así que, ¿por qué no reúnes a tus chicos para levantar algo pesado?

-¿Qué quieres decir?

-Este papel dice que todos los materiales de valor y objetos que merezca la pena transportar, deben ser cargados y llevados a un destino que será especificado inmediatamente,- Eric leyó la carta cuidadosamente-. De hecho, voy a darte la carta para que se la enseñes a Diekmann. Eso te llevará a donde necesitas ir y te sacará de mi camino de modo que pueda hacer lo que tengo que hacer.

-No me voy a implicar en nada de esta mierda- respondió Heinz.

-Diablos, ¿crees que Cara Calavera no te pondrá un consejo de guerra?- rió Eric-. Te diré lo que haremos. Hay una fila de graneros en los límites del pueblo, haces que tu batallón reúna a los habitantes del pueblo en el parque de atracciones, para que podamos hacer una comprobación de identidades. Una vez que ellos lleguen allí, le dices a tus chicos que lleven a los del pueblo a los graneros, que a partir de ahí nos encargamos nosotros. Sólo tienes que mantenerles a la espera y que hagan lo que se les dice.

-Vale- replicó Heinz-. Voy a poner los dos escuadrones bajo tu mando. Me voy a asegurar el perímetro. No sé que es lo que hay en esa mente enferma que tienes, pero recuerda que el OKW (OberKommando der Wehrmacht) no va a tolerar otro Tulle.

-Sólo estoy obedeciendo órdenes- Eric le entregó la carta- será mejor que tú hagas lo mismo.

-Que te den- gruñó Heinz mientras se iba airadamente, dejando a Eric Von Hoffman con el absoluto control sobre Oradour-sur-Glane.

Carl, Hans, Peter y Michael corrían con sus motos por la carretera. Alcanzaron oradour-sur-Vayres en media hora. Carl pensaba que Dieckmann se daría cuenta de que habían atacado el objetivo equivocado y que lo más

probable es que estuviese retrasado al menos una hora, con respecto a lo previsto. Eso le daría tiempo para retirar a los no combatientes, del campo de batalla.

Alrededor de cinco horas antes, algo después de que Carl y sus hombres hubiesen dejado Gueret, el jefe de sección Jacques Dufour se había encontrado con Violette Szabo en un esfuerzo por coordinar las operaciones de la FTP y el FFI con los *maquis* de la zona. Dufour había recibido órdenes de Gilles Guevremont de traer a Violette al cuartel general de la FTP en Pompadour, a aproximadamente quince kilómetros al sur de Sussac. Desde allí la traerían a su reunión con Guevremont.

Violette estaba cada vez más incómoda con las intenciones ocultas de Dufour. El viaje a Pompadour no formaba parte del plan original, ni tampoco lo era la reunión con Guevremont. Cuando Dufour redujo la marcha del vehículo para ofrecerse a llevar a un joven que había reconocido junto a la carretera. Los instintos femeninos de Violette salieron a relucir. Insistió en que parasen en Salon-la-Tour con el objetivo de llamar a la sección F para pedir más instrucciones. Mientras lo hacían, fueron a dar directamente con un escuadrón de granaderos del primer batallón del Regimiento Deutschland. Después de un tiroteo, Dufour consiguió escapar aunque Violette fue capturada.

-Bueno, este no es mi día de suerte- Jacques Dufour se encontró de frente a los motoristas mientras éstos entraban en la ciudad. Contaba con el apoyo de una docena de fusileros, el séquito cruzó la plaza del pueblo para encontrarse con los soldados-. Todo le viene a aquel que sabe esperar.

Observaron ansiosamente como los motoristas ponían los rifles sobre sus piernas. Detrás de ellos, Carl podía ver a los habitantes del pueblo, escondidos en los portales del fondo, temerosos de lo que iba a acontecer.

¡Conozco vuestra red y como las noticias corren como la pólvora por aquí!-gritó Carl-. Ya sabéis quienes somos, hemos intentado ayudar a la gente de Gueret y Limoges! ¡Queremos ayudaros! Vuestras mujeres y niños no tienen nada que hacer en el campo de batalla, os estamos pidiendo que los saquéis del peligro hacia un lugar seguro!

-Tiene usted razón, nuestras mujeres y niños no deberían involucrarse- Dufour se encaminó hacia donde estaba Carl, bajando el rifle en respuesta. Dufour, al contrario que Guevremont, tenía reputación de compasivo entre su gente. La captura de Violette también estaba empezando pesar fuerte sobre su consciencia-. ¿Qué propone?

-Sus hombres pueden ayudarles a cruzar la frontera con España- insistió Carl mientras los *maquis* y los comandos bajaban lentamente sus armas-. Independientemente de cómo resulte esto, habrá una batalla sangrienta en toda la zona y habrá represalias. Si ganamos, usted sabe lo que harán los hombres de las SS con deseos de venganza contra aquellos que mataron a sus camaradas. Si perdemos, estaremos luchando contra los Aliados cada paso de nuestra retirada, y ellos lanzarán todo lo que tienen para intentar detenernos. Además nosotros haremos todo lo que esté en nuestras manos para detenerles. Debéis evitarle ese sufrimiento a vuestras mujeres e hijos.

-¿Cómo puede ayudar- preguntó Dufour.

-Conocemos las zonas en las que se ha hecho un reconocimiento en nuestros mapas- reveló Carl-. No van a arriesgar nuestros vehículos en un terreno que no esté cartografiado. Podemos dirigir a las mujeres y niños hacia la frontera.

-Muy bien- suspiró Dufour- hagámoslo.

\*\*\*\*\*

Eric observaba mientras sus hombres dirigían a los de Barth en el pastoreo de los hombres del pueblo hacia los campos, en los límites del pueblo. Había seis graneros situados junto a los campos, y Eric hizo que sus hombres dividiesen a los del pueblo, ciento noventa en total, en seis grupos. Hizo entrar a seis jeeps y ordenó a los ocupantes que se uniesen a los escuadrones de Barth en la búsqueda de contrabando en el pueblo.

-Alinea a esos cabrones contra los graneros, con las manos apoyadas en la pared, las cabezas abajo, no les dejes ver lo que estáis haciendo- ordenó Eric al sargento Einsatzgruppen al mando, un alsaciano-. Después saca las ametralladoras de los jeeps, queremos una en cada granero.

-¿Para qué?- preguntó el alsaciano.

-Ahora, tienes a once hombres bajo tu mando, ¿y de verdad crees que podrías controlar a ciento noventa franchutes si se revuelven contra ti? Se burló de él Eric-. ¡Haz lo que te he dicho!

-Sargento Von Hoffman- Eric recibió una transmisión de uno de los sargentos de Barth-. Hemos encontrado un grupo de vehículos en los garajes y almacenes junto a la plaza del pueblo. Concuerda con lo que decía nuestra inteligencia sobre el uso de este lugar para el almacenaje de vehículos.

-Bien por usted- replicó Eric- Ahora, esto es lo que quiero. Coja a dos hombres por cada vehículo y envíe a los otros de vuelta. Llámeme de nuevo y dígame con cuántos hombres se ha quedado usted después de hacer eso. De ahora en adelante está usted al mando, infórmeme a mí directamente. Quiero que saque todos los vehículos a la calle.

El alsaciano regresó informando de que las ametralladoras estaban en los graneros. Eric le dio instrucciones de hacer entrar a los detenidos y ponerles con brazos y piernas en cruz bajo vigilancia. Entonces saltó dentro de un jeep cercano y condujo con el hombre, hacia el granero más lejano de la fila.

-Bueno, entremos y que empiece la fiesta- Eric saltó del jeep. El alsaciano siguió a Eric dentro del granero, y miró como le hacía señales al operador de la ametralladora de que se apartase del arma. Entonces se sentó en la tarima detrás del arma y abrió fuego, haciendo caer de rodillas a toda la hilera de hombres. Encabezó al séquito hasta el siguiente granero y repitió el proceso, continuando hasta que lisió a casi doscientos hombres.

-Bien- Eric convocó a sus hombres y mientras estaban frente al último granero, los quejidos de los heridos llenaban el aire-. Quiero que entréis ahí y piséis rótulas. Necesito que averigüéis dónde está el oro.

-¿Oro?- exclamaron.

-El viejo Cara Calavera cree que uno de nuestros convoys que fue atacado a las afueras de Limoges llevaba un cargamento de barras de oro que iban de camino fuera del país. Cree que aquí es donde los rebeldes guardan sus objetos de valor. A mí la verdad es que me importa un carajo, yo sólo quiero ver morir franchutes. Sin embargo, quiero que os toméis vuestro tiempo, que hagáis polvo tantas rótulas destrozadas como podáis, y averigüéis si hay algo de oro en esas colinas. Os doy alrededor de quince minutos.

Justo entonces los hombres que faltaban del pelotón de Barth venían trotando tras haber aparcado los vehículos fuera de la pista industrial, tal y como se les había ordenado.

Esos hombres que vienen, que lleven a todas las mujeres y niños a la iglesia, le dijo Eric al alsaciano-. Dad a vuestros hombres alrededor de quince minutos para averiguar algo antes de que les enviéis a los almacenes. Quiero todo lo de valor cargado en los vehículos. Primero asegúrate de que esos soldados meten a los civiles en la iglesia, y después que tus chicos les liberen para que carguen los camiones.

-Hecho- replicó el alsaciano mientras ordenaba a los soldados que se fuesen.

-Tenemos órdenes del teniente Barth...- comenzó a decir un cabo.

-El teniente Barth está ahí fuera en los límites de la ciudad bebiendo limonada- les espetó Eric-. Yo estoy al mando aquí. Y quiero que vosotros, hijos de puta, llevéis a las mujeres y niños reunidos en la feria, a la iglesia y los metáis dentro. Yo estaré allí en aproximadamente veinte minutos. Si la cagáis con esto haré que Dieckmann le meta un consejo de guerra a todo y cada uno de vosotros.

-Sí, señor- musitó el cabo. Ordenó a sus hombres que le siguiesen y corrió hacia la feria para continuar con la misión.

Carl y sus hombres fueron rodeados por los fusileros del FTP mientras se dirigían hacia el ayuntamiento, en el que las mujeres y los niños estaban reunidos. Muchas de las mujeres abuchearon y maldijeron a los soldados cuando pasaban cerca.

-No soís muy populares aquí- Dufour dijo jovialmente-. La mayor parte de ellos se preguntan por qué no os hemos quemado vivos aún.

Casi en ese mismo instante, una mujer salió corriendo de la muchedumbre con un revólver en la mano, apuntando con él a Carl a la cara. Mantuvo las manos alejadas de sus costados mientras sus hombres apuntaban a la mujer con los rifles. Los fusileros del FTP miraron a Dufour, esperando por una señal.

-¡Si esa bruja dispara, será la siguiente en morir!- juró Hans.

-¡Tú nazi cabrón!- la mujer lloraba de rabia-. ¡Mi hermana fue asesinada por escoria alemana en Cressac! ¡La arrestaron y ejecutaron por traerle comida a los judíos que se escondían en el campo! ¡Si ella merecía morir por eso, entonces con mayor razón hay que mataros a vosotros!

-Lo comprendo- Carl replicó en francés, cogiendo a la mujer por sorpresa, ya que no le había oído hablar con Dufour. Mandó a sus hombres que bajasen las armas, aunque ellos no lo hicieron- Sólo pido que le digan a mi mujer que he muerto ayudando a su pueblo.

-¿Una francesa?- preguntó la mujer, en su cara apareció el desconcierto-. ¿Quién es ella? ¡mentiroso!

-Angelique Dagineau de Montauban.

-¡Una Dagineau de Montauban!- exclamó con desdén-. ¡Nos tomas por tontos! ¡Sacaste la idea de una botella de vino!

-Mademoiselle- dijo Dufour tranquilamente- sabemos que François Dagineau estuvo en Limoges. Hizo una destacable contribución a la FFI antes de irse. También sabemos que ha estado buscando a su hija Angelique.

-¿Qué están diciendo?-preguntó Peter a sus compañeros.

-No hablo franchute- replicó Michael reflejando tensión en la voz-. Levoy a pegar un tiro a esa zorra. Uno de vosotros que se asegure de llevarse por delante a Dufour.

-¿Cómo sabemos que no la tenéis en una de vuestras cárceles, o cámaras de tortura?- exclamó la mujer.

-No podéis saberlo- dijo Carl con calma.

La mujer bajó la pistola y rompió a llorar. Uno de los hombres de Dafour le quitó delicadamente el arma, llevándose a la mujer a un escaparate cercano.

-Ustedes los nazis tienen un poderoso efecto en la gente- apuntó Dufour agriamente.

-Pues nos ha ido bastante bien en las elecciones generales- dijo Carl frívolamente.

\*\*\*\*\*

-Mayor- el teniente Barth informaba a Diekmann en su tienda en las granjas de Masset sobre medio kilómetro fuera de los límites de la ciudad, unos pocos kilómetros después del pueblo de Bordes-. Mis hombres están informando des el pueblo. Hoffman los está despidiendo en pequeños grupos. No estoy seguro de qué es lo que está haciendo allí, pero está con ese puñado de Einsatzgruppen que ha retenido el capitán Ruess.

-Dígale a uno de sus hombres que le ponga a la radio- el capitán Khan se acercó a dónde ellos estaban desde su silla plegable en el exterior del puesto de mando-. Todavía no tengo claro por qué Hansen le mandó.

-Hansen no le envió, de eso estoy seguro- replicó Barth.

-Mayor Diekmann- uno de los sargentos se aproximó a la tienda.

-Esta nota ha sido enviada por el sargento Hoffman.

Diekmann abrió la nota escrita en un trozo de papel de envolver arrancado.

Decía:

### PANADERÍA

-¿Qué coño...?- preguntó Diekmann.

-Se le encontró a un terrorista capturado- informó el sargento.

-El sargento pensó que era necesario que se le trajera a usted.

-Tráigame una moto y un sidecar- ordenó Diekmann- ¡quiero que me lleve directamente a esta panadería!

-Sí señor-dijo apresuradamente el sargento.

Cuando Diekmann y su conductor llegaron a la panadería de Compain, y encontraron la puerta entreabierta. Mientras entraban, el olor dulzón y empalagoso de la carne chamuscada, les hizo sentirse ligeramente mareados. Diekmann hizo señas a su conductor y el hombre abrió la puerta. Ambos se quedaron boquiabiertos ante la visión del cadáver de un hombre dentro. Mientras Diekmann buscaba por el almacén, reparó en un objeto en el mostrador que le hizo sentir un escalofrío.

-Es la Cruz de Caballero de Helmut- estaba horrorizado- ¡malditos cabrones!

No tenían manera de saber que, de acuerdo con las órdenes de Eric, Compain había sido asesinado por uno de los Einsatzgruppen y su cuerpo arrojado al horno. Ruess le había dado a Eric una Cruz de Caballero para que la dejase cerca del cadáver por si surgía una oportunidad como esta.

-Señor-rogó su conductor- puede que esté en peligro aquí. Nuestros hombres tienen controlado el pueblo. ¡Déjeme llevarle de nuevo al perímetro!

El conductor escoltó a Dieckmann de regreso a la moto y le llevó rápidamente calle arriba y de vuelta a la carretera en dirección a la granja. Diekmann saltó del sidecar y estaba fuera de si de la rabia mientras le contaba a Kahn y a Barth lo que había encontrado.

-Habrá sangre- gruñó Heinz. El alcalde de Oradour, el doctor Paul Desourteaux, que había sido traído al puesto de mando para departir con los jefes de batallón, sintió un repentino ataque de pánico pero no dijo nada. Su familia estaba entre los fundadores del pueblo y, de hecho, había una calle que llevaba el nombre de sus antepasados, la Rue Emile-Desourteaux. Se había ofrecido a sí mismo y a su familia como rehenes, pero la oferta había sido rechazada por Diekmann.

De regreso al pueblo, Eric y sus soldados llegaban para relevar a las tropas de Barth, que había terminado de reunir a las mujeres y niños en la feria y estaban marchando de camino a la iglesia.

-Monsieur- una mujer se dirigió a él en mal alemán-. Yo vivía en Mosella, fui evacuada de la propiedad de nuestra familia hace algunos años. Vivimos con unos parientes en Limoges, tomamos el tranvía aquí para pasar el fin de semana y mi marido fue a comprar tabaco con su cartilla de racionamiento. Tiene una enfermedad cardíaca, ¿puedo ir a ver si está bien?

-Estoy seguro de que está perfectamente- le aseguró Eric-. De hecho, voy a enviar a mis hombres para que se aseguren de que todos tienen todo lo que

necesitan, mientras terminamos la comprobación de identidad. Me tomaré unas galletas y una limonada tan pronto como todo el mundo esté en la iglesia.

-Dios le bendiga- dijo la mujer agradecida mientras se reincorporaba al final de la cola. El calor del verano era achicharrante, con un sol que caía implacable sobre el pueblo.

-De acuerdo- Eric llamó al alsaciano-. Haz que tus hombres bajen de nuevo y asegúrate de que esos memos han acabado de llenar esos camiones. En seguida, desde que acaben, sácales de aquí. Después, quiero que vuelvas a los graneros y pon algo de leña en las puertas para que los franchutes no puedan salir.

-¿Y qué pasa con esta gente?- preguntó el alsaciano.

-Tú me vas a ayudar a resolver eso- Eric le guiñó un ojo.

Carl y sus hombres observaban como el último de los vehículos era cargado con pasajeros y dirigido hacia la fila del convoy, que se dirigía hacia el sur. Los comandos se subieron en sus motos y se pusieron a la cabeza, esperando no ser avistados por un avión de reconocimiento aleatorio o una patrulla.

Al fin alcanzaron un oscuro y polvoriento camino que llevaba a una pronunciada cuesta abajo que terminaba en un valle de una región llena de colinas, al sur de Oradour.

-¡Cómo sabemos que esto no es una trampa! Preguntó un guerrillero mientras Dufour hacía salirse del camino al vehículo de cabeza para inspeccionar los alrededores, antes de avanzar-. Si llevamos esos camiones ahí abajo, no habría oportunidad de escapar si los nazis aparecen. Eso si no están ya ahí abajo esperándonos.

-¡No seáis tontos!- gruñó Carl-. ¿Qué nos habría impedido lanzar fuego de aviación o de tanques contra el pueblo? No tenemos nada que ganar con un asesinato en masa. Mi división se está vengando por actos de terrorismo en esta zona, y nos estamos arriesgando a un consejo de guerra al venir aquí a ayudar a vuestras mujeres y niños a escapar. Os digo que nuestros cartógrafos no han cartografiado esta zona. Si tenéis una idea mejor, allá vosotros. Recordad que se os avisó.

-No sé por qué haces esto- dijo Dufour regañadientes- pero creo que nos estás diciendo la verdad. Movámonos.

Carl y sus hombres observaron cómo desaparecía el convoy en el valle cubierto de árboles, giraron sus motos y regresaron a Limoges.

Antes de que los soldados de Barth hubiesen vuelto al perímetro, informaron de una gran cantidad de latas de gasolina, almacenadas en uno de los garajes. Eric habló por radio con Diekmann y acordaron que, sin duda, aquello era para el uso de los terroristas de la región. Eric ordenó a sus hombres sacar las latas de gasolina del garaje y distribuir las cerca de los graneros y las tiendas de la calle mayor.

-Muy bien, ¡Diekmann querrá que le peguemos fuego a este lugar!-ordenó Eric-. ¡Vaciad las latas en la entrada y encendedlas!

-Muy bien- el alsaciano regresó hacia donde sus hombres esperaban órdenes. Iba a recordarle a Eric que los hombres de los graneros todavía estaban vivos, pero después de los asesinatos en masa que los Einsatzgruppen habían cometido por toda la Europa del Este y Rusia, esto no era una novedad. De algún modo le cogió por sorpresa que aquello estuviese sucediendo en Francia, pero las órdenes eran las órdenes.

En minutos, los graneros en el borde del pueblo estaban en llamas, los gritos de los hombres dentro, fueron silenciados por el rugido de las llamas y los crujidos de las maderas. Entonces los soldados regresaron corriendo al pueblo y empezaron a incendiar los edificios.

Lo que no sabían es que algunas de las víctimas del fusilamiento habían conseguido escapar de los edificios en llamas, a pesar de sus heridas de bala. Al menos uno de ellos, se había hecho el muerto, y se las había arreglado para huir del incendio.

El hombre, un judío alsaciano, estaba en el pueblo por una reunión con el jefe del *maquis* local cuando el batallón comenzó a agrupar a los hombres en el terreno de la feria. Estaba seguro de que iba a ser descubierto durante la comprobación de identidad, pero los soldados casi ni habían mirado sus papeles antes de enviarle a los graneros. Llegados a aquel punto, estaba convencido de que iba a ser asesinado, tal y como lo habían sido tantos de sus correligionarios judíos, transportados a los campos de concentración de la Europa del Este.

Sabía que su única esperanza era fingir que le habían pegado un tiro en el granero, y se retorció de dolor en el suelo hasta que los soldados le pegaron fuego al granero. Esperó hasta que se retiraron, y después, corrió dejando atrás a los heridos, reptando hacia las pilas de madera en llamas, en la entrada. Dio la vuelta rápidamente y al acercarse a la parte trasera del granero, vio que los otros graneros estaban también en llamas. Corrió como el

rayo, furtivamente, en dirección al pueblo, y entonces observó que había incendiado las casas y las tiendas.

Su cuerpo y su mente corrían mientras maldecía a través de los patios traseros de las casas en llamas, preguntándose a sí mismo como sobreviviría a aquella prueba. Mientras corría, recordó que el *maquis* había almacenado una gran cantidad de armas y munición en el campanario de la iglesia local. Decidió que iba a intentar colarse en la iglesia y llevarse algunas armas, mientras continuaba con su escape.

Al llegar a la iglesia, vio a Eric y a sus hombres de pie, justo en frente, y supuso que los hombres de las SS, probablemente iban a saquear la iglesia. De repente, se dio cuenta de que había una manera de volver las tornas contra aquellos merodeadores.

Agarró un trozo de madera encendido de un edificio cercano y corrió hacia la parte trasera de la iglesia. Vio que había una ventana trasera en una estancia más elevada, y lanzó la antorcha a través de ella con todas sus fuerzas. Se puso eufórico al ver como el trozo de madera rompía el cristal de la ventana y caía dentro. Tras haber hecho esto, corrió desesperadamente hacia la línea de árboles que llevaban hasta la campiña. Redujo la velocidad cuando vio el cordón de camiones blindados y los soldados alrededor del pueblo, y se arrastró dentro de los arbustos en los que pensaba esperar hasta que se hiciese de noche.

Fuera, justo frente a la iglesia, Eric y sus hombres estaban maquinando su próximo movimiento cuando, de repente, una explosión ensordecedora sacudió la zona, mientras el campanario se llenaba de humo y llamas.

- ¡Pero qué coño...! - se asombró Eric. En cuestión de momentos pudo oír los alaridos de las mujeres y los niños dentro, mientras golpeaban las puertas. Eric había dado instrucciones a sus hombres de bloquear la puerta de la iglesia para que nadie pudiese escapar. Sus hombres se miraron entre sí, pero no dijeron nada.

-Bien, parece como si el Señor se hubiese tomado su venganza sin que ninguno de vosotros haya tenido que ensuciarse las manos- dijo sofocando la risa-. Vamos saquemos esos camiones a la carretera y salgamos de aquí. Seguidme, os llevaré a través del cordón.

-La iglesia está abarrotada de gente- señaló el alsaciano- si los que están detrás empujan con la suficiente fuerza, harán que los de adelante atraviesen la puerta, ya lo hemos visto antes.

-Bien, movámosles hacia detrás entonces- le dijo Eric.

Los soldados abrieron fuego contra las puertas, y después hubo más gritos, pero los golpes en la puerta habían cesado.

Eric y sus soldados regresaron corriendo a los vehículos enormemente cargados, poniéndose al volante de cada uno de los trece. Siguieron a Eric, que atravesó el cordón sin ningún problema. Tomaron un camino polvoriento hacia el campo en vez de tomar la carretera hacia Limoges. Finalmente, llegaron a un claro aislado donde un camión y un coche estaban aparcados. Eric ordenó a los hombres salir de los vehículos y a seguirle a corta distancia en el camión mientras el conducía en el coche de regreso al pueblo.

Fue corriendo hacia el Citroen y saltó dentro, encendió el motor y condujo camino adelante. Miró por el retrovisor como el alsaciano, que estaba al volante, arrancaba el camión y saltaba por los aires.

*Los muertos no cuentan cuentos, pensó Eric.*

Condujo por el camino silbando una obra de Mozart...

...cerrando el capítulo en el día más oscuro de la historia de la División Reino.

## CAPÍTULO SIETE

El día siguiente domingo, 11 de junio de 1944, salieron a la luz las noticias de lo que siempre sería conocido como la Masacre de Oradour. Seiscientos cuarenta y dos hombres, mujeres y niños fueron asesinados en cuestión de horas. La Iglesia Católica de Oradour, con una capacidad oficial de trescientas cincuenta, había sido atestada con doscientas cuarenta y cinco mujeres y doscientos siete niños.

Una mujer, una abuela de 47 años de edad, Marguerite Rouffanche, fue alcanzada cinco veces por los tiros disparados a través de la puerta, aunque consiguió arrastrarse detrás del altar, donde encontró una escalera que se usaba para encender las velas. Trepó a una ventana, a tres metros del suelo y se precipitó hacia un lugar seguro, en el jardín detrás del presbiterio, donde permaneció escondida hasta el día siguiente. Fue llevada a Limoges por el *maquis* y dio cuenta de la destrucción de la iglesia y del asesinato de inocentes.

El FFI estaba experimentando un resurgir en la zona, debido a los esfuerzos de la sección F, particularmente al liderazgo que proporcionaba Violette Szabo y la financiación de Blackburn y Geronimo. Ellos no sabían que existiese un arsenal escondido en el campanario de la iglesia, circunstancia que apoyaba un informe del coronel Rousselier, comandante de la duodécima región de las FFI en Limoges. Insistía en que no había operaciones militares programadas en los alrededores de Oradour, y que, ni había campamentos, ni alijos de armas en ninguna parte cerca del pueblo. Esto arrojaba una sombra de duda sobre las FTP, que continuaban negando cualquier responsabilidad sobre los incidentes que condujeron a la tragedia.

La ira del pueblo francés era casi tanta como la de la OKW. El mariscal de campo Erwin Rommel, una de las figuras más caballerosas de la historia militar alemana, se llenó de justa indignación y contactó con el general Lammerding directamente, antes de exigir una investigación por parte de la Cancillería del Reich. Lammerding, a su vez, llamó al coronel Stadler para echarle un rapapolvo y ordenó una investigación completa acerca del incidente. Stadler, dándose cuenta de que su propia carrera estaba en peligro, se aseguró de que el

mayor Diekmann y aquellos que fuesen responsables sufriesen todas las consecuencias de sus acciones.

La cortina de humo desplegada por ODESSA actuaría para ocultar gran parte de la controversia y volverla misterio para las generaciones venideras. La historia del oro perdido de las SS nunca pudo ser probada ni desmentida. El saqueo del pueblo también pareció no haber sucedido nunca. El *maquis* negó el informe de las SS de que la explosión de la iglesia fue causada por un arsenal de armas escondidas en el campanario, aunque los investigadores averiguaron que el calor de la deflagración fue tan grande que llegó a fundir parcialmente la campana de la iglesia. Más tarde el *maquis* afirmaría que los nazis habían colocado explosivos que hicieron detonar, lanzando una bomba de humo al interior de la iglesia. Esta versión fue desechada por los investigadores como muy poco plausible. La gente del pueblo de Oradour recordaría para siempre la masacre. Las ruinas de los edificios permanecieron como monumentos al caos y a la locura que reinó en aquel día trágico.

El efecto de aquel exceso de capacidad destructora fue impactante en la red insurgente y les sumió en la inactividad después del suceso. Los líderes de la Resistencia, tanto de las FFI como de las FTP ordenaron a sus miembros a observar un alto el fuego temporal para permitir que la división Reich pasase hacia Normandía donde seguramente sería aniquilada por la Fuerza Expedicionaria Aliada. La gente del sur de Francia había ya sufrido grandes pérdidas y no podía permitirse soportar ninguna más.

El comportamiento de la policía no hizo sino añadir sal a unas heridas ya abiertas y sirvió para empeorar el sufrimiento de los habitantes de la región. Klaus Barbie, en Lyon, ordenó a la Gestapo ya la GMR llevar a cabo una caza humana masiva a los líderes insurgentes de la zona, y todos los terroristas, sospechosos o conocidos del sur de Francia fueron llevados directamente a Lyon para ser interrogados. Aunque la población autóctona sufrió enormemente la acción policial, había un porcentaje significativo de los ciudadanos franceses que sentía que se estaba haciendo justicia.

Aunque no tenía la misma connotación mágico-misteriosa que tenía el concepto de Reich para el pueblo alemán, la Tercera República tenía una cierta grandeza para muchos franceses, con un legado que iba tan atrás en el tiempo como hasta la caída del imperio francés de Napoleón III, de 1870. La República había salido de las cenizas, y por suerte o por desgracia, había sobrevivido hasta la invasión nazi y el establecimiento del gobierno provisional de Vichy.

Muchos franceses culpaban de la caída de Francia a la corrupción y a la bajeza moral de la República, de modo que los conservadores vieron la relativa indulgencia del Reich hacia los territorios ocupados del norte, como un presagio de los buenos tiempos que estaban por llegar. Los republicanos

recibieron con satisfacción las oportunidades que Vichy ofrecía a aquellos que quisieran trabajar en pro de un mejor diálogo entre Francia y el Reich. Los reaccionarios vieron el clima político cambiante como una oportunidad de machacar a las fuerzas del comunismo que amenazaban a la sociedad francesa, a su cultura, su raza, religión y nación. Se unieron a las GMR y a las Waffen SS en tropel.

Para los conservadores, las noticias de la captura de los insurgentes se recibían con una mezcla de emociones. Aunque el arresto y asesinato de Jean Moulin se consideró una tragedia nacional por muchos, las bajas entre los judíos alsacianos refugiados de las FTP no eran una preocupación de las principales. Sin embargo, cuando los nombres en las noticias incluían a los operativos de las FFI, los republicanos no podían evitar pensar que el día de la liberación se había dilatado demasiado.

Y algo así ocurrió cuando se dieron a conocer al público los nombres de los capturados en la acción contraterrorista de Oradour. La prensa de Vichy anunció la captura de Violette Szabo en Oradour y su próxima extradición a Lyon. Sin embargo, esta noticia fue eclipsada por un reportaje en exclusiva sobre el arresto de Madame Natasha en la región de Limousín, cerca de Oradour y también iba a ser extraditada a Lyon para enfrentarse al cargo de sedición. Causó un shock aún mayor en toda la red de la Resistencia, y tanto la sección F como sus homólogos de las OSS estuvieron de acuerdo en suspender las operaciones hasta que los nazis comenzasen a retroceder desde Normandía.

Carl y los hombres volvieron a su motel en Limoges en la noche del 10 de junio en un estado de agotamiento. El viaje desde Oradour había sido largo y arduo, y se vieron forzados a hacer numerosas paradas con el objeto de evitar el convoy de Diekmann en el camino de regreso a la carretera a Limoges. Habían llevado las motos a través de numerosos campos, barrancos y barrizales, y estaban calados hasta los huesos al final de su largo viaje.

Gunter vino a encontrarse con Carl mientras el resto de los hombres se dirigían a sus habitaciones. Carl le contó sobre el éxito de su misión, y Gunter sugirió que fuesen a la comisaría para ponerse al día de las últimas novedades. Las SS y la Gestapo habían lanzado una caza humana masiva por toda la región, y Carl se mostró preocupado acerca de que los ciudadanos de otros pueblos estuvieran en peligro por culpa de esas redadas.

-Tiene usted una invitada interesante- un sargento de los Einsatzgruppen saludó a Gunter a su llegada- llegó un poco después de que usted se fuera. No

es muy habladora, así que pensamos que se la dejaríamos a usted.

Carl y Gunter fueron conducidos hacia la zona del sótano de la comisaría por un largo pasillo, hacia una sala de interrogatorios que había al final del mismo. Dos SS les hicieron el saludo nazi y abrieron la puerta de la celda para permitirles entrar.

La habitación de un blanco impoluto, estaba totalmente vacía, salvo por una mesa, dos sillas, un catre contra la pared más alejada y una bombilla desnuda que colgaba del techo. La prisionera, una jovencita menuda, se encogió en el catre en el que estaba acostada mientras ellos se aproximaban. Estaba vestida con una blusa desgarrada y una falda de tela vaquera, tenía el pelo apelmazado y la cara hinchada. Estaba descalza y tenía varios moratones en las piernas.

-Por favor- murmuró-. No sigan- en seguida, tanto Carl como Gunter se dieron cuenta de que había sido violada y apaleada.

-No hemos venido a hacerte daño- Carl se sentó junto a su catre y al mismo tiempo ella se hizo un ovillo en un rincón-. ¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí?

-Ya se los he dicho- consiguió decir-. Me llamo Violette Szabo. Soy la viuda de un soldado francés, estoy aquí visitando a mi familia política.

-Szabo- repitió Gunter suavemente.

-Le han arrestado bajo sospecha de sedición- dijo Carl rápidamente- la extraditarán a Lyon y la entregarán a Klaus Barbie. Ya ha matado a Jean Moulin y la matará a usted. Si usted me ayuda yo la ayudaré a usted.

-No sé nada. Ya se los he dicho- insistió. Pudo apreciar la férrea resolución en los ojos de ella y se dio cuenta de la fuerza interior de la mujer a pesar de su frágil apariencia.

-Vale- suspiró Carl -. Estoy buscando a una mujer, Angelique Dagineau, del chateau Dagineau en Montauban. Su padre, Francois, vino a verme, lleva desaparecida cerca de un mes. Sé que ha ayudado a las FFI aquí en Limousin. No trabajo para las fuerzas de seguridad, sólo quiero saber si Angie está bien.

-Ya les he dicho que no sé nada- dijo tranquilamente- pero si supiera algo, sabría que Angelique está bien.

- ¿Gunter? - Carl le miró.

- Si usted me ayudase, yo podría sacarla de aquí- Gunter le imploró-. Soy teniente de las SD de Berlín. Podría conseguir que la pusiesen en custodia protegida. Le aseguro que ya tenemos los nombres de todo el mundo en su

organización, no hay nada que usted pueda decirnos que no sepamos ya. Tras la guerra usted sería liberada.

-Ya se los he dicho- miró al suelo- no sé nada.

Habían sacado a rastras a Madame Natasha de su celda húmeda, manchada de orina y la habían subido tres tramos de escalera hacia un pasillo oscuro en la segunda planta. Era su segundo día en las entrañas de la comisaría de Lyon hasta donde había sido llevada desde Oradour.

Su primera noche fue una experiencia traumática en la que había sido acosada por vociferantes agentes de la Gestapo durante veinticuatro horas, sin comida y con muy poca agua. Tras haber dormido sólo cuatro horas, una silla se estrelló contra la puerta de hierro de la celda, la abrieron de par en par y la sacaron a rastras.

Por fin la llevaron hasta una puerta en la que los guardias la soltaron y permanecieron en posición de firmes. Ella recuperó la compostura e intentó colocarse el pelo mientras esperaban unos minutos que se hicieron largos. Finalmente se oyó una orden y se abrió la puerta para permitirle entrar.

-Madame Natasha, creo. Siéntese por favor.

Natasha tragó con dificultad, luchando por ocultar sus visibles temblores. El hombre detrás del escritorio de roble era de constitución media, aunque irradiaba un aura de absoluta autoridad. Sus ojos oscuros la recorrieron de arriba abajo, evaluando a su prisionera con la experiencia de un hombre entrenado en la investigación criminal y el análisis, alguien que conocía las calles, alguien que había torturado los cuerpos y las almas de los hombres y sabía hacer que se rompiesen.

Aquel hombre era Klaus Barbie.

-Ha hecho usted un largo viaje, y sé que ha sido duro para usted- Barbie la miró a los ojos-. Quiero ayudarle, y sé que usted puede ser de gran ayuda para nosotros. Debe comprender, y quiero que comprenda completamente para que pueda tomar la decisión correcta. Ni usted ni yo somos soldados. No hay una guerra entre Alemania y Francia, somos naciones unidas bajo el Reich alemán. Lo que sus cómplices están haciendo es conspirar para cometer traición contra su propio gobierno. Tengo la autoridad para liberarla. Todo lo que necesito es los nombres de sus patrocinadores y el paradero de las emisoras de su red.

-Yo... yo sólo soy una locutora de radio- miró a la alfombra-. Me piden que lea guiones y ponga música. Todo está estrechamente vigilado, todos son conscientes de los riesgos que entraña la actividad.

-Creo que este es uno de sus patrocinadores- Barbie puso una foto de Gilles Guevremont sobre el escritorio delante de ella.

Ella tragó con dificultad pero no dijo nada, las lágrimas asomaban a sus ojos.

-Este hombre es un miembro de alto nivel de las FTP, un grupo terrorista comunista. Sabemos que tiene una relación personal con usted. ¿Es eso verdad?

-Nosotros...nosotros nos hemos visto en unas cuantas ocasiones. Pero no sé nada sobre su vida personal.

-Cualquier cosa que nos dijera sería de una gran utilidad. ¿Qué tipo de medio de transporte utiliza? ¿A qué lugares la lleva? ¿De qué habla? ¿Cuál es su ruta habitual cuando viene a encontrarse con usted? ¿Qué aspecto tiene su conductor? Queremos que haga memoria y que nos cuente todo lo que recuerde.

-El...él siempre llega a la puerta- consiguió decir-. Su conductor nunca habla, nunca le he visto la cara. Lleva una gorra, como un chófer, que le tapa los ojos.

-Hemos apresado a bastantes integrantes de su red- dijo Barbie recostándose en su silla-. Muchos de ellos, al igual que usted, se enfrentaban a cargos criminales muy serios, y ellos han hecho tratos para evitar ser procesados. Más de uno señaló que usted se había acostado con Guevremont. Es usted una mujer muy atractiva, y no me puede decir que ha tenido relaciones íntimas con un hombre del que no sabe nada. Estoy sometido a una gran presión debido a la amenaza de seguridad que representan estos gangsters. No tengo la posibilidad de darle tiempo para que tome una decisión.

Le hizo una señal con la cabeza a uno de sus compinches que estaba en la pared más alejada. Había un hombre alto y fornido y otro de corta estatura y delgado, ambos vestidos de negro, que estaban de pie junto a un plato cliente sobre el que había unas cuantas agujas metálicas muy largas. El tufo del metal ardiente llenaba el aire.

- ¿Está usted familiarizada con la acupuntura?- preguntó Barbie despreocupadamente- es un tipo de terapia asiática en la que se usan agujas en varios puntos de presión para aliviar el dolor. Por supuesto, en manos de unos practicantes sin preparación como estos señores, el resultado puede ser el opuesto.

-¡No le puedo contar algo que no sé!- gimió mientras los hombres se le acercaban por detrás.

-Sí que lo hará querida- musitó Barbie mientras se levantaba y salía de la oficina-. Lo hará.

-Carl- Gunter se quitó las gafas, limpiándolas para evitar la mirada de Carl-. Tengo fotos.

-Muy bien- dijo Carl con algo de tensión en la voz-. Déjame ver.

Gunter había llamado a Lyon varias veces a petición de Carl una vez que se extendió el rumor de que madame Natasha había sido capturada. Carl estaba estremecido por el horror ante la idea de que no había sido capaz de encontrar a Angie, porque puede que ella misma fuese la misteriosa Natasha. Gunter sacó las fotos de un gran sobre de papel manila y las esparció por el borde de la mesa cerca del cual Carl estaba de pie. Carl hizo un gesto de dolor mientras estudiaba las fotos de gran calidad. La cara de la mujer estaba muy golpeada, y su pelo sucio con sudor y sangre. La soga que se había usado para ahorcarla había entrado su carne tanto que había estado a punto de decapitarla. De su pecho colgaban dos amasijos de tejido graso lleno de heridas y quemaduras. Sus brazos y hombros tenían heridas profundas y quemaduras, y trozos de carne faltaban de su torso.

-No es ella-gruñó Carl.

-Gracias a Dios- Gunter retiró rápidamente las fotos del escritorio.

-¿Qué es lo que estamos haciendo aquí, Gunter?- Carl se acercó airadamente a la ventana, mirando hacia la noche-. Ellos matan a Helmut y nosotros asesinamos a seiscientas personas. Hace saltar por los aires las vías del ferrocarril, y torturamos y matamos a mujeres combatientes. Se supone que estamos trayendo la civilización alemana al mundo, luchando contra el comunismo, restaurando la ley y el orden en sociedades degeneradas. Hemos perdido el rumbo, Gunter. ¿Tenemos que rebajarnos, nuestros principios, para derrotarles? ¿Dónde nos deja esto al final?

-Ojalá tuviera las respuestas, Carl.

-Mantenme informado- se dio la vuelta para marcharse- alguien en alguna parte tiene que saber dónde está.

-La encontraremos, Carl. Y tú serás el primero en saberlo- le aseguró Gunter.

-Carl- el coronel Stadler le invitó a tomar asiento en su despacho improvisado en la segunda planta de la casa de campo que la GMR les había proporcionado-.Creo que deberíamos hablar.

- ¿Sobre qué?

-No es necesario decir que eres uno de mis mejores hombres- Stadler se echó hacia delante sobre su escritorio- Tú cumples con creces las expectativas en casi cualquiera de las cosas que haces ahí afuera. Has tenido una visión clara de nuestra misión y propósito como división de las SS, y has perseguido consistentemente la ejecución de nuestros objetivos. Mi pregunta es esta: ¿por qué actúas como si hubieses sido reasignado a la Gestapo?

-No le sigo.

-Has pasado más tiempo con el teniente Schweinberg durante las últimas cuarenta y ocho horas que con tu propia unidad- replicó Stadler-. Cuando no estás con Schweinberg, estás con Heinz Barth, o con tus sargentos, conduciendo por toda la región adentrándote en territorio enemigo sin ninguna autorización ni nada que se le parezca. Lo que me saca de quicio es que he oído que has estado evacuando a civiles del teatro de operaciones.

- ¿Estabas de acuerdo con lo que pasó en Oradour?

- ¡Esa no es la cuestión!- le espetó Stadler-. Tu responsabilidad con tus hombres, tu pelotón, este regimiento, y conmigo es lo primero y más importante! Has estado correteando por ahí como si fueses un cruzado por los derechos humanos, evacuando a mujeres y niños de zonas que eran áreas objetivo de lucha contra la insurgencia. ¿Cómo sabes que no has ayudado a algún terrorista a escapar? ¿Te das cuenta de cuantas mujeres hemos arrestado cometiendo actos de terrorismo contra el Reich? Hemos capturado a Violette Szabo, Madame Natasha y docenas más en esta redada. Dios sabe cuántas más habrás puesto a salvo.

-Las terroristas no acaban en jaulas con sus hijos detrás de sus faldas- replicó Carl.

- ¡Tu deber es como soldado, no como activista de los derechos humanos!

-Eso es cierto coronel, soy un soldado. Nunca me alisté como asesino.

-Hay una diferencia entre defender a tu país y asesinar, Carl, no digas tonterías.

-Entonces tenemos que hacer todo lo que podamos por dibujar y defender esa línea divisoria- insistió Carl-. ¿Cuántas bajas enemigas tienes registradas a mi nombre?

-Doscientas cincuenta.

-Sí eso es lo que tengo. Si no distinguimos entre el asesinato y matar al enemigo, entonces, cuando esto acabe, volveré a la mujer que amo con las manos manchadas por la sangre de doscientas cincuenta personas.

-¡Esto es a lo que los terroristas están jugando ahora! – argumentó Sadler-. ¡Todo lo que hacen es una clara violación del artículo I de la convención de la Haya! No tienen cadena de mando como en una organización militar, no llevan uniformes distintivos, no llevan armas a la vista, no cumplen con las reglas de la guerra. ¿No crees que tus superiores, mis superiores, han pensado ya en esto? Nos obligan a luchar a su nivel para defendernos a nosotros mismos. ¿Sabías que la actividad terrorista ha caído a cero, después de Oradour?

-Así que lo estás justificando.

-¡No, no lo estoy justificando! ¡Soy tu oficial superior, cuidado con lo que dices!- Stadler se alteró más-. Mira a esto se reduce todo. Estas son las SS, hiciste un juramento de lealtad al Führer. Tus oficiales superiores representan su autoridad. Es la cadena de mando, es el lazo que une. Nunca cuestionas las órdenes, si tu superior dio una orden errónea entonces el asume toda la responsabilidad.

-Entonces, ¿quién dio la orden en Oradour?

-Envié a Adolf Diekmann allí con órdenes de resolver el asunto del terrorismo- el tono de Stadler se volvió frío como el hielo-. Los informes indican que puede que se haya excedido al hacerlo. En realidad esto no es asunto tuyo, Carl, pero para mejorar tu comprensión sobre nuestra situación, el general ha recibido numerosas reclamaciones desde Berlín sobre este asunto. Una investigación completa está pendiente. La línea aquí es que, la red terrorista ha sido destruida y que, ¡no quiero volver a oír nada de que te escaparas detrás de las líneas enemigas, hasta que yo dé la orden!

-Una cosa más- replicó Carl- uno de mis hombres estuvo implicado, el sargento Von Hoffman. Tengo razones para creer que fue asignado al pelotón de Barth sin su conocimiento o el del capitán Khan. Me gustaría averiguar quién dio la orden.

-Hazme saber lo que averigües- dijo Stadler a modo de despedida.

-Con mucho gusto-Carl se fue.

El mayor Diekmann estaba de pie frente al escritorio del coronel Stadler a la mañana siguiente, y estaba nervioso al ver que su superior estaba fuera de sí llevado por la cólera.

-Adolf- rugió Stadler- esto es una cagada seria. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

-Señor, he pasado toda la noche pensando sobre la situación con el mayor Weidinger- dijo Diekmann con voz ronca. Stadler pudo ver que Diekmann casi no había dormido y estaba en estado de casi distracción.

-Hemos actuado de acuerdo a la ley, totalmente justificados en nuestras reacciones a las acciones terroristas que han tenido lugar por toda la región.

- ¡Seiscientos cuarenta personas, Adolf! ¡De las que solo doscientas eran hombres! ¡Has asesinado alrededor de cuatrocientas mujeres y niños!

-¡No puedo permitir que se refiera a esta operación contraterrorista como a un asesinato, coronel! – Diekmann estaba indignado-. Usted más que nadie sabe que hemos perdido alrededor de cien soldados aquí en Francia a manos de estos terroristas. Más de la mitad de estos hombres fueron torturados hasta la muerte, mire, si no, lo que encontramos en Tulle! Y cuando pienso en lo que le hicieron a Helmut...

-Somos soldados profesionales, Adolf- Stadler le devolvió la mirada-. Cuando empiezas a tomarte lo que pasa en el campo de batalla como algo personal, pierdes la perspectiva y pierdes el control. Esto es un juego de vida y muerte, no hay margen de error.

-Yo leo los informes de la Gestapo que compiló el teniente Schweinberg- replicó Diekmann-. Pasó una considerable- He pasado un tiempo considerable repasando el incidente con Schweinberg. ¿Sabía usted que habían encontrado doscientas tres máquinas de coser en los restos de las casas quemadas? No puede haber otra explicación más que estuviesen haciendo uniformes para el ejército francés. ¿sabía usted cuantos vehículos se encontraron en los garajes? ¿Por qué cree que el pueblo ardió tan ferozmente? ¡Eran las explosiones de los tanques de gasolina, sin mencionar el arsenal que había en el campanario de la iglesia y que la destruyó por completo!

-Da igual que hubiese terroristas en el pueblo- Stadler fue enfático-. Usted le dio al capitán Khan autoridad total para que sembrase el caos en ese pueblo, a pesar del hecho de que había una multitud de toda la campiña de alrededor que venía a pasar el día en el lago y a comprar en el mercado. Había niños de alrededor de una media docena de pueblos cercanos para su revisión médica mensual. Otto le pasó el muerto a Heinz Barth, que trabaja conjuntamente con Carl Hansen, por el amor de Dios. Esos dos estuvieron todo el invierno cortando cabezas de mongoles en Rusia. Al menos si Carl hubiese ido, habría habido alguien con la cabeza más fría que se hubiese puesto al mando, ¿pero con quién acabó estando al frente? ¡Eric Von Hoffman! ¡Qué pensaba usted que iba a hacer ese loco ahí fuera!

-Señor, mis hombres aseguraron la zona antes de que Von Hoffman comenzase con la operación de limpieza- Diekmann no se atrevió a mencionar la carta de ODESSA-. Todo estaba bajo control cuando los hombres de Heinz

limpiaron la zona. Sólo dejó dos escuadrones, veinticuatro hombres, atrás para ayudar a Eric a terminar. Acabábamos de regresar al puesto de mando cuando Eric informó por radio de que los hombres detenidos habían intentado rebelarse contra sus guardias Einsatzgruppen y que a muchos les habían disparado cuando intentaban escapar. Después de eso, todo fue un caos. Eric envió una nota que había encontrado clavada a una puerta, y fue a la panadería de Compain y encontró el cuerpo de Helmut dentro de un horno, tal y como aparece en mi informe. Cuando regresé, estaba totalmente convencido de que los terroristas estaban en el pueblo y le di a Barth órdenes directas de poner fin al problema.

- ¿Por qué estaba el alcalde en su puesto de mando?

- El alcalde se me acercó cuando llegamos al pueblo por primera vez. Ofreció hacer de rehén junto con su familia, e incluso sugirió que eligiéramos a treinta personas a cambio de la liberación de los habitantes del pueblo. Lo rechacé como la tontería que era y pedí usar su teléfono en el ayuntamiento, cuando le llamé a usted para confirmar nuestra llegada. Después de eso el me seguía por todas partes y me di cuenta de lo útil que era como guía de referencia.

-El alcalde- Stadler frunció el ceño- declaró que Barth había prometido un baño de sangre.

- ¡Vamos coronel! - Diekmann estaba exasperado-. ¡Usted ha estado ahí fuera, y sabe cómo es! Asesinaron a Helmut a sangre fría, ¡todo el mundo estaba indignado! Lo siguiente que supimos, fue que Eric informó de que algunas de las tiendas estaban llenas de trampas y que estaban provocando explosiones secundarias en el Garaje de Desourteaux. Antes de que lo supiéramos, había columnas de humo sobre el pueblo y la franja al completo estaba en llamas. Cuando Eric regresó a la iglesia, aparentemente algunos restos en llamas fueron lanzados por el viento o alguna explosión, provocando la detonación del arsenal escondido que había en el campanario. El calor era tan intenso que se fundió la campana de la iglesia en la torre. No hubo oportunidad de salvar a nadie.

- ¿Por qué estaban las mujeres y los niños encerrados en la iglesia, Adolf?

- ¡Por su protección! – replicó Diekmann- sabíamos que era el lugar más seguro en el que podían estar, porque ni un terrorista se atrevería a atacar una iglesia. No teníamos ni idea de que el pueblo estaba lleno de trampas. No había habido ni un solo incidente hasta que los lugareños atacaron al servicio de Eric. Mandamos al pregonero del pueblo para que convocase a los civiles

y les dirigiese hacia la plaza. No hubo ningún problema, actuaron como si fuese un ejercicio antiaéreo. Queríamos que las mujeres y los niños saliesen de en medio, para que pudiésemos asegurar el área y confirmar que el pueblo estaba libre de periodistas.

-Así que delegaste tu autoridad en Kahn, y él, a su vez, en Barth. Así que, súbitamente, tenemos a Von Hoffman, de una compañía distinta, y una escuadra de soldados Einsatzgruppen de una unidad completamente diferente, controlando la operación- rumió Stadler.

-Los Einsatzgruppen eran en su mayoría reclutas alsacianos, el francés es su lengua materna- Diemann fue brusco-. Tenía perfecto sentido que estuviesen allí.

-Aunque su especialidad en Rusia era la evacuación y el tratamiento especial.

-¡Usted nos dijo que los terroristas tenían que ser detenidos a toda costa!

-No puedo negar que le dije que los terroristas tenían que ser detenidos a toda costa- concluyó Stadler-. Aunque, desde cualquier punto de vista razonable y lógico, no creo que cualquiera pudiera estar en contra de que los métodos usados para llevar a cabo la acción anti-terrorista en Oradour fueron, no sólo excesivos, sino faltos de escrúpulos y poco profesionales. Lamento informarle de que se le ordena presentarse frente a una corte militar en Berlín cuando regresemos de Normandía, y que será relevado de sus funciones en este Regimiento hasta el resultado del procedimiento.

-Comprendo- Diemann bajó los ojos-. Acepto toda la responsabilidad de lo que ha pasado.

-Yo fui uno de los que le recomendó para la promoción a mayor- Stadler le miró con remordimiento-. Odio terriblemente ver lo que ha pasado. Le deseo la mejor de las suertes.

-Sí señor- Diemann hizo el saludo nazi. Los viejos camaradas se miraron a los ojos durante un largo instante antes de asentir en un gesto de mutua comprensión mientras Diemann se iba.

-De una forma u otra, Diemann nunca regresaría.

## CAPÍTULO OCHO

Días después de que las fotos del cuerpo mutilado de Natasha fueran tomadas en la plaza de un suburbio de Lyon, se habían distribuido por todo el mundo como prueba de las atrocidades de los nazis.

A Natasha le quedaba un hilo de vida cuando la llevaron a un patíbulo improvisado y colgada como una traidora a la luz del día. El populacho horrorizado tuvo que ser mantenido a raya a punta de fusil, y los oficiales de Vichy pronto hicieron circular la historia de que había sido torturada por las FTP y había sido entregada a Lyon para que la ejecutasen. Aunque eso no calmó el furor del público sobre el espantoso asesinato.

La prensa internacional había estado llevando a cabo una cruzada mediática contra los nazis desde que se aprobaron las leyes de Nuremberg que legalizaban el racismo en Alemania, y continuaron informando sobre deportaciones masivas de minorías desde el Reich hacia la Europa oriental. Pruebas de la existencia de los campos de concentración abundaban por todo el Gran Reich Alemán, y las pruebas del genocidio se reunirían más tarde. Los aliados emitieron una declaración por la cual aquellos responsables de las atrocidades serían llevados a juicio como criminales de guerra en una corte internacional.

-Estos cabrones- el comandante Staunton fumaba, colgando las fotos en una pared junto con aquellas que se habían tomado en Tulle y Oradour. Estaba reunido con Blackburn y Geronimo en un motel en las afueras de Paris, fuertemente vigilado por los insurgentes de las FFI-. Tenemos noticias de que el mando aliado está preparándose para declarar a las SS una organización criminal. Eso significa que todos y cada uno de esos cabrones será responsable de los cargos una vez que esto se acabe.

-Es una decisión difícil comandante- Gerónimo encendió un puro-. Sé de donde viene usted, pero tenemos muchos informes de soldados de las SS evacuando a civiles de pueblos pequeños en la región de Limousin para ponerlos a salvo.

-He oído esas mentiras- replicó Staunton-. Se supone que ese tal Carl Hansen dirigió un grupo que llevo a algunos del pueblo hacia el campo mientras la masacre de Oradour tenía lugar. Mi pregunta es: ¿por qué no estaba en Oradour parando la matanza?

-Pertenece a las SS, comandante- Blackburn se sirvió una copa-. Cuando están en el campo de entrenamiento, a los miembros de los cuerpos de élite como en el cual está él, se les da una pala diez minutos antes de que su posición sea rebasada por un tanque Panzer. Viven en un mundo distinto al nuestro. Creo que Hansen y sus amigos pueden haberse puesto en gran peligro a sí mismos al avisar a los habitantes del pueblo.

-No olvide que él es el mismo canalla que ejecutó a una docena de nuestros operativos en las afueras de Tulle hace algunas noches- le recordó Staunton.

-Eso debe haber sido una hazaña en sí misma.

-Blackburn- le miró Staunton-suenas como si estuvieses empezando a admirar a esa escoria.

-En absoluto, comandante- Blackburn hizo girar a su bebida reflexivamente, antes de dar un sorbo- en absoluto.

\*\*\*\*\*

-Eric- Carl entró en su habitación después de oírle llegar al hotel esa noche-. ¿Dónde has estado?

-He estado en Londres visitando a la reina- se burló Eric, recostándose en su asiento junto al pequeño escritorio en una esquina de la habitación-. ¿Llegaste a encontrar a tu mascota franchute?

-Carl cruzó la habitación y, le lanzó un derechazo a Eric, que le lanzó al suelo. Eric rodó sobre sí mismo hasta ponerse en pie, pero Carl se le subió encima como un gato, agarrándole por la camisa y le lanzó un gancho de izquierdas esta vez que hizo que Eric se desplomase sobre la alfombra. Eric volvió a intentar levantarse desenfundando su Luger y apuntando con ella a la cara de Carl, aunque éste ya había sacado su Mauser y estaba apuntándole a Eric entre los ojos.

- ¿Es esto eso que llaman un empate mejicano en las novelas del Oeste? - se las arregló para reír Eric.

-Quiero saber que hiciste en Oradour y bajo la autoridad de quién- exigió Carl. En seguida la puerta se abrió de par en par, con Michael, Hans y Peter

atravesando el umbral

-Hey, tranquilos chicos- intercedió Hans tranquilamente-. No necesitamos esto. Tenemos por delante una gran batalla y necesitamos cada hombre que podamos conseguir, especialmente a ustedes dos. Calmémonos un poco y bajemos las armas.

-Ya te he dicho antes que no iba a permitirte ser el que me liquidase, Carl- Eric sostenía la pistola con ambas manos.

-Bueno, entonces, sería mejor que apretases el gatillo, porque ¡no te vas a ir de aquí sin decirme lo que quiero saber!

- ¡Carl! ¡Eric!- insistió Michael-. ¡Te pueden colgar por esto!

-No tengo ningún problema en decírtelo- rio Eric- porque no hay una maldita cosa que puedas hacer al respecto.

-Pruébame- gruñó Carl.

-Bueno, dadnos las armas y nos quitaremos de vuestro camino- Peter se metió lentamente entre los dos. Hans y Michael se pusieron junto a los dos, y suavemente les hicieron bajar las pistolas hacia el suelo, antes de quitárselas de las manos.

-Da gracias a que no tengo un escondite- Eric rodó sobre sí mismo desde el suelo hasta una butaca.

-Haré que te comas eso- le miró Carl.

-Caballeros- Peter mantuvo sus manos alzadas mientras Hans y Michael salían por la puerta antes que él- háblenlo.

-Así que- Eric cruzó las manos sobre su regazo- ¿dónde te gustaría empezar?

-Por el principio- replicó Carl.

\*\*\*\*\*

- ¿Está muerta?

-Ya te dije que no.

- ¡Pues ponla al teléfono! – gritó Jacques Tremblay en medio de un torrente de insultos y blasfemias en corso.

-Soy el sargento Blackburn- dijo una voz familiar, en un pobre francés, al otro lado de la línea.

-Ya le he dicho a sus lacayos que quiero hablar con Dominique- espetó-. Con ella es con la que tengo un trato. Mis compañeros y yo hicimos el trato de cambiar el cargamento por unas ciertas condiciones. ¿Cree usted que voy a

entregar una mercancía por valor de dos millones de francos a unas ranas de pantano para encontrarme después con que nadie cumple con su parte del trato? Quíteselo de la cabeza, Blackburn.

-Mire, han estado intentando explicarle la situación- Blackburn fue paciente-. Pierre Bony y Henri Lafont son informantes de la Gestapo. Han estado trabajando para la Gestapo desde la ocupación nazi.

- ¿Qué?

- ¿Por qué cree que la banda de Bony-Lafont es la única familia mafiosa en París que puede operar, además de los corsos? Han dejado a todos sus competidores y ahora se están concentrando en objetivos políticos, enemigos del Reich. El minuto en el que puso una bala en la cabeza de Gagnon se pone a sí mismo en la lista de la Gestapo.

-Bueno pues no han hecho un trabajo demasiado bueno, ¿no? – Jacques era presuntuoso.

- ¿No lo cree? Intentemos esto. Bony y Lafont reclutan directamente en las cárceles. Cada hombre que sacan automáticamente se convierten en informantes de la Gestapo por defecto. ¿Se imagina cuantos fueron enviados al sur de Francia? El *maquis* está literalmente infestado de ratas, y así es como se infiltraron en las FTP y llegaron a la red de Radio Utopia. Una vez arrestaron a Natasha, nos dimos cuenta de que no podíamos arriesgarnos a mantener a Dominique en el aire. Como resultado, cuando empezamos a emitir repeticiones de sus programas en la Radio Libre de Europa, todo el mundo asumió que Natasha y Dominique eran la misma persona, y que estaba muerta.

- Así que usted nos garantiza asilo político con puestos en el gobierno de la nueva república- insistió Jacques.

-Ese es el trato que usted hizo con Natasha, y será cumplido por el gobierno francés, tiene usted mi palabra.

-Así que, ¿con quién me voy a encontrar? ¿Dónde van ustedes a hacer la recogida?

-Quiero que vuelva usted a llamar en cuarenta y ocho horas o contactaremos con usted a través del señor Le Blanc antes de eso. Tendremos que organizar la seguridad y asegurarnos de que el encuentro no se vea comprometido.

-Trato hecho- Jacques colgó.

\*\*\*\*\*

-Coronel, creo que está culpando al hombre equivocado por el incidente de Oradour- desveló Carl.

-Bueno Carl- Stadler movió la cabeza con amargura- parece que hay una gran número de oficiales de alto rango de la Wehrmacht que están pidiendo la sangre de Diekmann mientras hablamos. El General Rommel ha contactado personalmente con el Führer y pide un consejo de guerra. Para tu información, antes tuve una larga conversación con Diekmann y aceptó toda la responsabilidad por estas acciones, reconoce el hecho de que no había nada en mis órdenes que implicase o sugiriese el tipo de venganza que este batallón llevó a cabo.

-Fue Ruess- insistió Carl- encargó a Von Hoffman que llevase a cabo toda la operación. ODESSA contrató a Ruess que investigase un rumor de un oro robado a las SS en la región de Limousin. Ruess ordenó a Eric que saquease el pueblo y que lo quemase destruyendo las pruebas, y que después matase a todo el mundo, eliminando a los testigos.

-Oro de las SS- Stadler le miró exasperado-. Quiere que implique a Ruess en un cargo de asesinato en masa, usando una leyenda urbana como motivo.

-Sea como fuere- Carl fue enfático-. Cargaron trece vehículos con joyas, obras de arte, plata, pieles, metales preciosos, y cualquier cosa de valor a la pudieron echarle el guante. ¿Heinz informó de que hubiesen traído algo de eso aquí?

-Por supuesto que no- Stadler le miró-. Me lo habrían notificado inmediatamente si se hubiese recuperado algo.

Stadler se puso al teléfono y dio órdenes a su adjunto de que contactase con la OKW en Berlín para que le diesen información sobre cualquier comunicación recibida desde la región de Limousin que tuviese que ver con Robert Ruess o el destacamento del Einsatzgruppen.

-Negativo, señor- el adjunto volvió a llamar, pasados quince minutos.

-Quiero una transmisión de telegrama, una de radio y enviar un teletipo inmediatamente, dícales que actúo bajo la autoridad del general Lammerding para llevar la investigación de Oradour- exigió Stadler-. Quiero a todos nuestros SS, SD, Gestapo, GMR, a la milicia francesa y a la policía de Vichy en esto. Quiero todas las comunicaciones que tengamos desde y hacia Ruess y su unidad.

Ambos hombres se sentaron expectantes mientras traían los equipos de comunicación al despacho improvisado de Stadler en su chalet. En unos

minutos las máquinas estaban funcionando, pero los esfuerzos de los oficiales de comunicaciones no estaban dando grandes resultados.

-La inteligencia de la SD ha sido prohibida por el general Kaltenbrunner hasta que finalice la investigación, acceso denegado- informó con detalle el oficial en jefe-. El cuartel general de la Gestapo en Berlín también está llevando cabo una investigación al más alto nivel, acceso denegado. La inteligencia de las Waffen-SS está reuniendo todos sus archivos relacionados con el incidente, acceso denegado.

- ¡Los muy cabrones están censurando los registros! ¡Es un encubrimiento! – Stadler estaba atónito- ¡Mira a ver lo que puedes sacar sobre Diekmann y Barth!

Al cabo de unos minutos las máquinas comenzaron a parlotear mientras los rollos de papel escupían informes en las alfombras.

-Hazle una oferta a Eric- propuso Carl -. Si puedes hacer que le trasladen y limpiar su expediente, puedes convertirle en un testigo contra Ruess. Esta guerra le ha convertido en un psicópata. Si le ofrece un nuevo comienzo, podría rehabilitarse. Está haciendo lo que hace porque no tiene esperanza en el futuro. Esta podría ser su mejor oportunidad, él no le tiene ningún cariño a Ruess, se lo dirá todo.

-Voy a traer a Ruess- decidió Stadler-. Está encerrado en su chalet con esos Einsatzgruppen, y puede que no salga de allí sin luchar. Si vamos a por él pensará que sus contactos han fallado, y no va a venir a enfrentarse a seiscientos cargos de asesinato. Y si lo hace, sin embargo, puede que piense que tenemos el caso agarrado por los pelos, sobre todo si cree que tiene a Eric de su lado.

-Creo que se lo debe a Diekmann- estuvo de acuerdo Carl.

\*\*\*\*\*

- ¡Capitán Ruess! ¡El edificio está rodeado! ¡Salga con las manos en alto!

La policía militar había recibido refuerzos de las SD, la Gestapo y la GMR mientras acordonaban la zona con vehículos, desplegando oficiales a lo largo de los arbustos en todos los lados de la casa. Carl y Gunter corrieron con el jefe local de la Gestapo y permanecieron a su lado, junto a un coche patrulla aparcado en paralelo a la fachada del chalet. Hombres con metralletas y pistolas se posicionaron alrededor del chalet en varias en varias posiciones a cubierto, mientras los jefes de escuadrón ladraban instrucciones por los megáfonos en los distintos puntos de salida.

-Puedo entrar mucho más rápido de lo que el tardará en salir a este ritmo- rumiaba Carl.

- ¡Ni hablar Carl! - insistió Gunter-. ¡Esto es una acción policial! No podemos permitirnos perderte. Este tipo es historia, podemos esperarle afuera.

Los agentes de la Gestapo se apresuraron hacia las puertas de cada lado con perros pastor-alemán. Los perros aullaban y ladraban, pero no dieron muestras de que su presa estuviese cerca de las puertas. Después lanzaron granadas de gas a través de las ventanas a cada lado de la casa y no obtuvieron respuesta.

-No está en casa- gruñó Carl-. A menos que se haya vuelto totalmente loco, nunca planearía irse así.

-A la vista de las circunstancias. Creo que tendríamos que negar el beneficio de la duda- replicó Gunter.

Al final los oficiales de la GMR se aproximaron a la puerta con arietes ligeros. Unieron fuerzas para impulsar el arma, impulsándola contra la puerta mientras empujaban hacia delante al unísono. Cuando impactó, hubo una explosión cegadora, ya que el golpe había detonado una trampa bomba. Los cuerpos de los oficiales y de los que llevaban los perros fueron lanzados hacia atrás violentamente envueltos en una lluvia de sangre y restos humeantes.

-No está aquí- Carl se alejó del coche patrulla disgustado- dudo que esté todavía en Francia.

-Puedo poner un boletín que se publique en todos los medios de comunicación- insistió Gunter-. ¿Crees que ha regresado a Alemania?

-Pertenece a Odessa- Carl movió una mano mientras se alejaba-. Probablemente estará en un crucero de camino a Sudamérica.

-Es un suertudo- Gunter observaba como los sanitarios entraban para llevarse los cadáveres.

\*\*\*\*\*

La operación Overlord, la largamente planeada invasión de Normandía por parte de los aliados, parecía estar transcurriendo sin un solo contratiempo. Una compleja red de engaños y distracciones, desplegada en torno a la operación, había llevado a los nazis a creer que la fuerza expedicionaria principal sería dirigida por el general Patton hacia el paso de Calais, más hacia el sur. Como resultado, las posiciones defensivas alemanas, dispersas y pobremente coordinadas, demostraron ser vulnerables en numerosas zonas objetivo de desembarco.

Uno de estos, la Playa Espada, abarcaba 8 kilómetros desde Ouistreham hasta St Aubin-sur-Mer. era el más oriental de los puntos de desembarco, a alrededor de quince kilómetros desde la ciudad estratégica de Caen, un

importante nudo de comunicaciones. La división de infantería del general británico Montgomery encontró una leve resistencia comparada con la que se encontró el ejército americano en la mayoría de sectores, y avanzó ocho kilómetros antes de ser detenida en seco por la línea de defensa alemana.

La OKW optó por dirigir una cuña entre las fuerzas en Playa Espada y la playa Juno donde el ejército canadiense había desembarcado. La 21ra división Panzer del ejército alemán casi alcanzó el canal inglés al separar a las fuerzas aliadas, pero fue obligada a retroceder el 6 de junio. Se retiraron a una posición defensiva a las afueras de Caen, que Hitler les había ordenado conservar a cualquier precio. La división Reich se desplegaría para apoyar a la 12ava división Panzer Hitlerjugend y la división panzer de élite Lehr.

El comandante Staunton y la sección F permanecieron en constante comunicación con Nancy Wake, que estaba en la lista de los más buscados de la Gestapo con una recompensa de cinco millones de francos por su cabeza. Había coordinado una fuerza de combate de siete mil hombres entre los *maquis* y estaba realizando importantes operaciones contra los nazis por todo el centro de Francia. El general Eisenhower, que había hecho una declaración oficial reconociendo a la Resistencia como parte del ejército francés, puso fin al movimiento clandestino al declarar a los insurgentes como combatientes legales. Esto, a su vez, resultó en que la sección F fuese convocada a Inglaterra.

Uno de sus últimos actos oficiales fue convocar a los líderes de la Resistencia a una conferencia final en la que serían reconocidos oficialmente por sus esfuerzos. Sería la celebración de una mini-victoria, permitiéndoles saborear los éxitos que llevaron a la invasión de Normandía, la inminente liberación de París y, eventualmente, la de toda Francia.

Blackburn y el sargento Geronimo entraron en la sala de conferencias esa noche y fueron saludados por el aplauso de los líderes de la Resistencia que habían sido convocados a la reunión. Para la consternación del pequeño grupo de la FTP, la concurrencia se componía principalmente de republicanos que habían trabajado para reorganizar su organización desde la muerte de Jean Moulin. Era sólo ahora cuando podían hacer su presencia conocida.

La comunidad republicana se aglutinaba en torno a Violette Szabo y Madame Natasha, y sus esfuerzos por entorpecer las comunicaciones y la red de transportes de Vichy estaban dañando los esfuerzos de guerra en el sur. La reunión estaba teniendo lugar en las afueras de Lyon, donde las fuerzas de Vichy bajo el mando de Klaus Barbie estaban desbordados por el papeleo en

los casos de Szabo y Natasha. Las oficinas de las SS y la Gestapo de Berlín, a su vez, estaban inundadas de pesquisas sobre el caso de Oradour, y como resultado, se había creado una importante pila de trabajo atrasado en el sistema policial y de inteligencia. Esto le dio a las fuerzas de la Resistencia un corto respiro durante el cual vieron la oportunidad de mantener su conferencia.

Alrededor de cincuenta miembros de varias facciones, incluyendo la FFI, la FTP, el *Armee Secrete*, los *maquis*, y otros que tomaron las armas para liberar a Francia, estaban entre los asistentes. Se sirvieron los mejores vinos franceses de las viñas Dagineau, junto con una variedad de carne de caza, pollo, ternera, cerdo, lechal, cordero, pescado, sopas, guisos, quesos, pan recién horneado y pastas. Los hombres comían ruidosamente la suntuosa oferta de alimentos que siguió a una prestigiosa ceremonia durante la cual cada facción y sus miembros fueron alabados por su servicio a Francia por los emisarios de Charles De Gaulle.

Hubo una flagrante omisión y es que no se hizo mención alguna a Gilles Guevremont durante los actos. La FTP fue mencionada de pasada y se anunció que se colocaría una placa conmemorativa de sus esfuerzos en una institución que estaba planeado que se construiría en París justo después de su liberación del yugo nazi. Guevremont estaba cada vez más desconcertado mientras la ceremonia se aproximaba a su fin, y él y su séquito se mantenían en una esquina alejada, hasta que la conferencia efectivamente terminó. Les dio instrucciones de que permaneciesen alerta en el exterior ya que él tenía algo que hablar con los representantes de los aliados.

-Así que, caballeros- Guevremont estrechó las manos de otros líderes de la Resistencia agrupados por fuera de la puerta- sólo puedo asumir que vuestra falta de reconocimiento a mis contribuciones a los esfuerzos de la guerra, se deben a la naturaleza secreta de nuestras misiones.

- ¡Siéntate, pedazo de mierda! – los tres acudieron hacia la puerta, y el comandante Staunton la cerró detrás del últimos de los combatientes en salir.

- ¿Sabe? – Guevremont movió la cabeza – ya estoy más que harto de las provocaciones de estos dos individuos ...

-Siéntese – dijo Blackburn firmemente, mientras Guevremont obedecía a regañadientes.

- ¿Conoce a alguien que responda al nombre de Jocelyn Perrault? - Staunton atravesó la habitación lentamente, a espaldas de Guevremont, que se despatarró en el mullido sillón.

-No- dijo suavemente, pronunciando la palabra de forma enfática.

-Según nuestros informantes en Lyon, los archivos de la policía y de la Gestapo indican que fue arrestada cerca de Oradour junto con una mujer identificada tan sólo como Madame Natasha. Ella nunca revelaría su nombre auténtico, ni siquiera bajo amenaza de muerte, por miedo a comprometer a su familia y amigos- dijo Staunton tranquilamente, bajando la mirada hacia Guevremont -. Monsieur Perrault, según parece, no fue tan caballeroso.

-Madame Natasha- Guevremont levantó las cejas- la figura de la radio.

-Sí, la misma- continuó Staunton- los registros indican que Perrault había sido apresada o interrogada varias horas antes de ser arrestada por segunda vez junto con Natasha.

-Interesante- asintió Guevremont.

- ¿Interesante? – rompió Staunton-. ¡Usted la entregó, hijo de puta! ¡Hizo un trato con ellos para que le dejaran marchar! ¡Los cabrones comunistas de París te liberaron a ti a cambio de Natasha!

-No sé de dónde saca usted la información- Guevremont estaba resentido-. Creo que nos convendría a todos si yo me fuese ahora caballeros. Mis hombres estarán poniéndose nerviosos ahí fuera.

-Ah sí, sus hombres- sonrió Blackburn-. Me temo que han sido detenidos. Me atrevo a decir que van camino de París mientras hablamos.

-Lo leerán todo cuando lleguen allá- Geronimo le quitó la tapa a una petaca de cognac -. Dudo que haya un lugar en París en el que usted pueda colgar el sombrero.

-Estoy seguro aquí, en el sur de Francia- Guevremont era un engreído – tengo a Sussac, ya sabe.

-Eso es parte de su problema – espetó Staunton -. Sabemos que ustedes los comunistas han hecho un trato con los corsos justo después de la ocupación nazi. Ustedes acordaron establecer una red de distribución de mercado negro por todo el sur de Francia, y todos ustedes están haciendo una montaña de dinero con ella. Ustedes no movieron un dedo para ayudar en los esfuerzos de la guerra hasta que llegamos aquí con nuestro dinero. Incluso entonces, en vez de seguir con el programa y luchar contra los alemanes, comenzó usted una campaña de secuestros y asesinatos. Usted causó las masacres de Tulle y Oradour, y la historia no le olvidará ni perdonará.

-La historia la escriben los vencedores- Guevremont unió las yemas de los dedos- París no pertenece a los republicanos, nos pertenece a nosotros. Ustedes pueden entregársela a los De Gaullistas, pero la gente nos la devolverá.

-Puede que haga mucho que no va por París, Blackburn se recostó contra el muro, encendiendo un cigarrillo - ¿No sabe que la banda Bony-Lafont y los comunistas están juntos en la cama ahí fuera? Están haciendo todo tipo de acuerdos para después de la guerra, saben que su tiempo ya casi ha pasado. Henri Lafont tiene alrededor de veinte escuadrones de sicarios por aquí buscando a los traficantes de morfina del golpe de Brive. ¿No cree que los rojos de París podrían haberles mandado eliminarle mientras estaban en ello?

- ¿Qué me quiere decir con eso? - suspiró Guevremont.

- Tenemos la obligación moral de ayudarlo a salir de esta a cambio de los servicios que nos ha prestado- dijo Staunton – aún a pesar de lo que pensemos de usted personalmente, no creemos que nuestros superiores pasasen por alto que lo que la FTP fue capaz de hacer todo el tiempo, nuestros amigos de la FFI flaquearon a la hora de hacerlo. Por tanto, le ofrecemos asilo en el extranjero, ojos que no ven, corazón que no siente.

-Mis superiores de los OSS han hecho un trato con el gobierno canadiense- le dijo Geronimo-. Tendrá una nueva identidad, un pasaporte, un nuevo comienzo. Lo arreglaremos todo para que tenga usted un puesto administrativo de rango intermedio en la embajada de Francia en Montreal.

- Será suficiente para que pueda usted retirarse confortablemente, sin mencionar el dinero que usted y los gangsters judíos alsacianos hicieron en el mercado negro por todo el sur de Francia- dijo Blackburn airadamente-. Sabemos lo de su cuenta en Suiza. Por supuesto que no sabemos cuántos millones tiene, pero sí que fuimos capaces de confirmar que tiene usted una cuenta. Los suizos no son tan neutrales como piensa la gente.

-Casi deseo que llame usted la atención en Montreal- rio Staunton mientras Guevremont se levantaba para marcharse-. La mafia de Quebec clavará su cabeza en una pica.

-No creo que Francia encuentre una vida, después de la guerra, como la que tuvo antes- replicó mientras salía por la puerta.

-Da igual, al menos ustedes comunistas cabrones, no tendrán la sartén por el mango.

Staunton rio mientras Guevremont daba un portazo al marcharse.

\*\*\*\*\*

-Así que ya está- Gunter forzó una sonrisa – Dales duro, ¿vale?

-Carl se pasó por la comisaría de policía en el centro de Limoges donde los administrativos de las SS bajo el mando de Gunter estaban empaquetando todos sus materiales para regresar a Lyon. Afuera, las calles era un hervidero mientras el regimiento se preparaba para su caminata final hacia Normandía, regateando con los funcionarios locales para conseguir más suministros mientras cargaban sus camiones para ir a la batalla.

-Les daré recuerdos tuyos. Con algo de suerte los malos estarán en la cárcel así que no tendremos ninguna sorpresa cuando regresemos.

-Ya sabes, Carl- Gunter le miró- que he aprendido mucho sobre la vida, mi trabajo, y sobre mí mismo de ti y por eso nunca te olvidaré. Al principio, cuando me enrolé en las SS estuve completamente de acuerdo y comprendí que, como oficial de las SS, me vería forzado a afrontar situaciones y problemas que comprometerían nuestros principios éticos y morales. Estuvo un corto espacio de tiempo en el sistema de campos de concentración, pero pedí el traslado a los Einsatzgruppen con el objeto de reconsiderar mi propia significancia dentro de las SS. Parecía todo muy simple, capturar y ejecutar a los insurgentes, pero cuando comenzamos a matar a civiles, una vez más dudé. Cuando fuimos desplegados aquí en Francia, pensé que sería más claro, más específico, pero otra vez se volvió confuso, más complejo. Tú, sin embargo, viste exactamente lo que había que hacer, y lo hiciste, sin órdenes, sin directivas. Te responsabilizaste de tus acciones y actuaste según tu conciencia. Salvaste docenas de vidas sin comprometer nunca la seguridad de nuestra patria. Si hubiese más como tú, Carl, que herencia tan distinta le dejaríamos a las generaciones futuras.

-Sigue tu propia conciencia Gunter- Carl le miró a los ojos mientras se daban la mano -. Y ya seremos dos.

-Nos encontraremos de nuevo algún día, en Alemania- enfatizó Gunter.

-Y si no, sirve una copa en la playa de Normandía cuando vayas de visita.

-Estarás bien- le animó Gunter.

Carl salió por la puerta para prepararse para su cita con el destino.

## CAPÍTULO NUEVE

Parecía como si un nuevo capítulo en la vida de Pierre Le Blanc estuviese a punto de abrirse.

Era un granjero venido a más, perteneciente a una larga línea de terratenientes de la región de Limousin en el sur de Francia. Tanto su padre como su madre eran corsos, y, como tales, tenían una larga tradición familiar de asociación con la Unión Corsa. Aunque nunca se había afiliado personalmente a la hermandad, tenía fuertes lazos y era conocido como un hombre cuya amistad era un valor importante. Muchos, por toda la campiña habían acudido a él en busca de favores, y muchos de ellos arriesgarían sus vidas por él.

Tras regresar a casa después de la Primera Guerra Mundial, decidió convertir un granero de su propiedad en un cabaret y un restaurante, y añadió a su fama la fortuna que le dio el éxito. Sin embargo, tras el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación nazi, la sociedad informal de los *maquis* se convirtió en una entidad política clandestina en la que hombres como Le Blanc ocupaba un papel principal. La organización era un conector estratégico entre los republicanos, los refugiados políticos, los campesinos y el gobierno en el exilio, y aunque el gobierno de Vichy hizo todo lo que pudo por infiltrarse en sus filas, su código de silencio era secundario tan sólo al de la mismísima mafia corsa.

Le Blanc era uno de esos que fueron homenajeados en la conferencia de Lyon, y se aseguró un puesto de influencia en la nueva República. Se le atribuía el haber salvado a un gran número de judíos alsacianos, refugiados políticos de París y activistas clandestinos encontraron refugio en el campo, particularmente en los campos de trigo y en los viñedos que se incrementaban a lo largo de sus 1.000 km de linderos. También disfrutaba de un gran reconocimiento por sus contribuciones a la Resistencia y sus desinteresados intentos por interceder a favor de los perseguidos frente a la Gestapo sin importarle el riesgo personal.

Entre sus más arriesgados intentos estuvo el inusual patrocinio de la banda de Tremblay. Le Blanc pareció reconocer algo de sí mismo en el carácter de Jacques, algo naive, joven y temerario, cualidades que había perdido hacía tiempo a lo largo del duro camino hacia la madurez. Había hecho numerosas indagaciones desde su primer encuentro en el salón, y cuanto más averiguaba, más fascinado se encontraba.

Jacques había sido compañero de Germaine Lafont en varios proyectos y se estaba preparando para mejores y mayores cosas, cuando tuvo lugar la ruptura entre ambos. Había rumores en la calle de que Germaine había conspirado para desacreditar a Jacques durante el robo de la morfina con el objeto de eliminarle como competidor contra la organización de su primo Henri- Jacques tenía reputación de listo, despiadado, temerario, un hombre al que respetar. Muchos habían lamentado su expulsión de la banda. Se esperaba que compensase la crueldad y la traición de Bony y de Lafont a medida que su estrella continuase en ascenso.

Le Blanc hacía de enlace entre Jacques y la FFI y negociaba la devolución de la morfina a cambio de una importante compensación a cargo del nuevo gobierno. Permaneció humilde para evitar que Jacques le percibiera como un jugador importante en la partida, y tuvo éxito en dar refugio al joven, evitando las numerosas trampas que la policía y la mafia le tendieron buscando eliminarle. Por fin el juego había acabado, y Jacques pronto estaría entregando el producto mucho más allá del alcance de los parisinos y la Gestapo.

Cerró el restaurante temprano aquella tarde, después de que algunos parroquianos se hubiesen ido antes de lo esperado, contento de llegar a casa antes de que fuera de noche. Apagó las luces rápidamente cuando se hubieron ido los últimos coches, ansioso de evitar la entrada de nuevos clientes que pudiesen entrar al ver las luces encendidas. Esto demostró ser un gran error aquella tarde.

Pierre Le Blanc se despertó en un almacén oscuro, rodeado de figuras sombrías y se dio cuenta de que estaba encadenado a una mesa de madera, sentado en una silla metálica. Estaba completamente desnudo y podía sentir una fría brisa que soplaba sobre su piel. Tenía los tobillos encadenados a las patas de la silla y los brazos estirados a lo largo de la mesa, encadenado por las muñecas. Le latía la cabeza a causa de un terrible golpe que le había dejado inconsciente y se dio cuenta de que la sensación pegajosa que tenía en la cara, era sangre.

-De modo que estamos de vuelta entre los vivos- una voz habló en un tosco francés- Creí que a lo mejor un cabrón viejo como tú no lo conseguía.

- ¿Quién eres? – preguntó Le Blanc - ¿Qué quieres?

-Quién soy, no es importante- Robert Ruess salió de las sombras, llevando un caro traje de seda negra, y la cara desfigurada al descubierto-. Lo que yo quiere puede ser la diferencia entre la vida y la muerte para ti.

-Ya...Ya sé quién eres- Le Blanc se aclaró la garganta- Eres el capitán Cara Calavera.

- ¿Pueden creer cuanto descaro? – se burló Ruess con sus hombres, que rieron como hienas en la oscuridad. Ruess se había puesto en contacto con ODESSA poco antes de abandonar su chalet confiscado, y habían organizado su huida junto con un escuadrón de Einsatzgruppen alsacianos. El saqueo de Oradour por parte de Eric Von Hoffman había generado un millón de francos para ODESSA, pero Ruess tenía más ambiciones en mente antes de abandonar el país. Como para enfatizar esto, dejó caer entre las manos de Le Blanc un bolso que contenía un mazo y dos clavos.

-Sabes que habrá casi tanta gente buscándome a mí como la que hay buscándote a ti- murmuró Le Blanc.

- ¿Si? Bueno, eso es casi tanta gente como la que está buscando a esos comemierdas corsos que se llevaron el cargamento de morfina en Brive. Nadie sabe dónde están. Pero creo que tú sabes dónde van a estar.

-Hicieron un trato con la FFI- Le Blanc tragó con dificultad- no he sabido nada de ellos en semanas.

- ¿Sabes qué? – Ruess señaló a dos de sus hombres que se colocasen uno a cada lado de la mesa -. La Gestapo tenía un micro en tu teléfono desde que se extendió el rumor de que estabas acogiendo a esos franchutes. Era una línea tan segura que ni siquiera mi gente podía conectarse a ella. Entonces pensé, ¿por qué cortar la línea si puedo tener al hombre que está a cargo?

-No te daré nada – graznó Le Blanc.

- ¿Quieres apostar? Te cuento, en Rusia me colgaron de estas cosas en una cruz como a un ladrón, y hubiera vendido a mi padre al diablo con tal de que me soltasen. No creo que tú aguantes mucho más.

A una señal, los alsacianos abrieron las manos de Le Blanc y sostuvieron las palmas hacia arriba en la mesa, mientras que sus compañeros colocaban los clavos, martilleando hasta que clavaron las manos a la mesa. Ruess reía mientras los gritos desgarradores de Le Blanc retumbaban en todo el almacén, y salpicaba la sangre, que formó un charco sobre la mesa.

-¿Ves, qué te dije? – Ruess señaló a otro de sus hombres que traía una batería de coche y un trozo de cadena- Este es mi próximo truco. Si no me dices dónde se van a encontrar los ladrones con la FFI, te enrollamos esta cadena a las pelotas, la conectamos a la batería y vemos cómo intentas desclavarte las manos de la mesa.

Le Blanc no respondió y echaron la silla hacia atrás para que gritase al desgarrarse sus manos contra los clavos. Los alsacianos enrollaron la fina cadena a su escroto, y luego conectaron el extremo opuesto a los terminales de la batería.

-Es difícil decir si estas en una situación peor que yo en la cruz, pero no creo que lo vayas a manejar tan bien como yo- se bruló Ruess.

A una señal, uno de los alsacianos conectó un cable que envió una descarga de electricidad al escroto de Le Blanc. El efecto de la descarga se amplió a causa del sudor que había en la silla metálica, a resultas de lo cual, la electrocución fue de tal magnitud que los ojos del anciano se salían de sus órbitas y se ponían en blanco al mismo tiempo que le salía espuma por la boca.

- ¡No le mates imbécil! – Ruess le dio una patada a la batería, que el alsaciano desconectó rápidamente. Agarró a Le Blanc por el pelo y le hizo una señal a uno de sus hombres para que se acercase con las sales para el desmayo. En unos minutos sus ojos dejaron de estar vidriosos y miró en derredor a sus torturadores totalmente grogui.

- ¿Qué hacemos? No creo que te vayan a funcionar muy bien las cañerías si hacemos esto más veces – Ruess limpió la sangre del pelo de Le Blanc con las ropas que estaban sobre la mesa- Ustedes los viejos suelen tener problemas por esa zona. ¿Por qué no nos ahorras un montón de problemas y me dices lo que necesito saber?

- De acuerdo – balbuceó Le Blanc. Ruess ordenó a los hombres a cada lado de Le Blanc que trajesen dos palancas con las que extrajeron los clavos de las manos de Le Blanc. Gritó con agonía mientras lo hacían y se desplomó hacia atrás en la silla. Los alsacianos esperaron hasta que se recuperó lo suficiente para que ellos pudiesen apuntar los detalles del encuentro de la banda de Tremblay.

- ¿Qué vas a hacer con él? – preguntó uno de los hombres.

- Arrójalo a la calle – rió Ruess con satisfacción – Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad.

\*\*\*\*\*

Los gangsters llegaron al almacén desierto a las once menos cuarto esa noche. Condujeron lentamente por las calles embarradas que rodeaban el edificio, asegurándose de que nadie más había llegado aún. Un gangster slió del vehículo de cabeza y usó una cizalla para abrir el candado que cerraba el aparcamiento. Los vehículos negros entraron por la puerta, y el gangster la cerró una vez hubieron pasado, enrollando la cadena para ocultar que estaban allí.

Los dos coches aparcaron junto al muelle de carga y cuatro hombres salieron de cada vehículo. Se trataba de ocho de los mejores hombres de la banda Bony-Lafont, designados por Henri Lafont para resolver el asunto de Jacques Tremblay. Los hombres, que llevaban trajes negros, subieron los escalones del muelle en el que otros hombres forzaron los candados para poder entrar.

-Dos millones de francos en manos de ese roba-bolsos- dijo uno de los hombres mientras tomaban posiciones por el almacén-. Me muero por ver la cara que pone cuando se dé cuenta de lo que está pasando.

-Me muero de ganas de ponerle las manos encima a ese cerdito rechoncho de Chouinard- gruñó otro gangster mientras se metía detrás de una escalera metálica que llevaba a una pasarela elevada-. Es una vergüenza para la mafia de París. Voy a pasar un buen rato haciéndole chillar, antes de liquidarle del todo.

-No olvides que queremos traer a Tremblay vivo- les recordó el jefe-. Vivo vale un millón de francos. Los otros tres, vivos o muertos, da igual. Será más divertido si podemos llevarles de una pieza, pero si no podemos, tírenle a matar a los demás, pero a Tremblay sólo hay que derribarle, si es posible.

El último en entrar en el almacén traía consigo un pesado bolso de lienzo que contenía escopetas recortadas que distribuyó entre sus compinches. Cargaron los rifles con la munición que les daban y después se retiraron a las sombras a esperar a su presa.

- ¿Alguno tiene fuego? - preguntó uno de los pistoleros mientras maldecía al fallarle el mechero.

-Estarás fumando en el infierno antes de encontrarte con Tremblay- gritó un acento alsaciano desde el techo.

-Los parisinos miraron hacia arriba alarmados, cuando les cayó encima una andanada de fuego de armas automáticas. Los hombres comenzaron a gritar

y a ponerse a cubierto, antes de responder con una serie de estallidos ensordecedores de disparos de escopeta. Dos de los alsacianos cayeron de la plataforma, esparciéndose sus entrañas por el suelo de cemento.

-¡Dejad el dinero en el suelo y retiraos, respetaremos vuestra despreciables vidas!-gritó un alsaciano hacia abajo.

-¡Qué dinero! – gritó un gánster a modo de respuesta-. ¡Nos pagan por traer de vuelta las drogas y la cabeza de Tremblay en un saco!

-Esos cabrones asesinos- rugió un alsaciano antes de que él y sus hombres dirigiesen sus disparos hacia el lugar de donde venía la voz del gangster. Salió dando una voltereta desde su posición en medio de una lluvia de plomo antes de devolver el fuego que hizo que un alsaciano cayese en una esquina.

-Le Blanc le mintió al capitán- siseó otro hombre -. Probablemente engañó a esta escoria para tender esta trampa. ¡Espera a que Cara Calavera se entere, y ese viejo cabrón deseará que le hubiéramos frito los huevos!

-¡Muy bien muchachos, vamos a freír a estos nazis cabrones! – gritó un gangster antes de que una ráfaga de llamas se disparase desde debajo de una plataforma. Se había encontrado una pila de botes de pintura y abrió una lata, que derramó por el suelo y le prendió fuego con un fósforo. Intentó salir corriendo por la puerta, pero recibió un tiro de uno de los alsacianos desde arriba.

-No pueden darnos a todos, ¡salgamos corriendo! – ladró el jefe de la banda.

De repente un chorro de luz entró desde el exterior acompañado de chillido de ruedas producido por una flota de vehículos que venía por el camino en dirección al almacén. Tanto los alsacianos como los parisinos se sorprendieron por la repentina llegada y frenéticamente buscaron vías de escape del edificio en llamas.

- ¡El edificio está rodeado! – gritó una voz desde el exterior -. ¡Es el ejército francés! ¡Salgan con las manos en alto!

El rugido de una risa resonó en todo el almacén y fue un momento de lo más surrealista, los enemigos llevados por la ansiedad estaban experimentando un repentino sentimiento de camaradería, sabedores de que se habían convertido en ratas atrapadas en la misma trampa.

En seguida, uno de los gangsters se abalanzó hacia una ventana frontal y fue instantáneamente acribillado por los alsacianos.

-¡Traidores, enfermos, amantes de los nazis! les gritó el jefe de los gangsters-. ¡Nosotros estaremos de nuevo en la calle en veinticuatro horas!¡A

vosotros os colgarán de una de esas vigas! ¡Bajad y ayudadnos a luchar para poder salir de aquí!

-Tenemos tiempo- rió un alsaciano mientras las llamas se expandían por el almacén. En seguida enviaron una lluvia de disparos a través de las ventanas frontales, causando una gran conmoción mientras los hombres maldecían y corrían para ponerse a cubierto.

Tras unos instantes, una ola de fuego respondió a través de las ventanas y produjo cortes por los cristales a un par de gangsters que estaban en el suelo del almacén.

-Jaque Mate – el comandante del ejército francés sonrió con admiración mientras daba un sorbo a una pequeña botella de vino que llevaba consigo. Se mantuvo junto a su coche de mando en la retaguardia del cordón que rodeaba el edificio junto a Le Blanc, que se apoyaba en unas muletas debido al episodio con Ruess y sus hombres hacía unas horas.

Le Blanc había sido encontrado desnudo en la calle por fuera del almacén junto al lado norte de Limoges por uno de su banda, que le estaba buscando en el coche por toda la ciudad. Se recuperó lo suficiente como para llamar a un enlace de las FFI informándoles de dónde habían sido enviados los alsacianos para interceptar a Tremblay. El lugar era falso, acordado de antemano por si acaso Le Blanc fuese capturado por la Gestapo, en cuyo caso sus hombres contactarían con los parisinos con detalles del encuentro no-existente.

-Estoy contento de haber vivido para ver esto - murmuró Le Blanc -. La piedad alemana es algo muy inusual.

-Debería usted estar en el hospital- el comandante le ofreció un cigarrillo -. Le habrían matado, ya sabe. A menos que...

-A menos que quisieran que yo estuviese de nuevo en el campo – Le Blanc hizo una mueca.

-Llevad una unidad de refuerzo a la catedral – el comandante salió rápidamente de su vehículo mientras resonaba el sonido de armas de fuego por toda la propiedad que rodeaba al almacén - ¡Nuestros agentes pueden estarse dirigiendo a una trampa!

Le Blanc miraba sombríamente al almacén en llamas, los sonidos del tiroteo y los gritos retumbaban a su alrededor. No podía más que rogarle a Dios que permitiese que al menos unos cuantos hombres buenos escapasen a la carnicería, una vez que aquella terrible noche hubiese pasado.

\*\*\*\*\*

Jacques Tremblay entró en la catedral con sus hombres, minutos antes de la medianoche, según lo planeado. La banda no sabía que habían escapado a un baño de sangre en el almacén y no tenían conocimiento del triple cruce que lo había causado. La mafia de Paría y sus contactos en la FTP estaban buscando la morfina en el campo, pero no tenían ni idea de que la banda de Tremblay se dirigía hacia otra parte.

-Aquí no hay nadie – dijo Marcel mientras avanzaban lentamente hacia el interior de la iglesia en penumbras, con las armas en la mano. Se detuvo para mojar los dedos en el agua bendita y se santiguó, provocando en los demás una carcajada. Entonces se puso en una de las hileras de bancos y se arrodilló para hacer una corta oración.

-Deja de hacer eso – dijo Lucien – nos traerás mala suerte.

-Creo – Marcel se santiguó al acabar la oración – que deberíamos usar toda la ayuda que podamos conseguir -. Ante el razonamiento, Jean Paul carraspeó y escupió un lapo de flema sanguinolenta al suelo.

- ¡Esta es la casa de Dios! – Marcel tenía los ojos como platos.

-Es asqueroso – exclamó Lucien – necesitas que alguien te mire eso.

-Desplegaos – ordenó Jacques – Jean Paul, Lucien, subid las escaleras, comprobad el frente y la parte de atrás. Marcel, tu vigila esta puerta, yo miraré en la sacristía.

Jacques corrió hacia la pila bautismal a la derecha del altar y, con mucho cuidado, metió la maleta metálica entre la pila y uno de los reclinatorios. Desde allí avanzó sigilosamente hacia la sacristía y se deslizó a través de la pesada puerta de madera.

Marcel oyó un suave golpe cerca de la entrada y se quedó paralizado, pero pensó que el viento podía haber lanzado una bellota desde un árbol cercano. Aunque se dio cuenta de que los árboles más cercanos estaban a lo largo de los paseos que había a cada lado de la catedral. Entonces atribuyó el ruido a basura llevada por ráfagas de viento, pero pensándolo mejor, decidió investigar.

Su último momento consciente fue una bayoneta hundiéndose en su barriga, atravesando sus entrañas y derramándolas sobre los escalones de la iglesia. Intentó gritar antes de perder la consciencia, pero una mano enguantada le tapó la boca mientras le arrastraban detrás de la puerta.

El intruso salió disparado por la caja de escalera hacia el coro y se puso cara a cara con Jean-Paul. Disparó un tiro de su Mauser y le dio a Jean-Paul entre los ojos, que le lanzó hacia atrás y le hizo caer desde el coro, haciendo

un ruido tremendo al chocar contra el suelo. Lucien vació su Beretta en la dirección del fogonazo, y el fuego de respuesta le alcanzó dos veces en el pecho, en el lado izquierdo. Lucien cayó hacia atrás en un banco y ya estaba muerto cuando golpeó el suelo.

Jacques salió de la sacristía por la entrada de detrás del altar y abrió fuego hacia el coro, refugiándose detrás de la gran estructura de mármol. El intruso bajó desde el coro y se escondió detrás de la fila de bancos a la derecha de Jacques así que estaban diagonalmente el uno frente al otro.

-Entregue la morfina- le gritó Robert Ruess -. Salga por la puerta y le dejaré vivir.

-Eres hombre muerto, nazi cabrón- le gritó Jacques en respuesta-. Cuando lleguen aquí me llevarán de vuelta a París. A ti te cortarán las pelotas por lo que hiciste en Oradour.

-No creo que lleguen a tiempo – Ruess se puso en pie.

Jacques salió de su escondite y le disparó a Ruess, que se lanzó y rodó por el suelo mientras la cabeza de una imagen de la Virgen María estallaba a sus espaldas.

-Te mandaré al infierno por eso- se burló de él Ruess.

-¿Es ahí dónde está mi contacto? - Jacques se escondió detrás de una columna, acercándose a la posición de Ruess.

-Tu contacto ha ido a la dirección equivocada – Ruess corrió detrás de la última fila de bancos, intentando determinar la posición de Jacques -. Uno de mis escuadrones de la muerte estaba esperándole. Seguí a ese viejo comierda de Le Blanc después de que sus amigos le recogiesen de la calle. No fue difícil averiguar dónde iban a estar ustedes.

-¡Hay gente esperándole aquí afuera ahora mismo! – le advirtió Jacques - ¡Todavía tienes una oportunidad de corregir tu error!

-¿Gente afuera? – Ruess rió – les corté la cabeza y prendí fuego a su coche. ¡Vosotros los franchutes sois tan torpes, como tú estúpido!

Jacques evaluó la situación e hizo su jugada. Se lanzó hacia el suelo y rodó por debajo del banco, poniéndose en pie a diez metros del sonido de la voz. Al hacerlo, Ruess apareció de detrás del último banco con el arma apuntando a la nariz de su oponente, justo lo mismo que estaba haciendo Jacques.

- ¡Suéltala! – ladró Ruess – da un paso atrás y te dejaré vivir.

- ¡Haz tu movimiento escoria nazi! - gritó Jacques – Te estoy apuntando entre ceja y ceja.

-Se acabó el juego caballeros – llamó una voz desde las sombras en las que se encontraba el cuerpo de Jean-Paul, sobre un charco de sangre -. Robert, retírate, le tengo a tiro desde aquí.

Los dos hombres miraron asombrados como Carl Hansen se acercaba a la tenue luz que daban los enormes candeleros que colgaban del techo abovedado, su escopeta recortada apuntando a Jacques.

-Baja tu arma, teniente- Ruess apuntó su Mauser hacia Carl -. Estoy en una misión especial que me ha encargado el mayor Wulf, tengo que hacerme cargo de este asunto. Nunca dijo una palabra de ti. Sabíamos que tenías tus propios planes.

- ¡Hay órdenes de búsqueda y captura por todo el Reich para que te arresten, Robert, no me hagas reír! – Carl dirigió su escopeta hacia Ruess -. Estás dejando que quemen a Diekmann por lo que le mandaste hacer a Eric en Oradour. Responderás por ello.

El último huevo de Pascua de Gunter para Carl fueron las llamadas interceptadas entre Le Blanc y Tremblay en las que Le Blanc daba a Jacques el punto de encuentro alternativo en caso de arresto. La llamada a la que tuvo acceso Ruess era un truco de las SD.

-Ya sabes que soy mejor que tú en este juego, Carl – Ruess apuntaba alternativamente a Carl y a Jacques – te enseñé todo lo que sabes, pero no todo lo que yo sé.

-Mentira – le provocó Carl -. Todos sabemos por qué venías tanto al campo de batalla, era sólo para verme trabajar.

*Seguid hablando nazis cabrones*, Jacques calculó el tiempo que necesitaría para darles a ambos en la cara. Sabía que si fallaba, ambos le dispararían a la vez y le matarían, no tendría una segunda oportunidad.

-De acuerdo, entonces – Ruess se burló de Carl – dentro de media hora le podrás explicar al diablo en el infierno qué es lo que haces aquí exactamente.

-Nos puedes llevar a los dos, feo pedazo de mierda- Jacques, finalmente apuntó su pistola a Ruess- ¡ya sé quién eres, capitán Cara Calavera!

-Los dos os llevaréis ese nombre con vosotros al infierno- se burló Ruess.

-Dad al diablo recuerdos míos cuando lleguéis allí. Carl no te equivoques. Estoy en una misión para recuperar lo robado.

-Eso tiene gracia, porque no es lo que me han dicho-se burló Carl. Sacó de un tirón una granada de su cinturón, dejándola armada al tirar de la anilla. Los otros dos observaron con terror como lanzaba la granada, por encima de Jacques hacia la pila bautismal en la hornacina y se lanzaba para ponerse a cubierto. El artefacto tardó segundos en explotar, estrellando a Jacques contra un pilar cercano y enviando a Ruess volando a través de una vidriera de colores. Carl esperó hasta que el ruido cesó para ponerse de pie mientras una nube de polvo y olor a cordita y medicinas llenaba el aire.

-Vosotros los franceses- Carl le dió una patada a la pistola de Jacques, después se sentó aturdido, apoyándose contra un banco destrozado – siempre por las malas.

-¡Aquí el ejército francés!- atronó un megáfono desde el exterior -. ¡El edificio está rodeado! ¡Salid con las manos en alto!

-Les diría que se portasen bien con vosotros, pero la verdad es que no creo que ese vaya a ser el principal tema de conversación- Carl se despidió de Jacques -. Al menos tendrás a Ruess para hacerte compañía. Apuesto a que tenéis mucho en común.

Jacques observó cómo Carl se apresuraba hacia la hornacina demolida y desaparecida en medio de la nube de polvo. Intentó alcanzar su pistola, pero se había quedado sin resuello y se sintió aturdido por el impacto de su cráneo al rebotar contra el banco en el que estaba apoyado. Se obligó a abandonar el banco mientras oía gritar órdenes en francés junto con el ruido de pies corriendo. Al final vió una figura de pie frente a él, con un rifle apuntándole a la cara.

-Jacques Tremblay – se burló el soldado-. No parece que a tus amigos les haya ido muy bien.

-Vete al infierno- se atragantó Jacques.

-Me encantaría enviarte allí- replicó el soldado- pero por desgracia la gente que toma las decisiones por aquí han decidido que te traigamos con vida. Tenemos órdenes de decirte que tu trato sigue en pie, serás recompensado con creces una vez os alemanes sean expulsados de Francia.

-¿Por qué no empiezas con esos dos cabrones que hay ahí fuera?- gorjeó Jacques.

-Señor Alain- otro soldado se le aproximó mientras evaluaba la carnicería dentro de la iglesia-. No hay rastro de nadie ahí fuera.

-¿Qué?- preguntó, girándose hacia su camarada- tenemos alrededor de treinta hombres armados y cuatro camiones, y ahora me dices que se han escapado dos nazis?

-No tengo ni idea de cuantos había- replicó el hombre- ahora no hay ninguno.

Los soldados levantaron a Jacques y le arrastraron gritando y maldiciendo por toda la catedral. Sus camaradas continuaron escupiendo maldiciones y juramentos ácidos mientras registraban todo el perímetro meticulosamente, pero no encontraron a los comandos.

## CAPITULO DIEZ

Francois Dagineau bajó con dificultad los peldaños enmoquetados del chalet de dos plantas, algo molesto de que alguien estuviese llamando a su puerta a una hora tan intempestiva. La mayoría de los políticos tenían el sentido común de llamar con antelación, al igual que hacían sus vecinos en Montauban. Habría oído el crujir de la grava si alguien hubiese llegado conduciendo hasta el porche frontal, lo que indicaba que ese alguien o bien había venido caminando o le habían dejado en la puerta. El ligero repiqueteo de la lluvia contra las ventanas no había impedido, aparentemente, a su visitante el aventurarse tanto en el campo a esas horas, ya eran las 9 de la noche bien pasadas.

Abrió la puerta y se quedó de piedra ante la imagen de una joven con aspecto de cansada, sus bellas facciones empapadas por la lluvia y mechones de pelo pegados a las mejillas. Llevaba un sombrero oscuro y un abrigo por el que resbalaban las gotas de agua sobre los peldaños de mármol.

-¡Angie!

-Hola, papá.

Él se acercó y la estrujó entre sus brazos como si hubiese regresado de entre los muertos. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y le faltaban las palabras, aunque no hubiese podido pronunciarlas si las hubiese tenido. Hizo lo que pudo para dejar de llorar, mientras ella le mantenía cerca, abrazada a su cuello.

-¡Mi niña!- finalmente la liberó de su abrazo, pero siguió aferrado a su brazo como si tuviese miedo de que fuese a desaparecer otra vez-. Hija mía. Ven, acércate al fuego, ¡oh mi Angélique!

La soltó lo justo para que pudiese quitarse el sombrero y el abrigo, los colgó y la llevó por la cintura hacia el sofá. Se sentaron abrazados, mirando al fuego durante largo rato sin hablar.

-No podía dejar que esos locos me arrebatasen a Carl, papá- consiguió decir finalmente, con lágrimas corriéndole por las mejillas-. Cuando vino a verme por primera vez estaba tan orgulloso de ese uniforme. Ya sabes lo idealista que es, el corazón tan puro que tiene. No podía soportar pensar que ellos le habían engañado, igual que a toda la nación alemana. Iba más allá de luchar por mi país, estaba luchando contra un imperio del mal por el alma del hombre al que quiero.

-¿Por qué no me lo dijiste, Angie? Me rompiste el corazón – le tocó la mejilla, llorando en silencio.

-Sé cuánto me quieres papá, y sé que nunca me hubieses dejado ir, o que habrías hecho que me siguiesen y tu gente hubiese interferido con lo que tenía que hacer- insistió apretándole la mano-. Todo el tiempo que estuve fuera no he dejado de pensar en ti. Mi mayor miedo era que me cogiesen, y no por lo que me hubiesen hecho, sino por lo que te hubieran hecho a ti.

-¡Oh, mi Angelique! – se abrazó a su cabeza y la puso contra su pecho- Dios nunca nos hubiera hecho eso, alabado sea Su nombre.

-Creo que ya casi ha terminado- dijo ella tranquilamente – los americanos y los británicos han desembarcado, los franceses se están alzando en armas por todo el país bajo el mando de De Gaulle. Los nazis se retiran, los traidores del gobierno de Vichy están cambiando de chaqueta otra vez. Es una cuestión de tiempo el que los alemanes pidan la paz.

¿Qué era lo que hacías, preciosa mía?- le levantó la barbilla para poder mirarla a los ojos. Sin maquillaje, tenía una belleza angelical que iba a tono con el nombre que le había puesto.

-Todavía no puedo decírtelo papá- le tocó la mano-. Pronto, muy pronto, pero todavía no. Sólo te pido una cosa, te lo ruego en el nombre de mamá.

-Cualquier cosa querida mía- dijo él de todo corazón.

-Te pido que hagas todo lo que esté en tu mano para proteger a Carl cuando regrese- le rogó ella- sé que está con las SS, y que le perseguirán, pero me moriría si algo le pasase.

-Haré todo lo que pueda, pequeña mía, lo juro.

-¡Oh papá, gracias, gracias!- se lanzó a sus brazos. Ambos se quedaron sentados llorando de felicidad durante un buen rato.

Los cielos brumosos y anaranjados brillaron con una débil luz mientras el humo y las llamas consumían con avaricia la atmósfera. El incesante tableteo de las ráfagas de tiros extendía su eco bajo el rugido de las explosiones que golpeaban la tierra. Los moribundos gritaban en su agonía mientras los vivos corrían como locos por el paisaje surrealista, rezando sólo por sobrevivir. Los soldados, empequeñecidos por las máquinas de guerra, se enfrentaban los unos a los otros a lo largo de la línea de costa, amontonándose al incorporarse a la vorágine.

Era el 28 de junio cuando elementos de la segunda división Panzer del regimiento Das Reich bajo el mando del general Lammerding finalmente llegaron a la ciudad de Noyers-Bocage, al sur del estratégico centro logístico de Caen. La unidad de reconocimiento del mayor Wulf, “la primera en llegar la última en irse” como siempre, irrumpieron en escena estruendosos a bordo de sus motocicletas y consiguieron desalojar a un pelotón británico que estaba posicionado en las afueras de la ciudad para detener su avance.

-Muy bien chicos- el capitán Khan convocó a sus tenientes-. Este es el plan. Carl se mueve a la izquierda, Heinz a la derecha, eliminamos a cual unidad defensiva que nos encontremos por el camino, dejando la carretera despejada para nuestros batallones motorizados y hacemos avanzar a la retaguardia. Dad instrucciones a vuestros sargentos de muevan sus escuadras según el procedimiento estándar, disparar y buscar refugio, cuidado con los flancos, no os dividáis. Si hay una gran concentración de enemigos, esperad la llegada del apoyo de los tanques, no intentéis ganar la Cruz de Hierro, habrá ocasiones de sobra para eso en la playa. Estamos planeando dirigir nuestros Tigres directamente hacia el centro una vez que el enemigo salga a nuestro encuentro, dividiremos sus líneas y les romperemos la mandíbula. Que Dios esté con vosotros, ¡Heil Hitler!

-Si no os veo en la playa, os veré en el infierno- bromeó Carl con gesto lobuno. Los dos tenientes se agarraron el uno al otro y se dieron palmadas en la espalda.

-El diablo nos rechazará, ya lo verás. A Dios no le quedaría más remedio que aceptarnos- Heinz Barth sonrió ligeramente mientras se alejaba para reunirse con su pelotón.

-Muy bien chicos- Carl se volvió a Eric, Hans, Peter y Michael- según los culos metálicos, tendremos que engancharnos a la 12ma división Panzer SS de las Juventudes Hitlerianas como refuerzo de la división 21ra Panzer, que está a punto de ser rebasada por el 3er batallón de Infantería Británico y lo que sea que viene detrás suyo. Quiero avanzar a lo largo de calles paralelas de modo que podamos converger a cada lado del enemigo que se esconde en los edificios. Quiero que los escuadrones de Eric y Hans se cubran los unos a los otros en su avance a lo largo del lado sur de los edificios. Eric, tú vigilarás a las unidades británicas que vengan desde el sur a ayudar a las unidades que hay en los límites de la ciudad. Yo buscaré bolsas de resistencia o dar posible apoyo a las Juventudes Hitlerianas. De acuerdo, ¡vámonos!

Los escuadrones de doce hombres avanzaron abriendo fuego y cubriéndose, superando calle a calle, usando los portales, vehículos destrozados y postes como escudos mientras se turnaban para proteger el avance de sus compañeros. En poco tiempo habían atravesado la ciudad, intercambiando tiros aleatorios con los francotiradores británicos, aunque sin bajas. Finalmente, consiguieron llegar al extremo norte de la ciudad en dónde la 21ra División Panzer estaba destacada, intercambiando a intervalos fuego de artillería con el tercero de Infantería británico, situado a unos cinco kilómetros.

-¿Cómo va eso?- saludó Carl a un capitán de artillería, enfrascado en su observación de las posiciones adelantadas británicas a través de sus anteojos de campo-. He oído por ahí que os iban a rebasar.

-Puede que algún día, pero no esta noche, teniente- replicó el capitán, bajando los anteojos para mirar a Carl a la cara-. ¿La División Reino? Me alegro de que hayáis venido. Hemos oído que le hicisteis un nuevo hueco del culo a los rusos antes de venir aquí al buffet de ancas de franchute<sup>[2]</sup>

-Nuestros chicos acaban de internarse por la carretera, estamos reconociéndola- replicó Carl- Mira, estaba pensando en acercarme a la playa y ver si podemos sacar a algunos de nuestros muchachos de allí. Si pudiéramos ayudarles a reagruparse, quizás podríamos mantener las posiciones el tiempo suficiente para que las Juventudes Hitlerianas avanzasen y nos diesen algo de espacio de desahogo, quizás empujar a los inglesitos algo más al sur.

-¿Para quién carajo trabajas tú, Lammerding?- el capitán le miró de reojo-. Le ponen a la División su nombre y ahora se piensa que va a ganar la guerra con una sola mano? No olvides que todavía está bajo el mando de Rommel y tendrá que responder ante él si tu pelotón y tú desaparecéis ahí fuera.

-No lo haremos, capitán- razonó Carl, con su oscura melena ondulando al viento-. Mire, tiene sentido. Nuestros reconocimientos aéreos han informado de un gran número de unidades divididas que necesitan refuerzos. Podemos ayudarles a empujar a los británicos lo suficiente como para que las Juventudes Hitlerianas puedan avanzar.

-No pongas demasiadas esperanzas en las Juventudes Hitlerianas- el capitán regresó a sus anteojos de campo- son una panda de gamberros que todavía deberían estar en el campo de entrenamiento. Si aseguras una zona y dejas que las Juventudes Hitlerianas te releven en la posición, hay 50% de posibilidades de que los británicos acaben persiguiéndote hasta aquí otra vez.

-Cúbrenos las espaldas, voy a llamar a mis sargentos- decidió Carl.

-Que tengas una buena vida- el capitán continuó estudiando las líneas británicas.

Carl se hizo con un par de camiones que no estaban utilizando y fue con su pelotón hacia la playa. Los comandos saltaron del vehículo y miraron desoladamente a la carnicería que había por toda la línea de costa, cuando Carl llamó a reunión a sus sargentos.

-Bien chicos, esperemos que este no sea el último tiempo del partido- bromeó Carl-. Volveremos a actuar del mismo modo, Eric y Hans se desplegarán a la izquierda, Michael y Peter hacia la derecha, bajo mi mando. Rodearemos esa

línea de rocas, una vez que estemos en posición, Eric avanzará por el flanco izquierdo. Si son amigos, les ayudaremos a reagruparse y volver al campo de batalla, si son enemigos disparad a todo lo que se mueva. Pase lo que pase, ¡estar con vosotros ha sido la bomba chicos!

Mi padre me dejó una vez inconsciente de una paliza estando de picnic con la familia en la playa- sonrió Eric, mientras se quitaba la camisa y las botas y Carl le miraba desconcertado- dijo que la gente debería tener más respeto por su ropa y no ponerse los zapatos en la playa. Desde entonces ha sido una de mis reglas.

Sus hombres se habían acostumbrado a las excentricidades de Eric, y obedientemente se quitaron los zapatos y las camisas. De repente, Carl lamentó no haber vigilado más de cerca la relación de Eric con su escuadrón, aunque se dio cuenta de que nunca había dado la más mínima señal de ser capaz de hacer lo que hizo en Oradour, con o sin Ruess.

-Ve con Dios, Eric- suspiró Carl con resignación.

-Dios abandonó este juego hace mucho, teniente- sonrió Eric levemente- ¡Muy bien chicos, vamos a matar!

Carl les observó avanzar descalzos por el flanco izquierdo durante un cuarto de kilómetro junto al escuadrón de Hans, los dos escuadrones se separaban al aproximarse al extremo sur de la línea de rocas. Mientras los soldados de Hans torcían hacia la derecha, un proyectil de mortero cayó frente al escuadrón de Eric. Eric continuó su avance hacia la playa a través de una nube de humo y arena, sus hombres le seguían ciegamente hasta que se perdieron de vista.

-¡Vamos a por ellos!- rugió Carl encabezando el ataque hacia el lado norte de la línea rocosa. Los comandos corrieron hacia el flanco derecho, aproximándose a la línea de rocas cuando Carl les señaló que se separasen en líneas. Carl le hizo una señal a Peter de que le siguiese hacia la derecha, y salieron corriendo alrededor de las rocas para encontrarse con el enemigo al otro lado.

Los SS doblaron la esquina y se encontraron de frente con un pelotón de soldados británicos, muchos de ellos heridos, algunos armados con rifles y el resto llevando solamente pistolas y bayonetas. Carl vació su Mauser en el grupo antes de meterse justo en el medio de ellos, seguido por sus hombres. Los británicos no podían disparar desde tan cerca y entonces se vieron obligados a entablar una lucha cuerpo a cuerpo.

Carl sacó la bayoneta y empezó a acuchillar frenéticamente al enemigo, abriendo un camino para que le siguiesen sus hombres. Se apoyaron los unos a los otros, espalda contra espalda acuchillando a sus desesperados oponentes. Cuando parecía que iban a ser derrotados por la superioridad numérica del enemigo hubo un gran estallido en su flanco de retaguardia. Los hombres de Michael habían atravesado la línea de rocas y ahora convergían sobre el enemigo, cayendo sobre ellos con los ojos desorbitados.

En unos minutos los ingleses estaban muertos o muriéndose sobre la arena teñida de rojo, habiendo probado no ser oponentes para los experimentados SS. Carl alzó a un hombre malherido y le sentó.

-¿Dónde están vuestros refuerzos? – le preguntó en un inglés gutural, agarrando al hombre por la solapa con la mano izquierda mientras agarraba con la derecha el brazo semi-seccionado del herido- ¡te arrancaré el brazo, así que ahórrate ese dolor!

-¡Muy bien, maldito seas!- gritó el hombre al recibir la presión- ¡El próximo transporte de tropas llega en cinco minutos! ¡Deben estar avanzando hacia nosotros!

-Malas noticias, Carl- Peter miró por encima de las rocas a la costa teñida de sangre- Llegan antes de tiempo.

¡Desarmad a estos hombres, llevaos lo que podáis y lo que no lanzadlo por las rocas y salid disparando!

En seguida hubo una lluvia de armas que caían en cascada por encima de la línea de rocas para sorpresa del pelotón de ingleses que avanzaban, haciéndole frenar su avance, justo en el momento en el que los SS comenzaron a saltar desde las rocas y a abrir fuego sobre ellos. Los soldados fueron

cogidos con el pie cambiado por las tácticas poco ortodoxas de los alemanes, que corrían a toda velocidad a cada uno de sus lados aunque sin acertar en sus objetivos con una precisión mortal. Las tropas británicas devolvieron el fuego, derribando a algunos de los SS, pero sufrieron grandes bajas y fueron cogidos fuera de posición cuando los alemanes atacaron con las bayonetas caladas. Una vez más, la ferocidad de los comandos y su mayor velocidad y condiciones tuvieron como resultado una victoria sangrienta para las SS.

Carl dejó a uno de sus hombres detrás para cuidar de los heridos y encabezó a los otros, diecinueve en total, incluyendo a Michael y a Peter, hacia un gran peñasco que dominaba una quebrada a lo largo de la costa. Bajo ellos apareció un desaliñado grupo de tropas enemigas, que había venido a parar allí después de varios intentos fallidos de alcanzar mayores alturas en varios puntos de la costa. Parecían estar algo confusos y estaban evaluando el estado de sus heridos y de los suministros que les quedaban.

-¡Muy bien chicos!- les gritó Carl a los supervivientes- ¡O bien esperamos aquí a que nos maten o nos capturen, o echamos a estos perros de vuelta al mar tal y como dijimos que haríamos! ¡Ya casi no les queda munición y tienen tan pocas oportunidades como nosotros de recibir refuerzos o provisiones! ¡Cojamos lo que tenemos y luchemos con ello! ¡Acabaremos el partido como hombres, hail Hitler y que Dios se apiade de nuestras almas!

Se asomaron al precipicio y vieron la horda de desconectados soldados británicos avanzando a lo largo de la línea rocosa, posiblemente entre ciento cincuenta y doscientos hombres. Entre ellos estaban los heridos, si bien el número de los aptos para el combate sobrepasaba al de los alemanes. Llevaban rifles, pistolas, bayonetas y cuchillos, y Carl se dio cuenta de que, al menos, estaban igual de mal armados que sus enemigos alemanes.

Con un grito que helaba la sangre, como el de una valquiria, Carl se lanzó rocas abajo hacia el centro de los invasores británicos. Sus hombres no vieron más alternativa que seguirle, cayendo como demonios y luchando con desesperación al ser rodeados por un ejército que no estaba preparado. Vieron la hoja de un metro de larga del machete de Carl como si fuese una serpiente comedora de carne humana girando al abrir caras y pechos, dividir cráneos y seccionar extremidades. Los británicos se lanzaron en masa contra el atacante de músculos de tigre, pero se ponían así mismos en peligro, siendo eliminados

en medio de una lluvia de sangre antes de ser capaces de defenderse de su violenta arremetida.

Los alemanes hacían lo que podían para imitar la ferocidad maniaca de Carl, esquivando y empujando, aunque muchos habían sido alcanzados por los disparos de pistola, rifle o por el fatal empuje de las bayonetas de los avezados comandos británicos. Miraban a Carl con desesperación, que era como un torbellino que rociaba de sangre, liberando una lluvia de sangre con cada golpe, estocada o tajo. Entrañas derramadas por la arena mientras Carl destripaba a sus enemigos con el letal golpe de su cuchilla. Un hombre se tambaleó hacia los camaradas de Carl sin una cabeza sobre sus hombros. Las piernas de otro hombre se desplomaron al separarse su mandíbula de la mejilla cortada. A otro hombre, a punto de abalanzarse sobre Carl desde el saliente de una roca, le amputó el brazo a la altura de la clavícula.

-¡Vamos, hay una abertura, es la gloria o la tumba!- rugió Carl ya que los alemanes ahora podían ver la luz del día entre la línea de rocas, los británicos o estaban muertos o muriendo junto a la abertura. Él dirigió el ataque y ellos le siguieron casi en estado de pánico, las balas y las bombas cayendo y explotando cacofónicamente a su alrededor.

Elementos del primer ejército canadiense y el segundo ejército británico habían convergido en la playa, luchando desesperadamente por unirse al combate que continuaba surgiendo delante y detrás mientras alemanes y aliados seguían en una lucha por el camino de la vida hacia caen, más adelante. La Bolsa de Falaise casi había demostrado ser una trampa mortal para el séptimo ejército, el quinto ejército Panzer y el grupo Panzer Eberbach. Casi 80.000 soldados alemanes fueron llevados a una guerra de desgaste en a zona sudeste de Caen, y la compañía de Carl había elegido sacrificarse en un inútil intento de perturbar los flancos del grupo de ejército británico que estaba avanzando.

Desde arriba los comandantes de los aviones de reconocimiento británicos, no podían por menos que observar alarmados como los pelotones de Carl caían en oleadas y se retraían después como si de una destructiva e irresistible marea se tratara contra el flujo irresistible de tropas canadienses y británicas en la costa. Carl dirigía a sus hombres en cargas suicidas que le rompían la mandíbula a los que intentaban realizar la maniobra de pinza, permitiendo a

los alemanes reagruparse y formar una cuña que penetraba en las desorganizadas formaciones de subunidades sin líder. Los británicos gritaban órdenes en sus radios en vano, sabiendo perfectamente que una cortina de fuego de artillería o un ataque incendiario no eran posibles en aquellas condiciones. Hasta sus escuadrones de tanques rodeaban inútilmente el perímetro sin ser capaces de entrar en las líneas rocosas en las que Carl y sus hombres estaban llevando a cabo sus masacres.

En un momento dado, Carl y sus hombres miraban desde una línea de rocas, casi exhaustos por sus esfuerzos en matar al enemigo a pesar de que eran superados en número por el enemigo cinco a uno. Observaron desoladamente como un enjambre de soldados británicos frescos cargaban desde una formación rocosa a unos cincuenta metros de distancia, con los ojos fuera de las órbitas y desquiciados en su desesperado ataque como para sobreponerse al terrible espectáculo que les rodeaba. Los alemanes miraban con desesperación a Carl, que estaba cubierto por la sangre de sus víctimas aunque él mismo también sangraba por varios cortes y heridas. Su pelo estaba apelmazado por la sangre de los muertos y sus facciones, irreconocibles, tenían restos de cartílago de sus enemigos.

-Muy bien- cedió Carl al fin – emprender otra carga como esta sería un suicidio. Nos retiraremos hacia aquellas colinas, al este y nos repositonaremos para otro asalto. Con suerte nos uniremos a otra unidad amiga y así ellos se llevan la peor parte mientras nosotros recuperamos energías.

A Carl y a sus hombres no se les permitió recuperar esas energías. Los comandantes de la Panzer Lehr y de la 12ma Hitlerjugend les ordenaron reforzar las líneas defensivas alemanas a ocho kilómetros al sur de Bayeux. Sin haber dormido en tres días, exhaustos del combate, medio muertos de hambre y deshidratados, el variopinto batallón de Carl fue derribado como si fueran bolos por la 7ma División Acorazada del teniente general británico Bucknall del XXX cuerpo de ejército. Él fue uno de los únicos supervivientes de la matanza, y las tropas del Batallón de Tanques 101 de la 2da Compañía de las SS se quedaron estupefactos al ver los pocos hombres que volvían a sus líneas como muertos vivientes.

-Debe ser como el infierno ahí fuera- el teniente Michael Wittman, legendario héroe del batallón, se acercó a Carl y le ofreció su cantimplora mientras el resto de hombres se desplomaban en el suelo a lo largo de la zona de preparación mirando la ciudad de Villers-Bocage-. ¡Ahí viene el Diablo a pagar y por Dios que pagará!

-Sólo por seguir respirando después de lo que han soportado, estos hombres merecen la Cruz de Hierro- Carl hizo un gesto de dolor, una herida con muy mal aspecto le quitaba el aliento-. Asegúrese de que sus nombres se registren por lo que han hecho.

-Tenemos que llevarle al hospital- insistió Wittman al ver que la sangre bajaba por una pernera de los pantalones de Carl.

-Vi morfina por valor de dos millones de francos saltar por los aires en una catedral de Limoges- gruñó Carl- si nos quedara algo, désela a esos hombres y a los que vayan a dar su sangre por el Reich.

-¿Y qué pasa con usted?- preguntó Wittman suavemente.

-Ya tengo todo lo que necesito- Carl esbozó una sonrisa-. Hay un ángel esperándome.

Wittman decidió que Carl había visto el ángel de la muerte, y a regañadientes, volvió con sus tropas. Carl, a su vez, caminó por una pendiente y miró fervientemente al cielo estrellado.

Pensó en Angie, y en cómo era seguro que ella podía ver la misma luna que él estaba viendo, sólo a un par de cientos de kilómetros de distancia. Pensó en su sonrisa, en sus ojos, sus labios, su asombro, todo lo que era ella, y en que estaba decidido a morir en sus brazos y no allí.

Pensó en Robert Ruess, en cómo se las había arreglado para manipular su situación, conseguir la victoria desde las sombras de la muerte, sobrevivir, incluso prosperar, a pesar de en lo que se había convertido. Ruess era un criminal de guerra, perseguido por las propias SS...aunque sobrevivió. Fue bajo esta premisa que Carl decidió que ya había sacrificado demasiado.

La guerra estaba perdida. Pasaría el tiempo que le quedase regresando con Angie.

Bien sabía que existía la posibilidad de encontrarse con unidades de Einsatzgruppen o agentes de la Gestapo husmeando por la retaguardia, esperando a atrapar a algún soldado herido buscando refugio del horror. Carl estaba seguro de que le partiría el cráneo a cualquier escuadrón de la muerte que se interpusiese en su camino, aunque no tenía sentido darles la oportunidad de golpear primero. Además, su insignia de Waffen-SS no dejaría dudas de que había abandonado una división cuyo lema era victoria o muerte.

Mientras cruzaba los campos llenos de muerte, comenzó a cambiarse la ropa con soldados muertos del ejército regular. Los cuerpos sin piernas ofrecían camisas con tanta libertad como los cadáveres sin brazos ofrecían pantalones. Carl comenzó a correr, buscando comida y agua en las bolsas de lona, mientras atravesaba a la carrera el campo de batalla. Encontró un Mauser y una cartuchera que le proporcionarían suficiente protección. No sabía dónde o cómo, pero conseguiría regresar con Angie.

Calculó la distancia que tendría que viajar desde comenzaba el camino hasta Montauban. Pero ahora su moto era pasto de las llamas en los campos de Normandía. La pura ironía de la situación aturdió a Carl. Merodeó entre las sombras, evitando a la gente, arrastrándose a través de los bosques mientras los franceses respiraban el dulce aire de la libertad. Tan sólo unas semanas antes, la División había sido tratada como enviados diplomáticos de buena voluntad. Ahora él era un fugitivo que corría el riesgo de ser linchado por fanáticos.

Sabiendo que su apariencia era una señal reveladora, Carl robó de una granja y se llevó unas ropas de una tendedora cuando la señora las dejó sin vigilancia. Esto le permitió viajar sin esconderse y ahorrar tiempo. Al final se dio cuenta de que tenía más posibilidades de conseguir llegar si ahorrraba fuerzas durante el día y continuaba la marcha por la noche. Su principal tarea consistía en evitar a los grupos de personas que festejaban subidos a camiones, carretas o bicicletas anunciando las noticias del desastre de la División Reino. La sangre había manchado su camisa de franela, así que cualquiera podría pensar que era un desertor o un rezagado. Una muchedumbre

con sed de venganza al oír su acento le podría colgar de un árbol, siendo optimistas.

En una granja se encontró un balde de leche fresca, probablemente olvidada por algún chico sorprendido por el júbilo general. En otra encontró unos harapos con los que vendar su herida. La hemorragia se había detenido por el momento, pero ardía como el fuego y necesitaba atención. Su principal preocupación era encontrar un refugio, y para alegría suya, encontró un granero abandonado en el que pudo quedarse dormido profundamente.

Carl fue despertado repentinamente por el crujido de una rama cerca del arbusto bajo el cual estaba echado, y se puso en acción. Vio las botas de combate del intruso, y atacó con una patada de barrido que levantó las dos piernas del desconocido por los aires y le hizo caer al suelo. Con una segunda embestida se puso sobre él y le puso la bayoneta en el cuello.

¿Qué es lo que quieres?- le preguntó Carl en francés.

-¡No me mates, no te entiendo!- el chico gritaba en alemán y entonces Carl le soltó.

-¿Quién eres?

-Soy Henrik Kersten de Bitburg- acertó a decir el muchacho mientras Carl le ayudaba a levantarse- estoy con el primer escuadrón, 3er pelotón del segundo regimiento del 12avo de las Juventudes Hitlerianas. Fuimos separados de nuestra unidad en Bayoux y casi sobrepasados. Los canadienses nos persiguieron durante muchos kilómetros, pero conseguimos escapar. Hemos estado vagando hacia el este intentando contactar con unidades migas pero estamos perdidos.

-¿Dónde están los otros? ¿Cuántos años tienes, por cierto?

-Quince- replicó el muchacho. En seguida un grupo de seis chicos y una chica se aventuraron a abandonar la seguridad de la línea de árboles que protegía los arbustos en los que Carl había estado descansando. Todos llevaban bayonetas y llevaban puesto el uniforme de combate pero no tenían mochilas.

-Increíble- Carl Movi6 la cabeza.

-Esa es una herida muy fea- la chica torci6 el gesto-. Si tienes algo con lo que trabajar te la puedo limpiar, soy enfermera.

-Si la tocases serías una enfermera muerta- gruñ6 Carl-. ¿Tenéis algo de comer?

-No hemos comido en casi dos días- replic6 Henrik-. Nos las hemos arreglado para robar de las cosechas, pero es difícil porque los granjeros vigilan por si vienen los ladrones.

-Muy jodido tendría que estar para dejarme morir de hambre por culpa de unos granjeros- gruñ6 Carl-. Muy bien, seguidme, en fila india, dos metros entre vosotros, atentos a las señales de mis manos y sin hablar.

Anduvieron a marchas forzadas durante 20 kil6metros antes de avistar una granja y un granero en medio de un campo de trigo rodeado por un solo hilo de alambre espino que estaba sujeto a una larga hilera de postes. Carl dedujo que era s6lo para delimitar los lindes de la propiedad m6s que para mantener el ganado dentro.

-¿Alguno de vosotros sabe ordeñar una vaca?- les pregunt6. Ingrid, la chica, levant6 la mano.

-Bien- continu6- el resto de vosotros avanzad y desplegaos hacia los lados para cubrir los flancos. Cuando el resto de vosotros llegue al granero, dos se quedarán a los lados mientras Ingrid ordeña la vaca. Henrik traerá el balde. La leche debería bastarnos hasta que crucemos la frontera, que nos podría llevar otro día.

Los adolescentes iban a cruzar la alambrada cuando el ‘click’ del gatillo de un fusil les dej6 congelados. Carl se maldijo a sí mismo por haber sido tan tonto de no darse cuenta, su preocupación por los chicos había despistado a sus sentidos. Hizo ademán de coger la bayoneta pero se dio cuenta de que podría estarlos exponiendo a un peligro ya que no llevaban armas.

-¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

-Un voluntario de las FFI- replicó Carl en francés-. Mi unidad ha sido destrozada por tropas alemanas que se batían en retirada, a las afueras de Bayeux. Preparamos un campo de exterminio a cerca de treinta kilómetros al suroeste de la batalla pero sus blindados nos dispersaron. Me encontré con estos chicos; fueron reclutados por el ejército alemán, pero han quedado aislados de sus unidades. Todo lo que quieren es irse a casa. Tenga piedad, Monsieur.

-Mi esposa y yo somos cristianos- replicó- me he visto obligado a patrullar el campo debido a los saqueos que están teniendo lugar en la zona. Los criminales de las FTP están haciendo su agosto con la caída del gobierno de Vichy; están robando y saqueando por toda la campiña. Nos han robado todos los pollos y las verduras que teníamos plantadas también. Aunque mi esposa no me perdonaría que dejase a estos chicos marcharse hambrientos. Vamos amigo, tráigales a la casa.

Carl y el hombre, el señor Lemieux, llevaron a los chicos hacia la casa donde estaba su esposa, que se llevó un susto al ver a los chicos embarrados con sus uniformes sucios. Fueron dirigidos hacia el granero, en donde pudieron lavarse y cambiarse de ropa, que había estado guardada allí durante años. Cuando regresaron, sus ojos se abrieron como platos al ver las jarras de leche fresca y las hogazas de pan en la mesa y estofado de calabaza en el horno.

Los adolescentes comían ruidosamente, felices, mientras se comunicaban a través de Carl, que hacía de intérprete entre los Lemieuxes y los adolescentes. Estaba un poco contrariado al principio pero en un momento dado, aprendió que los chicos habían ido al mismo instituto y habían sido reclutados por las Juventudes Hitlerianas contra la voluntad de sus padres. Estaban mal entrenados, eran poco más que boy scouts cuando les dieron un rifle y los pusieron en el campo de batalla. Su función era estrictamente la de servir de apoyo pero se les obligó a luchar cuando las Juventudes Hitlerianas fueron diezmadas por las violentas e implacables acometidas de los aliados.

-Déjeme cambiarle el vendaje señor- le dijo la señora Lemieux. Carl aceptó a regañadientes y ella le llevó al dormitorio. Ella hizo una mueca al ver la gravedad del tajo, casi un centímetro de profundidad y alrededor de un cuarto metro de longitud. Lo llenó con antiséptico y ungüento antes de cubrirlo con gasas y vendarlo fuertemente.

-Debería usted estar en el hospital- insistió el señor Lemieux-. Le llevaré en seguida.

-Le prometí a estos chicos que les llevaría a casa- rechazó Carl-. Dios le bendiga por lo que ha hecho. Nos iremos una vez que terminen la cena.

-Usted no es francés- Lemieux señaló hacia los tatuajes cerca del corazón de Carl, uno pequeño que identificaba su grupo sanguíneo y otro grande que mostraba el símbolo de gancho de lobo de la división Reino.

-No crea que soy un mentiroso-replicó Carl- estaba intentando proteger a los chicos.

Los Lemieuxes unieron sus manos a las suyas y rezaron durante un rato antes de reunirse con los chicos, que estaban terminando los restos de una comida copiosa. Después de un breve lapso de tiempo, dieron las gracias a la pareja antes de proseguir con su viaje. Les dijeron que siguieran con los monos puestos, que les ayudaban a pasar más desapercibidos aunque se vieran forzados a seguir con las camisas del uniforme puestas. Carl las veía como señales deladoras, pero siguió dirigiéndoles a través de la línea de árboles cuando era posible. Mientras caía la oscuridad, Carl les permitió marchar más cerca unos de otros aunque insistió en que no hablasen, ni hiciesen ruido.

Percibió movimiento por la carretera y les hizo una señal para que se arrastrasen por entre los matorrales junto a la cuneta. Iba a dirigirles hacia el interior del bosque, cuando un chorro de luz les detuvo.

-¡Quédense donde están!-ordenó una voz- ¡Salgan con las manos en alto!

Carl hizo avanzar a los chicos, y maldijo al ver que se trataba de un escuadrón de *Milice* dirigido por cuatro agentes de la Gestapo con sus gabardinas.

-¡Y bien...!- el jefe de los Gestapo avanzó fanfarrón-. Los nueve, vagando por ahí, con la camisa del uniforme y de noche. ¿Por qué no habría de creer que habéis desertado de vuestras unidades?

-Son de las Juventudes Hitlerianas, les he traído de viaje de campo desde Bitburg- replicó Carl-. Nos atacaron los comunistas a las afueras de la ciudad.

Los granjeros tuvieron la amabilidad de darnos ropa. La mayor parte de los franchutes de por aquí no nos daría ni la hora. ¿Por qué te crees que estamos andando?

-Lo más fácil será enviar tus huellas a Berlín- se burló el jefe- y si resulta que eres militar, os colgaremos a todos por desertores.

Los temblorosos chicos fueron rodeados por los *Milice* que portaban rifles, los agentes de la Gestapo llevaban metralletas mientras escoltaban a los milicianos. Les llevaron hacia un camión que esperaba en la carretera, la puerta de atrás se abrió para recibir a los cautivos. Carl iba el primero, saltando al interior del camión, el aterrorizado Henrik justo detrás suyo y sus compañeros cerraban la marcha.

Justo cuando Henrik estaba subiendo, Carl se abalanzó sobre el Gestapo más próximo como un gato salvaje, gritándole a los chicos que se pusiesen a cubierto. Hizo girar al hombre en una llave en la que le tenía cogido por detrás, hasta que lo cortó la arteria carótida, y después le usó como escudo mientras le quitaba la metralleta. Le lanzó una ráfaga de balas a los Gestapo y a los *Milice*. Algunos de ellos devolvieron el fuego y mataron al escudo humano antes de que Carl consiguiera bajar.

-Cargad sus armas en el camión, y esconded los cuerpos en los matorrales- ordenó Carl-. Creo que podemos separarnos aquí. No paréis por nadie. Si os para la policía o el ejército, decidles qué queréis hablar con el teniente Gunter Schweinberg en la SD de Berlín, y que Carl Hansen os ha enviado. Si conseguís cruzar la frontera, id a la iglesia más próxima y que llamen a vuestros padres. Contadles a los curas la historia del viaje de campo desde Bitburg.

-Ella nunca había visto como mataban a alguien antes-explicó Henrik ya que Ingrid estaba inclinada hacia delante con la cara cubierta por las manos-.Estaba en la retaguardia con las líneas de abastecimiento, distribuyendo medicamentos.

-Con algo de suerte, no volverá verlo nunca más- gruñó Carl.

Los adolescentes hicieron como Carl Había ordenado antes de reunirse en torno suyo para despedirse. Ellos le invitaron a acompañarles pero les dijo que tenía pensado reunirse con su auténtico amor. Finalmente, le dieron la mano, Ingrid le besó en la mejilla antes de que se subiesen al camión y se marchasen. Carl se quedó mirando hasta que se perdieron de vista y entonces, se adentró en el bosque.

Harry Blackburn y Henri Geronimo tenían un último asunto que atender.

El chateau Dagineau estaba acordonado esa noche por grupos de hombres armados en camiones portando pancartas en protesta por los salarios y las horas provistas por el dueño del viñedo. La ciudad de Montauban estaba sufriendo una plaga de actos aleatorios de vandalismo, mientras la ciudad ardía en llamas y las bombas incendiarias se detonaban por todas partes. Los miembros de la policía local estaban exhaustos por la actividad y eran incapaces de investigar el vandalismo en los alrededores del chateau incluso si hubiesen querido.

Blackburn y Geronimo conducían con el comandante Staunton hacia el chateau, se les permitió la entrada en una larga cola de limusinas que estaban siendo comprobadas en varios puntos de control por parte de los manifestantes. Condujeron por la tortuosa carretera que llevaba hacia la elegante mansión, donde una gran flota de coches estaba aparcada para que sus ocupantes pudiesen asistir al gran banquete en celebración de la inminente liberación de Francia por los aliados.

-Desde tiempos de Carlomagno hasta la época de Napoleón, nuestro pueblo nunca había sido probado por un fuego tal y como el que hemos soportado en esta guerra mundial. Hemos sufrido enormemente, pero lo hemos conseguido. Agradecemos a nuestro aliados por darnos esta bendita victoria, y agradecemos a la Resistencia por el sacrificio y determinación que nos ha llevado hasta este día. Pero sobre todo, agradecemos a Nuestro Padre Celestial por liberarnos del mal y por defender a nuestra raza y a nuestra nación. *¡Vive la France!*

El discurso de Angelique hizo que la enorme reunión en la mansión Dagineau de Toulouse profiriese una gran ovación. Permaneció de pie junto a la barandilla en el nivel superior de la escalera de mármol, que descendía en

forma de herradura hasta el gran salón en el que todos se habían reunido. Estaba radiante con su vaporoso vestido blanco de seda y una modesta tiara de diamantes, que le daban una apariencia angelical bajo la deslumbrante araña de cristal que iluminaba la gran sala. Además de ella, el jefe de policía, el alcalde y su padre sonreían con orgullo.

Cuando al principio, se había adelantado y comenzado su discurso, un silencio de estupefacción por toda la sala. La reunión estaba atónita ya que se estaban dando cuenta de que escuchaban la voz de madame Dominique. Su padre no tenía ni idea de a quién pertenecía supuestamente aquella voz, ya que él nunca se había atrevido a escuchar la radio clandestina debido a la vigilancia constante de la Gestapo. Cuando le dijeron lo que ella había hecho, se sintió abrumado por la emoción y tuvo que retirarse de la fiesta durante un rato.

-Parece que gané la apuesta- dijo Geronimo mientras él, Blackburn y Staunton bebían champagne a sorbos ataviados con sus smokings en una esquina del salón-. No le veo las piernas pero esa cara lanzó mil barcos sobre la costa de Normandía.

-Lo siento, viejo amigo- se opuso Blackburn-. Tendremos que pedirle que se levante el vestido antes de marcharnos, no te vas a llevar mi dinero con tanta facilidad.

-Si cualquiera de vosotros dos, cabrones, se acerca a ella para pedirle eso, tendré que llevaros a un consejo de guerra, eso si los franchutes no os linchan primero- les avisó Staunton.

-Es difícil creer que alguien con tanta pasta como él pueda ser tan rícano- bromeó Geronimo.

-Cuestión de principios, amigo mío- le contestó Blackburn.

Mucho más arriba de donde ellos estaban, Angie vio como su padre se dirigía a los dormitorios, pasillo adelante. La expresión de su cara le causó una gran preocupación, por eso se excusó para ir a ver como estaba su padre. Comenzó a avanzar por el pasillo y se asustó al ver como la puerta de su habitación había sido forzada y cerrada otra vez. Sintió un estremecimiento de terror que

sólo era superado por la preocupación por su padre. Se acercó a la puerta con cautela, la abrió y encendió la luz.

-¡Carl!

-Habría llamado, pero no puede encontrar un teléfono- Carl sonrió mientras ella se lanzaba a sus brazos. A ella le sorprendió la respiración entrecortada de él, y se alarmó al ver la sangre rezumando por el lado izquierdo de su camisa.

-¡Oh Dios mío!- gritó-. ¡Traeré un doctor!

-No, nada de médicos-dijo él- no es para tanto, deberías ver cómo quedó el otro.

Se dejó caer sobre la cama de ella, e inmediatamente ella abrazó su cabeza contra su pecho, sollozando lastimosamente. Él esperó pacientemente a que ella desahogase sus emociones, sintiéndose enormemente angustiado por su agitación

Después de su arresto a las afueras de Limoges, Jacques Tremblay fue llevado a una casa en el campo e interrogado por agentes de las FFI antes de que le diesen un pasaporte, papeles de identificación y cien mil francos por sus servicios a la república. Casi como de compromiso, los agentes le invitaron a asistir a la celebración en Montauban antes de que abandonase el país hacia Canada. Jacques se compró un smoking y buscó quien le llevase a la fiesta.

Se sorprendió tanto como los demás de oír la voz de Madame Dominique salir de los labios de Angélique Dagainaeau, y vagó por la planta baja un buen rato después de su discurso. Deambuló por el estudio, admirando el trabajo de Gauguin, Renard, Monet y Van Gogh, los artistas prometedores de la época. Se dio cuenta de que estaba entrando en una nueva vida, dejando atrás la vida en las calles que una vez habían definido quién era. Esta mujer le había traído a un nuevo mundo, y estaba, aun lentamente, empezando a darse cuenta.

En seguida sintió la necesidad de ir a hablar con ella, de verla cara a cara una vez más, en esta ocasión sin cortinas ni velos entre ambos. Quería ver su belleza de cerca, darle las gracias por su intercesión y puede que incluso

besarle la mano. La idea de abandonar este lugar, y no verla nunca más si al menos hacer un esfuerzo, parecía inimaginable.

Vio cómo se retiraba del descansillo superior, hacia el pasillo que llevaba a los dormitorios del piso superior y decidió seguirla. Siempre estaba a tiempo de preguntar por el baño si alguien le preguntaba, y mostrar sus papeles si le acosaban. El esfuerzo merecía la pena, por un último encuentro con la heroína que había cambiado su mundo. Se abrió camino hacia la escalera y subió con confianza, sabedor de que había dejado atrás para siempre las calles de Limoges y las de París.

En el otro extremo del gran salón, el jefe Giroux de la policía de Montauban también había venido a celebrar la liberación de su país y a rendir homenaje a los patriotas que lo habían hecho posible. Se aseguró de que sus hombres hiciesen todo lo posible por frustrar los intentos de la Gestapo y de la *Milice* por entrometerse en las celebraciones, y tenía un gran número de sus oficiales fuera de servicio, vestidos de paisano entre los grupos de manifestantes que rodeaban la mansión. También lucía un smoking y estaba disfrutando enormemente la oportunidad de estar codo con codo con los peces gordos que se habían dado cita en su bonita ciudad con motivo de aquella fecha histórica.

Giroux se había mudado a Montauban con su mujer e hijo poco antes de que estallase la guerra. Le cogió por sorpresa la victoria nazi sobre Francia y el establecimiento del régimen de Vichy, aunque, al igual que Francois Dagineau, fue rápido en mantener su posición con la esperanza de mitigar la opresión de su pueblo y ser capaz de mantener los principios de ley, orden, verdad y justicia. Había sufrido durante cinco largos años, soportando lo indecible para poder saborear esta victoria en el más fabuloso de los escenarios.

La imagen de Jacques Tremblay, al otro lado del salón, le llenó de indignación y enfado. Tremblay era un mentiroso, un ladrón y un asesino de las calles de París, viejo conocido de Giroux desde sus días como inspector en la policía de París antes de aceptar el puesto de jefe de policía en Montauban. No podía creer que una escoria así hubiese encontrado el modo de colarse en una celebración así, y que Tremblay estuviese avanzando furtivamente por la escalera hacia los dormitorios de la planta superior a plena vista de Giroux. Giroux fue hacia la escalera, moviéndose tan despreocupadamente como le

fue posible para no alarmar al criminal, aunque decidido a no perder de vista sus avances.

En el otro extremo del pasillo, Francois Dagineau se había recuperado lo suficiente como para volver a la fiesta. Se había retirado a su habitación y casi se había desmayado de la emoción, llorando al pensar que su hija había corrido tales peligros sin que él tuviera la más ligera idea. Al principio se negaba a creer que una cosa así hubiese sucedido, se decía a sí mismo que debería haber un error, hasta que las expresiones en los rostros de todos los que la habían escuchado, no dejaron lugar para la menor duda en su mente. Entonces se sintió abrumado por un acceso de rabia al darse cuenta de cómo Angie había tomado tal decisión sin su consejo ni su bendición. Pensó en apresurarse por el pasillo y llevarla a un lado para reprenderla por romperle el corazón, pero reconsideró este ataque de furia y se dio cuenta de que todo lo que había pasado había sido por el bien del pueblo francés.

Y eso que estaba embargado por la pena y comenzó a llorar otra vez, hasta que pensó en sí mismo y en lo patético que debía estar pareciendo, teniendo en cuenta su imagen como uno de los pilares de la sociedad de Montauban. Sus invitados, reflexionó, se sorprenderían de ver cómo había perdido los nervios. Se limpió los ojos y se compuso, con la determinación de mantener la compostura al enfrentarse a Angie, aceptando lo que había hecho como hija de Francia y, más aún, como heredera de la familia Dagineau.

Caminó por el pasillo cuando, de repente, vio al jefe Giroux moverse hacia la escalera. Era consciente de los modales y la forma de actuar de la policía, que había sobrevivido en una insoportable coexistencia con la Gestapo y sus esbirros durante cinco tortuosos años. Sabía que Giroux estaba intentando permanecer inadvertido, y que sólo podía pensar en una cosa. Aparentemente Giroux sabía de las actividades clandestinas de Angie, y se había tomado la investigación como algo personal. Estaba seguro de que Giroux estaba lejos de todo reproche, y que no tenía ni idea de todo lo que las operaciones de Angie con la resistencia podían haber implicado. Podía haber estado involucrada en actividades ilegales o quizás tener información sobre actos criminales. Sin importarle qué había sido, protegería a su hija con todo lo que tuviese, y no permitiría que la interrogasen o se enfrentasen a ella sin estar el presente.

Pasillo abajo, en su habitación, las lágrimas bajaban por las mejillas de Angie mientras hacía jirones una funda de almohada para cambiar los vendajes de Carl. Sus rodillas cedieron al ver el costado de Carl, y sollozó amargamente mientras le aplicaba ungüentos en la terrible herida.

-Si hubiese sabido que se te iba a correr el rímel de esta manera, hubiese esperado hasta el final de la fiesta.

-Carl, me estas rompiendo el corazón, como puedes pedirme esto- gimió-. ¡Hay al menos una docena de doctores ahí abajo, cualquiera de ellos haría lo que fuera por mi padre! ¡Cómo puedes ser tan cruel de pedirme que te vea morir!

-Querida no me voy a ninguna parte- consiguió decir-. He visto hombres con heridas en el cuello peores que esta. Mira, el regimiento en el que estaba ha sido acusado de asesinato por las fuerzas aliadas. Si me capturan nunca más me volverás a ver. Si puedo descansar hasta mañana, podríamos hacer planes de huir juntos hacia España. Hay rebeldes en las provincias vascas que nos recibirían allí. Podríamos pasar allí un tiempo hasta que pudiésemos hacer planes para el futuro.

-¡Carl no soy tonta!- ella le agarró por los brazos-. ¡Tú no vivirás hasta mañana!

-Dominique- oyó una voz familiar al otro lado de la puerta.

-¡No!-exclamó- ¡No entre, salgo en un minuto!

-¡Tú!

La puerta se abrió y dejó ver a Jacques Tremblay, que entró en la habitación y se quedó paralizado al ver a Carl Hansen tumbado en la cama detrás de ella, dedicándole una sonrisa lobuna.

-Parece que tu papá invita a cualquiera estos días- se burló Carl.

-Dominique- consiguió decir Jacques-. ¿Sabe usted quién es ese?

-No me llamo Dominique, me llamo Angélique Dagineau, mi padre es el dueño

de esta propiedad- se recompuso-.Este es mi prometido, y está malherido.

-No espere- las sienas de Jacques comenzaron a latir y una lucecillas rojas lanzaban frente a sus ojos-.Este pedazo de mierda es un asesino en masa. Él y sus amigos ahorcaron a un centenar de personas de las farolas de tulle, yo vía los cadáveres con mis propios ojos. Su compañero mató a tiros a todos mis hombres en una iglesia, hace sólo un par de días. ¡Casi me mata con una granada!

-Bueno, ese hubiese sido el menor de dos males- dijo Carl con voz ronca- veneno por valor de un millón de francos en oposición a basura por valor de diez.

-Carl, por favor- le miró ella.

-No me diga que se ha comprometido con ese asesino- preguntó-.Ya sé lo que soy. Vengo de las calles, he sido un gangster desde que tuve edad para andar. He hecho muchas cosas malas, ¡pero nunca he matado a mujeres y niños! Todo el mundo sabe que los nazis son unos carniceros, pero ¡nadie podía haberse imaginado nunca lo que yo vi en Tulle!

-Lo crea o no, le salvé su inútil vida- intervino Carl con sorna-. Si yo no hubiese intervenido, el capitán Cara Calavera no le hubiese permitido abandonar la iglesia con vida.

-¡Por favor, por favor, esto es demasiado!- gritó ella-. Jacques por favor, por el amor de Dios, bajaré y hablaré con usted, haré cualquier cosa que me pida. Por favor ayúdenos, se está muriendo, ¡necesita un médico, en el nombre del cielo!

-¡No se mueva Tremblay, está usted bajo arresto!

La puerta se abrió de golpe y entró el jefe Giroux, apoyando el cañón de su revólver contra la espalda de Jacques. Empujó a Jacques contra la cómoda y le cacheó, sacando una pistola de su fajín. Iba a tranquilizar a Angie cuando la visión de Carl le dejó totalmente frío.

-Esto sólo pasa en Francia- suspiró Carl.

-Señorita Dagineau- tartamudeó-. Ese hombre, sus tatuajes. ¡Es un SS!

-¿Sabe?, ya le dije yo a los chicos que los tatuajes se volverían en nuestra contra algún día- dijo Carl moviendo la cabeza.

-¿Y ahora usted por qué me arresta, estúpido?- se enfureció Jacques-. ¡Ese tipo de ahí masacró a seiscientas personas!

-¡Cállate gusano!- Giroux le dio un cogotazo- ¡Señorita, está claro que este cretino la ha obligado usted a dar cobijo aquí a este asesino!

-¡Ay, pero por qué me atormentan tanto!- apretó los puños ansiosamente-. Señor este es mi prometido, ha abandonado el ejército para regresar a casa después de cinco años, ha abandonado la lucha, se está muriendo delante de mis ojos, ¿no nos puede dejar en paz?

-¿Su prometido?- Giroux no podía creer lo que estaba oyendo-. ¿Y qué hay del navajero carterista este?

-Señor, yo personalmente le recluté para impedir la distribución de narcóticos por un valor de un millón de francos por las calles de París- insistió Angie-. Merece elogios, y no ser encadenado y enjaulado como un perro.

-Doy por hecho que no había oído usted la historia completa- musitó Carl.

-No tiene usted ni idea de con quién se está metiendo- le avisó Jacques-. Tengo inmunidad diplomática. En unas semanas, estaré ocupando un puesto como embajador en Canadá en nombre de Charles De Gaulle.

-¿Se cree que somos idiotas?- Giroux le dio un puñetazo-. ¡Silencio escoria!

-Lo siento, jefe Giroux, pero tengo que pedirle su arma.

Los cuatro se dieron la vuelta asombrados mientras Francois Dagineau entraba por la puerta, apuntando a Giroux con un revólver. Francois y quedó sobrecogido a su vez, al ver las sábanas manchadas de sangre sobre las que yacía Carl.

-Señor- masculló – está cometiendo un terrible error.

-Haré cualquier cosa por proteger a mi hija- Francois estaba resuelto.

-Papá- rogó ella- ¡Carl se muere!

-¿Cómo ha entrado aquí?- preguntó- ¿Quién es este hombre?

- ¡Ambos son asesinos Dagineau!- exclamó Giroux-. ¡Este indeseable es un asesino a sueldo de la mafia corsa! ¡Y ese es uno de los asesinos en masa de Oradour!

-Señor- Jacques le miró con las manos todavía fijas sobre la cómoda-. Tengo una tarjeta de identificación en mi bolsillo. Soy embajador en Canadá y trabajo para Charles De Gaulle. He venido a invitar a su hija a acompañarme a Montreal en viaje de negocios cuando asuma mi puesto.

-Eso lo arregla todo- Carl intentó levantarse pero fue cuidadosamente retenido por Angie.

-Muy bien- Francois bajó el arma mientras Giroux enfundaba la suya-. Tenemos un hombre herido aquí y mi hija está terriblemente consternada. Abajo hay un centenar de personas celebrando la liberación de nuestro pueblo. Usemos la cabeza.

-Carl, como puedes ver el señor Giroux es el jefe de policía, te puede ayudar, y también Jacques y mi padre- Angie se arrodilló a su lado.

-¿Cómo puede hablar de este gusano con el mismo aliento que usa para hablar de su padre!-se enfureció Giroux -. ¡Esto es un ultraje!

Me alegro de que no sea tu aliento- Jacques se separó de la cómoda- Muy bien, miren, hay personas ahí abajo que me han conectado con amigos poderosos. Dominique-Angelique- conoce a esas personas. Ellas pueden sacar a ese nazi fuera de aquí. Sólo tengo que salir ahí fuera sin que este tipo intente agarrarme por el pescuezo.

-¡Roba carteras!- le espetó Giroux-. ¡Gitano!

Jacques miró a Angie a los ojos por última vez, viendo todo lo que había querido en una vida en la que ella era algo que no se podía permitir. Ella le

devolvió la mirada con algo de lástima, que lo dejaba todo claro, quizás pudo haber sido en otro lugar o en otro tiempo, pero Dios no lo quiso.

-Le ordenaré a mis hombres que dejen libre la carretera- aseguró Giroux mientras Jacques abandonaba la habitación-. Tengo hombres de paisano en cada cruce. Le aseguro que el prometido de la señorita será transportado tan rápido como permita su vehículo.

-Gracias, gracias, señor- lágrimas de gratitud bajaban por las mejillas de Angie.

-Déjeme bajar y consultar al doctor Beliveau- insistió Francois mientras Giroux abandonaba la habitación-. Soy el padrino de sus dos hijos. Nunca traicionaría una coincidencia, no importa como de desesperada sea una situación. Anímate cariño y tú, Carl, él te atenderá de modo que tu transporte al hospital sea seguro.

-Carl será sólo un rato muy corto- ella se arrodilló a su lado-. Todos están trabajando juntos para salvarte, ¡estaremos fuera de aquí en minutos, querido mío! ¡Todo nuestro futuro está frente a nosotros! Nos iremos a España hasta que acabe la guerra, nos casaremos y tendremos hijos! ¡Podemos ir a América, podemos ir a cualquier parte! ¡Oh Carl nuestra vida está empezando!

-Aquí es donde quería acabar, querida- Carl rodeó su cintura con sus brazos, acercándola-. Abrázame.

Y finalmente perdió la consciencia.

La división Reino volvió a capturar la ciudad de Mortain y la conservó hasta que los aliados casi desbordaron su posición al envolver la región de Falaise. En un momento dado fueron apoyados por la novena división Panzer Hohenstaufen, lo que les permitió romper las líneas enemigas y proporcionar cobertura a las fuerzas que se batían en retirada por toda la zona.

El ataque aliado, cuya punta de lanza eran las divisiones de tanques del general George S. Patton, obligó a los nazis a retroceder hacia el este durante el otoño y el comienzo del invierno de 1944. Se retiraron a lo largo del río Sena entrando en Alemania antes de mantener una posición defensiva detrás de

las fortificaciones del Muro occidental. Reagrupándose lo suficiente como para lanzar un contraataque a través del bosque de las Ardenas, alcanzaron el puerto de Amberes a mediados de diciembre. Empujaron hacia delante hasta llegar a treinta kilómetros del río Meuse pero fueron detenidos en Manhay el día de navidad. La ferocidad del contraataque de los aliados casi aniquiló la división, y se vieron forzados a volver al este para reagruparse.

La ofensiva final lanzada por la división en Hungría mientras se redesplegaban para romper el sitio de Budapest. Fueron detenidos una vez más, teniendo que retroceder hasta Dresde, desde donde emprendieron una maniobra hacia Praga, pero fueron obligados a retroceder hasta Viena. Una vez más, se enfrentaron a una posible aniquilación total a manos del Ejército Rojo, las unidades que quedaban retrocedieron hacia el oeste y se rindieron al ejército americano en mayo de 1945.

El general Heinz Lammerding regresó a su Dusseldorf natal y desarrolló una exitosa carrera como ingeniero civil. El 12 de febrero de 1953, fue juzgado y sentenciado a muerte en rebeldía por las masacres de Tulle y Oradour por el juzgado francés de Burdeos. El gobierno de Alemania occidental rechazó extraditarle y murió de cáncer a la edad de sesenta y seis en 1971.

El coronel Sylvester Stadler fue transferido a la novena división Panzer Hohenstaufen, y se le requirió que rescatase a su antigua división en Falaise. Sus fuerzas continuaron luchando al lado de la Reino hasta que le obligaron a rendirse al ejército americano en Austria en mayo de 1945. Murió el 23 de agosto de 1995 a la edad de 85 años en Baviera. El mayor Adolf Diekmann murió en Normandía durante la invasión aliada.

El teniente Heinz Barth había sido condenado por el gobierno francés como “El asesino de Oradour sur-Glane” Él, al igual que el general Lammerding, fue sentenciado a muerte en rebeldía por el juzgado de Burdeos. Viviendo con un nombre falso, fue arrestado en su casa de Gransee en Alemania Oriental el 14 de junio de 1981 y sentenciado a cadena perpetua. Durante el juicio confesó haberle disparado a quince personas en los graneros de Oradour. Ningún testigo declaró sobre este hecho. Muchos dijeron que el gobierno comunista había coaccionado a los posibles testigos. Fue liberado en 1997 debido a su avanzada edad y su pobre estado de salud, muriendo el 14 de Agosto de 2007 a la edad de 86.

Carl Hansen y Angélique Dagineau se establecieron en España y se casaron en Barcelona, donde François Dagineau dio un gran banquete de boda y recepción. Después de la guerra, a cambio del servicio de los Dagineau a su país, la OSS consiguió cambiar la hoja de servicios de Carl. Fue reclasificado como un operativo de las fuerzas especiales del ejército alemán, permitiendo que su expediente permaneciese confidencial. Él y Angie obtuvieron visados para los EE.UU. de América, donde consiguieron trabajo como profesores en Nueva York.

Estuvieron en el Aeropuerto Internacional de París tras la rendición nazi en 1946, de camino hacia Nueva York para comenzar sus nuevas vidas como el señor y la señora Hansen, en su nuevo apartamento de Greenwich Village, a unas cuantas manzanas del campus de la Universidad de Nueva York. Fue un agradable día de verano del mes de junio y estaban vestidos informalmente, habiendo facturado su equipaje y esperaban por el vuelo cuando Carl fue llamado al mostrador, en donde recibió una llamada personal.

-Vaya, vaya. No es una coincidencia, los dos abandonando Europa a la vez.

-Capitán Ruess- Carl sonrió levemente-. ¿Cómo me ha encontrado?

-Nuestros amigos de ODESSA hacen milagros- rió Ruess-. Le hablo de un tren de la libertad. No todos nosotros tuvimos la suerte de tener una novia tan bien posicionada que pudiese sacar nuestras cabezas de la horca. Felicidades por su enlace, por cierto. Le pido disculpas por no haber podido asistir.

-No se preocupe- replicó Carl -. ¿A dónde va?

-Sudamérica. No tan excitante como Nueva York, pero el clima es mucho más cálido. Hay un gran número de nosotros allí, con suerte aquello será como un hogar lejos del hogar.

-Le deseo buena suerte capitán.

-Lo mejor para usted, Carl. Seguiré en contacto.

Ruess regresó a la cubierta superior del crucero de lujo, deteniéndose a mirar su reflejo en una ventana cercana. Inspirándose en el famoso mimo francés

Marcel Marceau, se había puesto una gruesa capa de maquillaje blanco y había rodeado sus ojos y labios con una crema de color oscuro. Llevaba puesto un traje de baño de leotardo que acentuaba su constitución musculosa, y se estaba bronceando bien durante sus viajes. Estaba creando una figura intrigante que podía manipular a su provecho.

Había conseguido que le declarasen muerto en acción y un certificado de defunción falsificado por ODESSA. Sabía que Magdalene seguiría sin él, que encontraría a alguien. Si alguna vez hubiese visto la cara que había tras el maquillaje, ella misma hubiese puesto fin al matrimonio, de eso estaba seguro.

Volvió a su tumbona en la cubierta en la que estaba sentado entre dos encantadoras mujeres argentinas, una rubia y otra morena. Formaban parte del séquito diplomático con el que viajaba, no cabía duda de que cuidaban de su entretenimiento. No obstante, explotaría su encanto personal al máximo para mejorar su posición, no sólo con ellas sino con todos los demás. Tenía que crear un nuevo futuro, lejos del Tercer Reich, lejos de Alemania.

-¡Ah ahí está amigo mío! ¡Un madrugador por lo que veo!

-Es la fuerza de la costumbre- replicó Ruess en español con un fuerte acento alemán.

El recientemente elegido presidente de Argentina, Juan Perón, paseaba por la cubierta y estrechó la mano de Ruess cuando se levantó para saludarle. Perón era un hombre atractivo y cortés con una fuerte personalidad y una sonrisa cautivadora. Estaba resplandeciente en su traje blanco de seda y las compañeras de Ruess estaban encantadas con sus atenciones mientras les besaba las manos a modo de saludo.

-Excusadnos queridas- les dijo Perón- me gustaría pedirles prestado al capitán durante un corto paseo- ellas asintieron y ambos hombres se alejaron hacia el camarote presidencial.

-Debo decir que estoy disfrutando de verdad la hospitalidad argentina- sonrió Ruess- esos bistecs del banquete de anoche fueron los mejores que he probado nunca.

-Estamos orgullosos de nuestros bistecs, sin hablar del vino, las mujeres y la música. Hablando de lo cual, veo que mi mejor parte ha venido a disfrutar de esta maravillosa brisa marina.

Ruess estaba impresionado por la belleza y majestad de aquella pequeña mujer rubia que cruzaba la cubierta para encontrarse con ellos. Tenía unos ojos conmovedores y una sonrisa deslumbrante, el complemento perfecto a su regio marido.

-Capitán Robert Ruess, esta es mi esposa, la primera dama, Eva Perón.

-Un placer- besó su mano- su reputación le precede, aunque es usted mucho más guapa en persona.

-Me halaga usted capitán-sonrió con dulzura-. He oído hablar tanto de su gallardía durante la guerra. Y debo decir que me gusta su maquillaje.

-Y a mí el suyo señora- mientras compartían una risa sincera.

-He intentado asistir al cine antes del almuerzo, querido- informó a su marido- Te veré allí y espero que traigas al capitán contigo.

-Por supuesto querida- le aseguró- Venga capitán, hablemos en mi cuarto.

-Se fueron al camarote de Perón, una elegante suite, resplandeciente con alfombras doradas, molduras de latón, muebles recargados y exquisitas obras de arte. Permanecieron junto al bar donde Perón sirvió dos vasos de piña colada.

-Mi personal y yo estamos deseando trabajar con usted y sus colegas que vienen a quedarse en nuestro país- perón estaba entusiasmado-. Como sabe, aunque nuestra administración llegó al poder debido a una fuerte alianza de conservadores, industriales y socialistas por igual, hay disidentes que buscan entorpecer el orden natural de las cosas buscando sus propios intereses. Nuestras fuerzas de seguridad se están enfrentando agresivamente contra estos subversivos y estoy seguro de que con su experiencia en estos asuntos, este problema se solucionará en un corto espacio de tiempo.

-He dedicado toda mi vida a barrer a los comunistas de la faz de la Tierra- replicó Ruess-. Consideraré esto como un deber sagrado.

-En términos futbolísticos, yo diría que estamos construyendo un poderoso equipo- Perón alzó su copa hacia Ruess-. Se espera la llegada del coronel Adolf Eichmann a Buenos Aires dentro de un mes. También he recibido carta del general Strossner en Paraguay diciendo que el doctor Josef Mengele de Auschwitz llegará en breve a este país. El Ángel de la Muerte...y el Capitán Cara Calavera. ¿Quién podría pedir más?

-Nadie me llama así-Ruess le miró- Usted lo lamentaría.

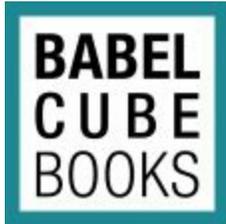
-Seguro que sí, capitán- Perón miró reflexivamente a través de la ventana que daba al mar-. Seguro que sí.

# **Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales**

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

## ¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



### Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

[www.babelcubebooks.com](http://www.babelcubebooks.com)

---

[1]

N. del T: Equivalente alemán al Halloween americano.

[2]

En el original *frog*, término despectivo que usan los anglosajones para referirse a los franceses y que hemos traducido como “franchute”.